



james salter
juego y distracción

se



Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Juego y distracción, que toma prestado su título de un versículo de El Corán, narra la historia de amor entre Philip Deane, un universitario norteamericano que vaga por Europa, y Anne-Marie Costallat, una joven dependiente francesa. La historia de estos desventurados amantes nos llega, evocada en todo su esplendor erótico, a través de la imaginación de un solitario compatriota de él.



James Salter

Juego y distracción

Sabed que la vida de acá es juego y distracción...!

El Corán, LVII 20

SEPTIEMBRE. Parece que estos días luminosos no acabarán nunca. La ciudad, casi desierta en agosto, se está llenando de nuevo. Se repuebla. Todos los restaurantes y comercios vuelven a abrir sus puertas. La gente regresa del campo, del mar, de viajes por carreteras congestionadas de tráfico. La estación está muy concurrida. Hay niños, perros, familias con equipajes atados con correas. Me abro camino entre ellos. Es como atravesar un túnel. Por fin salgo a la luminosidad del *quai*, debajo de un gran techo de cristal que parece ampliar la luz.

A ambos lados hay una larga fila de vagones verde oscuro, con la pintura descascarillada por el tiempo. Los recorro leyendo los números, primera y segunda clase. Es como contar dinero. Me reconforta la sensación de abandonarme al cuidado de quienes dirigen estos trenes grandes, somnolientos, por cuyos cristales claros hay gente mirando, como exhausta, tan quieta como inválidos. Es difícil encontrar un compartimento vacío, simplemente no hay ninguno. Mis bolsas empiezan a pesarme. A la mitad del andén subo al tren, recorro el pasillo y finalmente abro una puerta corrediza. Nadie alza la vista. Levanto mi equipaje para depositarlo en la rejilla y tomo asiento. Silencio. Es como estar en la sala de espera de un médico. Miro alrededor. Hay fotografías de turismo en la pared, paisajes de la Bretaña, de la Provenza. Enfrente de mí hay una chica con marcas de nacimiento en una pierna, marcas de color uva. Las miro y remiro. Por su forma parecen islas del canal.

Por fin, con un gruñido, empezamos a movernos. Suena un chirrido de metal, portazos secos. Una agradable sacudida en el cambio de vías. El cielo está pálido. Un francés con una chaqueta y un pantalón azules duerme en el asiento del rincón. Los tonos de azul no casan. Son piezas de dos trajes distintos. Lleva calcetines de color gris perla.

Pronto circulamos por un callejón de salida, desfilan las casas de las afueras, calles ordinarias, apartamentos, jardines, tapias. La vida secreta de Francia, en la que nadie puede penetrar, la vida de álbumes de fotos, de tíos carnales, de nombres de perros que han muerto. Diez minutos después, París se ha desvanecido. El horizonte, cargado de edificios, se esfuma. Ya me siento libre.

Verde, burguesa Francia. Rodamos a toda velocidad. Cruzamos puentes con

un tamborileo seco. El campo se va abriendo. Hay extensiones largas, de color trigo, y luego tierra llana y verde, tendida y fértil. Las granjas son de piedra. La sabiduría de generaciones sabe que la única riqueza verdadera es la tierra, un conocimiento que no admite discusión, no necesita cambio. Campo abierto, plano como un terreno de juego. Hileras de árboles.

Ella tiene también dos lunares en la cara y un dedo vendado. Intento imaginar dónde trabaja: en una *pâtisserie*, decido. Sí, la veo de pie detrás de las vitrinas de pasteles. Sí. Eso es. Sus zapatos negros están un poco polvorientos. Y son muy puntiagudos. Las punteras son absurdas. Sortijas baratas en ambas manos. Lleva un suéter negro, una falda negra. Frunce la frente mientras lee las historias de amor de *Echo Mode*. Parece que el tren va más rápido.

Sobrepasamos velozmente las ciudades. Cesson, una estación blanca con un reloj antiguo. Ríos con gabarras. Cruzamos zumbando otra localidad, con gente en el andén quieta como vacas. Túneles, ahora, que presionan los oídos. Es como si estuviesen barajando un mazo enorme de imágenes. A continuación harán un truco. Silencio, por favor. El tren comienza a reducir un poco la velocidad, como obedeciendo. La chica de enfrente se ha quedado dormida. Tiene una boca estrecha, con las comisuras curvadas hacia abajo, como por el peso de una sabiduría amarga. Expone la cara al sol. Se remueve. La mano se le desliza: la palma reposa ahora sobre el estómago, que se parece ya a un Rubens. De improviso abre los ojos. Me ve. Aparta la mirada hacia la ventanilla. Ahora tiene las manos cruzadas sobre el vientre. Sus ojos vuelven a cerrarse. Nos inclinamos con el tren en los virajes.

Abajo pasan canales, brillantes como jade, canales con barcazas atracadas. El verdín da al agua un tono verdoso. Casi se podría escribir en su superficie.

Henares que forman diseños largos, rectangulares. Ahora surgen colinas no muy altas. Álamos. Campos de fútbol vacíos. Montereau: un chico en bicicleta aguarda cerca de la estación. Hay iglesias con veletas. Arroyuelos con barcas de remos amarradas debajo de los árboles. La chica comienza a buscar un cigarrillo. Advierto que está roto el cierre de su bolso. Ahora el tren avanza paralelo a una carretera, más rápido que los coches, que vacilan y se alejan. El sol me da en la cara. Me duermo. La hermosa piedra de tapias y granjas desfila sin ser vista. El dibujo de los campos queda atrás, algunos pálidos como pan, otros oscuros como el mar. El tren reduce la marcha y empieza a moverse con un traqueteo medido, majestuoso, como el de un carruaje. Abro los ojos. En la estación veo el esqueleto gris de una catedral, el perfil azul de Sens. En la estación donde paramos unos pocos minutos, la grava resuena bajo los pies de los viajeros que pisan el suelo resquebrajado del andén. Sin embargo, reina un extraño silencio. Hay susurros y toses, como en un entreacto. Oigo arrancar el papel de un paquete de cigarrillos. La chica se ha apeado. Ha recogido sus cosas y se ha ido. Sens está en una curva, y el tren está inclinado. Los pasajeros,

ociosos, miran por las ventanillas abiertas.

Las colinas se aproximan y desfilan a nuestro lado cuando, poco a poco, comenzamos a salir de la ciudad. Las casas ofrecen sus ventanas abiertas al cálido aire matutino. El heno está hacinado en forma de cajas, gallineros, hogazas de pan. Por encima de nosotros, de pronto, pasa una iglesia. En sus muros hay grietas lo bastante grandes para que aniden pájaros. Voy a recorrer esas carreteras comarcales, seguir el curso de esos arroyos brillantes.

Rosa, pardo, camello, tabaco: de esos colores son las ciudades. Hay pastos largos y ondulados, con hileras de árboles. St. Julien du Sault: su hotel parece vacío. Gavillas de heno ahora, fardos. Grandes cuadrados de maíz. Cezy: su estación parece el decorado de una obra recién representada. Pirámides de heno, buhardillas, barricadas. Huertos. Niños jugando en huertas. JOIGNY, escrito en letras rojas.

Cruzamos un riachuelo, el Yonne, al entrar en Laroche. Hay un hotel con el tejado ennegrecido por el tiempo. Flores en las macetas del alféizar. Una nueva parada. Aquí se hace transbordo.

Deambulamos en silencio entre carros de equipaje que parecen abandonados. En un carrito se venden bocadillos y cerveza. Una chica embarazada me dirige una mirada según pasa de largo. La cara quemada por el sol. Ojos pálidos. Expresión serena. Se diría que la gente, sobre todo las mujeres, ha vuelto a ser real. Se han esfumado las criaturas elegantes de la ciudad, de las grandes carreteras, los lugares de veraneo. Apenas las recuerdo. Esto es otro sitio. Al fondo de las vías hay cobertizos llenos de bicicletas. Obreros de azul esperan sentados en bancos iluminados por el sol.

A partir de aquí la línea no está electrificada. El tren va más despacio. Rebasamos aguas verdes en las que han caído árboles. Vaharadas de humo acre entran en el compartimento, ese maravilloso humo corrosivo que se come el acero y adquiere un tono negro terminal como el carbón.

Hay una chica silenciosa, con trinchera, sentada en el rincón; tiene cara de pájaro, una de esas caritas duras, con los huesos muy pegados por debajo. Una cara apasionada. La cara de una chica que quizá se traslade a la ciudad. Tiene ojos grandes, pintados de negro. Una boca amplia, pálida como la cera. Le ciñe el cuello una cinta de diamantes de imitación. Parece que veo todas las cosas más claras. Se me abren los detalles de un mundo entero.

El cielo está ahora casi completamente cubierto de nubes. La luz ha cambiado, y también los colores. La distancia torna azules los árboles. Los campos se agostan. Hay túneles de heno, mezquitas, cúpulas, bóvedas. Todas las casas tienen su huerto. Aquí la carretera está vacía: algún que otro motorista, algún camión. La gente viaja a otros lugares. En el exterior de una casa hay dos jaulas pequeñas para que los canarios tomen el aire. Sobre pasamos cascos, ladrillos de heno. Abrimos surcos. Va y viene el olor ácido del humo. Los silbidos

largos, estridentes que se pierden a lo lejos me llenan de alegría.

Ella ha sacado un caramelo del bolso. Lo desenvuelve, se lo mete en la boca para garantizar el silencio. Sus dedos juegan con el papel, lo enrollan lentamente, prensan la bola. Sus ojos son azul claro. Pueden mirar fijamente a través de uno. La nariz es larga pero femenina. Me gustaría verle los dientes.

Se toca el pelo, primero por debajo de una oreja, luego de la otra. Su anillo de boda parece esmaltado. Tiene un paraguas de tela violeta amarrado con una cuerda al equipaje. El mango es dorado, no más grueso que un lápiz. No lleva laca en las uñas. Ahora permanece inmóvil en su asiento y mira por la ventanilla, con la boca fruncida en una vaga expresión resignada. La chiquilla que está frente a mí no puede apartar los ojos de ella.

Empiezo a mirar por la ventana. Estamos llegando. Por fin, a lo lejos, contra un cielo veteado, aparece una ciudad. Una aguja grande, señora, severa como un monumento: Autun. Bajo mis bolsos de viaje. Sufro un repentino y breve acceso de nerviosismo cuando las transporto por el pasillo. La idea de venir aquí resulta visionaria.

Solo se apean dos o tres personas. Aún no es mediodía. Hay un único reloj de agujas negras que saltan cada medio minuto. Mientras camino, el tren se pone en marcha. Por alguna razón me asusta que se vaya. Pasa el último vagón. Revela vías vacías, otro andén, ni un alma en él. Sí, y lo veo: algunas mañanas, ciertas mañanas de invierno, esto está casi totalmente cubierto de niebla; detalles, objetos, surgen poco a poco, a medida que avanzas. Por las tardes, el sol lo baña todo en una luz fría, incorpórea. Entro en la sala principal de la estación. Hay un quiosco de prensa con persianas de hierro. Está cerrado. Una balanza grande. Horarios en la pared. El hombre al otro lado del cristal de la ventanilla no alza la mirada cuando paso por delante.

La casa de los Wheatland está en la parte vieja de la ciudad, exactamente encima de la muralla romana. Primero hay una larga alameda y luego la plaza enorme. Una calle de tiendas. A continuación, nada más que casas, un silencio como en los cuadros de Utrillo. Por último, la Place du Terreau. Hay una fuente, una fuente de tres caños donde beben palomas y, perfilándose encima, la catedral, como un gran barco varado. Solo es posible vislumbrar la aguja, adornada en las aristas, esa maravillosa espadaña que al mismo tiempo apunta hacia el centro de la tierra y al vacío exterior. La carretera la rodea por detrás. Muchas de sus ventanas están rotas. Los armazones de plomo, en forma de diamante, están vacíos y negros. Treinta metros más allá hay una callejuela sin salida, un *impasse*, como lo llaman, y ahí está la casa.

Es grande y de piedra, con el tejado hundido y los alféizares gastados. Una casa enorme, de ventanas altas como árboles, exactamente como la recuerdo de una visita de unos pocos días en que, al subir desde la estación, tuve la extraña certeza de que estaba en una ciudad que ya conocía. Sus calles me resultaban

familiares. Para cuando llegamos a la cancela, ya se había formado la idea que flotó en mi cabeza durante el resto del verano: la de que volvería. Y ahora estoy aquí, delante de la puerta. Cuando la miro, de repente veo, por primera vez, letras escondidas en el follaje de hierro, una inscripción: *vaincre ou mourir*. Falta la *ce* de *vaincre*.

Autun, callado como un cementerio. Tejados de tejas oscuras por el musgo. El anfiteatro. La gran plaza central: el Champ de Mars. Ahora, en el azul otoñal, reaparece esta vieja ciudad, otoño provinciano que te cala los huesos. El verano ha terminado. El jardín se marchita. Las mañanas son frías. Tengo treinta, tengo treinta y cuatro años: los años se secan como hojas.

ESTA ciudad azul, indolente. Sus gatos. Su cielo pálido. El cielo vacío de la mañana, exhausto y puro. Sus calles hondas, hendidas. Sus patios angostos, el tenue olor a podredumbre dentro, peladuras de naranja tiradas en las esquinas. Los bordillos desiguales, con los bordes limados. Una ciudad de médicos, dueños todos de amplias casas. Cousson, Proby, Gilot. Hasta las calles llevan sus nombres. Pasadizos que cruzan la muralla romana. La Porte de Breuil, sus rejas de hierro hundidas en la piedra como clavos de alpinistas. Las mujeres suben la cuesta empinada sin resuello, con los pulmones silbando. Una ciudad en la que todavía abundan las bicicletas. Por las mañanas pasan silenciosas. El olor del pan llena las calles.

Me despierto antes del alba, a las 5.45, las campanas tañen tres veces a lo lejos y, un momento después, muy cerca. Los instantes más fervientes de mi vida los he pasado escuchando en la cama, de noche, esas campanas. Me inundan, me sacan de mí mismo. De pronto sé dónde estoy: soy parte de esta ciudad, y soy feliz. Me asomo por la ventana y me lava el aire frío, aire que parece que nadie ha respirado todavía. Pasan tres chicos en moto, casi cogidos de la mano. Y luego empieza el puro, melancólico, primer azul matutino. El aire en que uno se baña. El eléctrico chillido de un tren. Tacones sobre la acera, los primeros pájaros. No puedo dormir.

Hago cola en las tiendas, nadie lo advierte. Las chicas van de un lado para otro detrás de los mostradores, chicas de cara blanca, con tobillos blancos como el jabón, con zapatos gastados cuya puntera cede, con vestidos que asoman por debajo de las batas blancas. Llevan las uñas cortas. En invierno tendrán las mejillas coloradas.

—Monsieur?

Esperan a que yo hable, y por supuesto ahí se acaba todo. Saben que soy extranjero. Me incomoda un poco. Me gustaría hablar sin la menor traza de acento: me han dicho que tengo buen oído. Me gustaría, imposible, entender todo lo que dicen en la radio, las letras de las canciones. Me gustaría pasar inadvertido. La campanilla colgada en la parte interior de la puerta suena cuando salgo, y eso es todo.

Vuelvo a la casa, abro la cancela, la cierro detrás de mí. Su chasquido es

agradable. La grava, pequeña como guisantes, se mueve bajo mis pies y de ella se levanta un polvo liviano, el perfume de la ciudad. Lo aspiro. Empiezo a conocerlo, y también los vecindarios. Una geografía de calles favoritas se va formando en mí mientras duermo. Esta ciudad intrincada va desplegándose detalle por detalle, pedazo a pedazo. Recorro la ribera del río entre dos puentes. Paseo por el cementerio, que brilla como una joya en la luz última, sesgada. Se diría que inspecciono una finca, pasando entre propiedades que algún día serán mías.

Estas son notas sobre fotografías de Autun. Sería mejor decir que empezaron como notas pero luego se volvieron otra cosa, una descripción de lo que considero sucesos. Las tomaba para mí solo, pero ya no puedo ocultarlas. Aquellos tiempos pasaron.

Nada de esto es cierto. He dicho Autun, pero fácilmente podría haber sido Auxerre. Estoy seguro de que lo entenderán. Me limito a anotar detalles que absorbí, fragmentos capaces de desgarrarme el cuerpo. Es la historia de cosas que nunca existieron, aunque el menor asomo de duda al respecto, la mínima posibilidad, lo sume todo en tinieblas. Solo quiero que quien lea esto esté tan resignado como yo. Ya hay suficiente pasión en el mundo. Todo se estremece de pasión. No es que yo crea que no debiera existir, no, no, pero esto es tan solo una fina esquirla reflectante que de algún modo sigue captando la luz.

Cristina Wheatland, antes Cristina Cabaniss, y de soltera Poore, tiene una cara serena, un poco huesuda, y grandes ojos claros. Su padre era embajador. Vivían a todo tren. Ella fue al colegio en todas partes, en Argentina, en Grecia, en Filipinas. No recuerdo cómo la conoció Billy, solo me acuerdo de que ella tenía veintitrés años y de que fue un flechazo para los dos. Ella estaba en trámites de divorcio. Él era el hombre con quien debería haberse casado. Sabía manejarla. Es el único hombre que sabe cómo hacer que ella se sienta una mujer.

—¿No es así, cariño?—dice ella.

—Así es, Bummy.

Él está eligiendo cubitos de hielo de un cubo plateado y habla dando la espalda. Ella está sentada en el otro extremo de la habitación, con las piernas ovilladas debajo del cuerpo. París. Son las tres de la mañana. La hija de ambos, los criados, todo el edificio está durmiendo. Ella se inclina hacia delante para que yo le encienda el cigarrillo y luego se recuesta, flota, en realidad, contra los blandos almohadones. Dice que ya no puede vivir en Norteamérica. Es lo único que la fastidia. Ha vuelto de visita. No es un lugar para ella. Para empezar, ni siquiera sabe conducir un coche. Billy le tiende la bebida. Ella se la devuelve.

—Cariño—dice—, solo quería la mitad.

Él va de nuevo hasta el otro extremo de la larga habitación. Le veo coger otro vaso. Hay una lentitud misteriosa en todos sus movimientos, como si los estuviese pensando. Aun así, son gráciles como en un sueño. Billy Wheatland estaba en el

equipo de hockey, decían que era de los mejores jugadores que habían tenido, y siempre estaba rodeado de amigos. No se le veía nunca solo. Estaba delante de un espejo, peinándose hacia atrás el pelo todavía húmedo de la ducha. Una pequeña cicatriz heroica relucía en su labio cuando sonreía.

Vuelve con la segunda copa y se la da a Cristina sin decir palabra.

—Te adoro —dice ella.

Él se sienta y cruza las piernas. Calza zapatos caros. Cristina pasea los dedos por la cara interior del collar de perlas sueltas que le ciñen el cuello. Billy me dice:

—Bueno, ya sabes que aquello es muy tranquilo. Me refiero a que es una ciudad muy pequeña. Estuviste antes, pero no creo que te dices cuenta.

Empiezan a hablar de a quién podría Billy enviarle una carta de recomendación para mí. Yo escucho sentado y ligeramente emocionado, como un niño en cuya presencia se habla de mandarle un año a un internado.

—El agua está cortada —dice Billy—. Ni siquiera sé dónde está la llave. Hay un agente que se ocupa de esas cosas. Nunca hemos estado en invierno.

Pero una carta arreglará eso, también, o bien una llamada. Está solucionado. Iré cuando quiera. Cristina empieza a hablar con Billy. Yo apenas escucho. Me embargaba un gozo del que no podía hablar, como el del brillo de la luz del sol. Eran las diez mil fotos famosas que Atget había hecho de un París ya fenecido, aquellas magnas imágenes calladas, bañadas en el color pardo del cloruro de oro; pensaba en ellas y en su autor, todas las mañanas antes del alba, robando lentamente la ciudad a quienes la habitaban, un árbol aquí, un escaparate, una fuente inmortal.

Veía ante mí la calma, el refugio de muchas horas diligentes mientras esta ciudad mía se me revelaba a mí, su único forastero, día tras día. Claro que todo eso era impulsivo. No se lo dije a nadie, esas ideas pueden esfumarse. No fui más allá de imaginar el momento de mostrarlas todas por primera vez. Por la mañana en la galería. Están volteando las copias, una por una. Caen, suavemente, cenizas sobre la mesa. Una mano distraída las barre. ¿Le gustan? Estoy allí, con el aura de Europa todavía reciente. Hasta mis ropas las compré allá. Aguardo una respuesta. Pueden hacerle famoso, dice finalmente. Me siento aturdido. Por un instante me permito creerlo.

—¿Cuántos habitantes tiene ahora?

Billy no lo sabe. Se dirige a Cristina.

—Es muy pequeña —dice ella.

—Quince mil —calcula él.

—No es tan pequeña —digo—. Tiene más.

—Es pequeña —me advierte él—. Créeme.

Ciudad amada. La veo en todos los climas, la luz del sol cayendo sobre las callejas como fragmentos de loza, los atardeceres silenciosos, el viaducto azulado

de lluvia. Y, al regresar —eso es mucho después—, hay largas, claras extensiones de campo a ambos lados, y rebasamos una nave de árboles, con los troncos blanqueados de cal. Carreteras de Francia. Restaurantes y cementerios. Árboles negros y lluvia suspendida. La aguja indica ciento cuarenta. Los ejes crujen como leña.

El Grand Hotel Saint-Louis. El pequeño patio con sus mesas y sillas de metal. Los postigos de habitaciones interiores, abiertos a través de un muro de hiedra espesa. Hay en él rejas sepultadas, balcones olvidados. Arriba, un pedazo del cielo de Autun, frío, nublado. Es el atardecer: el verde tiembla, los zarcillos diminutos se inclinan y se columpian. Ha llegado ese frío penetrante de Francia, ese frío que lo toca todo, que llega demasiado pronto. Dentro, debajo de la *coupole*, veo las mesas que están preparando para la cena. Las luces están ya encendidas sobre las maravillosas consolas de cristal cuyo interior despliega la riqueza de esta ciudad antigua: relojes en estuches de cuero, soperas, fulares. Paseo la mirada. Perfumes. Libros sobre escultura medieval. Collares. Lencería. El cristal tiene, como un barco, finas tiras de latón que recorren los bordes y se curvan en la parte superior: un domo de fragmentos teñidos, hexágonos, colmenas de color. Por detrás de todo esto, los camareros desfilan con chaquetilla blanca.

Una ciudad pequeña, sin alegría, con sus cafés y su vasta plaza. En las afueras se alzan apartamentos nuevos. Calles que nunca he visto. Hay dos cines, el Rex y el Vox. Brota agua de las fuentes. Unas ancianas pasean a sus perros. Por la mañana. Leo *An Illustrated History of France*. Una niebla densa ha blanqueado el jardín, donde todo queda oculto. Un silencio absoluto. Apenas percibo el paso del tiempo. Cuando salgo, el sol empieza a asomar. La aguja eclesial parece negra. Las palomas rezongan. No puedo evitar el deseo de hablar con alguien sobre este momento. Echo a andar bajo el flanco largo y ceñudo de la catedral, y luego desciendo. Conozco todas las calles. Place d'Hallencourt. Rue St. Pancrace, que se curva como una mujer. Conozco las casas bellas. Y, por supuesto, conozco a algunas personas. A los Job: creo que ella es la mujer más flaca que he visto en mi vida. A la camarera del Café Foy. A Madame Picquet. Precisamente, tengo que preguntarles a los Wheatland por ella.

EL ascensor sube en silencio hasta un apartamento espléndido que da a la Avenue Foch. Las habitaciones están llenas de gente, algunos de etiqueta. Los Beneduce han organizado una pequeña cena. Todos los demás han sido invitados a venir más tarde. Dos camareros con chaquetilla blanca sirven café. Yo estoy cerca de la ventana. Abajo, a través de los árboles oscuros y todavía fragantes, el tráfico fluye con los faros encendidos. París me parece maravilloso ahora, aunque un poco demasiado rico. Extrañamente devoto, me veo defendiendo la vida exigua de las provincias, como si fuera algo especial. No es como la vida en París, me digo, que es exactamente como estar en un gran trasatlántico. Un país se descubre en las ciudades pequeñas, es un conocimiento que se adquiere a fuerza de pequeños días y noches.

—Esa es Anna Soren —me susurra Billy.

La reconozco, ha sido una actriz famosa. Los escombros de una gran estrella. Labios estrechos. La cara de una bebedora impenitente. Continuamente se apila el pelo con las manos y luego lo suelta. Se ríe, pero en silencio. Todo discurre en silencio: está hecha de ayer. Billy me señala a Evan Smith, casado con una Whitney. Hay chicas que trabajan en las casas de modas, en editoriales. Aquí uno conoce a un cierto tipo de gente, gente con dinero y gusto.

—Desde luego.

—Aquel es Bernard Pajot.

Pajot es un escritor, es bajo, inmensamente gordo, tiene la cara de un querubín con bigote. Su vida es admirada. Comienza al atardecer: duerme todo el día. Se alimenta a base de patatas y caviar, y de gran cantidad de vodka. No solo se parece a Balzac, sino que asegura que *es* Balzac.

—¿Escribe como él?

—Bastante trabajo es parecerse a él —revela Beneduce.

Alcancé a oír a Pajot. Tiene una sonora voz ronca de bajo. Fuma un purito negro.

—Anoche cené con Tolstoi... —dice.

Detrás de él hay hileras de hermosos libros depositados sobre anaqueles de cristal e iluminados desde abajo, como una fachada histórica.

—... estuvimos hablando de cosas que ya no existen.

Beneduce es periodista, redactor jefe. Pelo lacio, castaño, que lleva un poquito largo, ojos azules, una ciencia infalible. Posee la irreverencia sosegada que se adquiere observando de cerca a los grandes. Y conoce a todo el mundo. Idiomas maravillosos llenan la habitación. Hay suizos. Mexicanos. La mujer de Beneduce es un lince. Incluso desde el otro lado de la habitación impone su aplomo, sus sonrisas lentas. Es amiga de Cristina, la conozco de tardes pasadas en el bulevar. La veo saliendo de cafés. Tiene predilección por los trajes de punto, sus pechos se mueven suavemente dentro de ellos, pero no creo que se cite con hombres. Su marido es demasiado poderoso. Podría hacerles pedazos. Sabría exactamente cómo hacerlo.

Está hablando con Billy. Es un hombre muy elegante, muy esbelto. Advierto que el pelo se le encanece en los lados. Todo lo demás se ha convertido en oro, el oro casto de los gemelos, el oro de la correa del reloj, de una malla espesa como grano, un encendedor de oro de Cartier. No sé de qué están hablando, de nada, seguro que no hablan de nada, porque yo también he conversado mil veces con él, pero él sabe retenerla, Billy, a quien Cristina solía susurrar en aquellos primeros tiempos que quería marcharse de la fiesta para hacer un poco de *bumbum*. Él tiene esa línea blanca de una cicatriz en la boca. Que atrae las miradas. Él le enciende el cigarrillo. Ella tiene la cabeza ligeramente inclinada hacia delante. Ahora la endereza. Siguen hablando. Me fijo en que ella nunca está quieta. Parece que se retuerce ante las miradas con movimientos leves, casi imperceptibles.

Me alejo hacia zonas más tranquilas del apartamento, que es muy espacioso. Los techos se vuelven silenciosos, las voces se atenúan. Es como si estuviera entrando en un hogar más antiguo y más convencional. La mesa está como estaba, sin recoger. Tiene todavía el mantel extendido, las sillas están desordenadas. Bandejas de cristal acogen los restos de *brie* y las mitades de peras, que ya se vuelven marrones. Delante de las ventanas hay una zona de plantas altas, un invernadero en donde el ruido no penetra, en donde la luz, durante el día, se difracta. Es una habitación cuyo silencio imagino en las mañanas ociosas, las páginas de *Le Figaro* pasan suavemente cuando Maria Beneduce las hojea, así como las páginas del *Herald Tribune*. Lleva una bata corta estampada de flores. Toma un café negro removido con una cucharilla. Lleva la cara sin pintar, al natural. Tiene las piernas desnudas. Es como una actriz entre bastidores. Uno ama este momento ordinario, esta pausa entre los actos brillantes de su vida.

De repente hay alguien a mi espalda.

—¿Te he asustado? —dice Cristina, sonriendo.

—¿Qué? No.

—Has dado un brinco —dice—. Ven, quiero presentarte a alguien.

«Una amiga de Bristol, Tennessee», me dice, mientras me conduce hacia

ella. No, pero va a gustarme, es muy divertida. Está casada con un francés riquísimo. Ella pone flores en todos los bidés. Él se pone furioso. Ya la temo.

Incluso a esta hora tan tardía, todavía llega gente que viene de otras cenas, del teatro. Beneduce guía a un trío de bellezas hasta la habitación, un hombre y dos mujeres despampanantes, con botas de ante y abrigos muy ceñidos. Madre e hija, me dice Cristina. Se va a casar con las dos, añade. Cerca del bar, Anna Soren escucha la conversación a su alrededor con una sonrisa vacilante y translúcida. No siempre sabe quién habla. Mira a quien no habla. Se le están despegando las pestañas postizas.

—¿Sabes una cosa? —dice Cristina—. Eres el único amigo de Billy que me gusta.

Me agrada pero me perturba este comentario. No estoy seguro de lo que quiere decir, tengo solo la impresión de que resultará fatídico. No quiero contestar; ni siquiera dar a entender que lo he oído.

—Son todos analfabetos —me dice.

Una mujer se acerca entre la gente.

—¡Isabel! —grita Cristina. Es su amiga.

No es posible eludir la admiración por Isabel, que tiene cuarenta años y viste un hermoso traje Chanel negro, con botones de plata y una blusa blanca con volantes. En el dedo luce un anillo con un gran diamante, una piedra perfectamente redonda que atrae cada rayo de luz, y su sonrisa es tan deslumbrante como su ropa. La acompaña un joven al que presenta.

—Phillip...

Su mano aletea impotente, ha olvidado su apellido.

—... Dean —murmura él.

—Soy una calamidad —dice ella, arrastrando las palabras—. Por lo visto olvidó los nombres en cuanto me los dicen.

Se ríe, con una risa aguda, campesina.

—Pero no te lo tomes a mal —le dice a él—. Eres lo más bonito que hay en esta habitación, pero olvidaría hasta el nombre del presidente si no lo supiera ya.

Se ríe, se ríe. Phillip Dean no dice nada. Envidio ese silencio que de algún modo no le deshonra, que es curiosamente hermoso, como una lealtad que no compartimos.

—Has estado viajando por España, ¿verdad? —dice ella.

—¡España! —exclama Cristina.

La cara de Dean parece delatarlo. Perduran las tenues, lustrosas tonalidades de los viajes en un descapotable.

—Adoro España —dice Cristina.

—¿Has estado?

—Oh —dice ella—, muchas veces.

—¿Barcelona?

—Me encanta.

—Y Madrid...

—Qué ciudad.

—... íbamos al Prado todos los días —dice él.

—Adoro el Prado.

—¿Qué es? —pregunta Isabel.

—El museo.

—¿El museo? —dice ella—. Vaya, también a mí me encanta. Se me había olvidado cómo se llamaba.

—El Prado —dice él.

—Vaya, eso es. Ahora lo recuerdo.

—¿Qué hacías en España? —pregunta Cristina.

—Viajar —dice él.

—¿Solo?

Imágenes de un hombre joven a la luz parda del atardecer. Valencia. Grandes alamedas orilladas de árboles. Sevilla de noche, el olor del polvo que se ha asentado, el olor de adelfas, más denso, verde. Delante del gran hotel, dos porteros están regando la acera con una manguera.

—No, con mi padre —dice él.

De repente él me gusta. Cristina no puede apartar la vista de Dean. Le pregunta cuándo nació, y resulta que es Sagitario, un signo muy bueno.

—¿De veras?

—Para mí es uno de los mejores —dice ella—. El peor es Escorpión.

—Yo soy Libra —dice Isabel, y se ríe—. ¿No es bueno?

Dean tiene la boca pequeña y recta y unos ojos grandes, inteligentes. Un pelo que el verano ha reseca. Me recuerda a uno de esos héroes escolares, chicos del este, cabecillas, que juegan de defensas en el fútbol, esbeltos como chicas.

—Tienes una cara preciosa —dice Cristina. La asalta una alegría repentina—. Verás, me gustaría hacerte un retrato.

Isabel se ríe. La velada acaba de empezar.

A las tres de la mañana (Cristina nunca se acuesta cuando bebe) vagamos por el desorden de Les Halles. El aire es frío a esta hora, y en él parecen resonar ruidos. Los trabajadores alzan la mirada desde sus cajas al oír el sonido inconfundible de tacones altos. Isabel está hablando. Cristina. Lo señalan todo. Avanzamos tontamente entre grandes barricadas de frutas y productos, sobrepasamos bares vacíos, a través de carretas y camiones. Por último, salimos a las rugientes galerías de hierro donde trabajan la carne. Es como topar con una fábrica en la oscuridad. Arden las luces sobre nuestras cabezas. El olor de matadero lo impregna todo, el metal mismo despidе un olor más intenso que el de las flores. En la acera hay carretillas con cabezas decapitadas. Salen directas de Franju y de esa famosa obra que literalmente apesta a muerte. Miramos a las

víctimas mudas. Hay veintenas. Tienen la boca rosada y los ollares todavía húmedos. Cuchillos gastados, convertidos en un filo de navaja, las han desollado mientras los ojos aún se movían, los ojos enormes y elocuentes de los terneros. Los brazos ensangrentados de los matarifes operan con rapidez. Allí donde tocan, la piel se separa mágicamente y afloran las vísceras calientes. Lo dividen todo con rapidez. Un animal que hace dos minutos era conducido al matadero ahora ya no existe. Cristina arrastra a su alrededor el abrigo blanco como una condesa.

—Voy a tener pesadillas —dice.

—¿Vamos a dormir algo esta noche? —pregunta Billy.

—Vamos a ese sitio donde se come cerdo —dice Isabel.

—Cariño, ¿dónde está? ¿No está ahí a la vuelta?

—Justo al fondo de la calle —dice Billy.

Tardamos cinco minutos en encontrarlo. Hay, por supuesto, un enorme gentío, como siempre a esta hora de la noche. Los taxis esperan con las luces cortas. Coches aparcados por todas partes. El restaurante está lleno. Hay turistas, bodas, gente que sale de los cabarés, otros que no se han acostado para visitar el famoso mercado. Dicen que van a trasladarlo a un recinto nuevo en las afueras, pronto ya no estará aquí.

Conseguimos una mesa. Billy se frota las manos. Hay un olor delicioso a sopa succulenta, con tropezones, que es la especialidad de la casa. Cristina no quiere sopa, solo quiere vino.

—Sabes que no te sienta bien —le dice Billy. Tuvo ictericia, estuvo meses en cama—. ¿Por qué no tomas un poco de sopa?

—Tómala tú —dice ella.

—Bummy...

—¿Qué?

—Voy a pedirte sopa.

—Adelante, hazlo —dice ella. Se vuelve y nos dirige una brillante sonrisa.

Hay muchísima gente. A los camareros les cuesta pasar. No parecen oír nada, o no les afecta. Los clientes se multiplican como en un sueño. Caras increíbles a cada lado, argelinos, todo huesos, americanos de cartón, el rosa de los franceses. Isabel se ríe sin parar. Se tapa la boca con la mano y se mece un poco. Está contando una discusión que tuvo con su marido cuando él hacía las maletas para un viaje. Él le gritaba algo en francés.

—Obedéceme ahora mismo —dijo él.

—No quiero.

Ella pateó el suelo varias veces, furiosa.

—No des esos golpes.

—No quiero.

Risas, más risas.

Él la adora, por supuesto, sé que van a decírmelo.

—No te cases nunca con un francés —dice. Y se ríe. Abraza a *Coco*, su caniche, y se ríe. Abre cajas de Lanvin, y el papel cruje cuando ella lo retira. Suena el teléfono, es una amiga suya. Se ríe sin parar, habla durante horas.

—¿Vives en París? —me pregunta Dean.

—¿Perdón?

—¿Vives en París? —dice.

Isabel está hablando de la familia de su marido. Está harta de ellos. Lo único que les interesa es su nieto, dice. Explico que estoy viviendo en casa de los Wheatland. En una ciudad pequeña.

—¿Conoces Dijon?

—Sí.

—Está cerca de Dijon.

—Es el centro de Francia —decide.

—El corazón mismo. Es un ciudad provinciana, pero tiene cierto encanto. O sea, no es rica ni espléndida. Es solo vieja y bien hecha.

—¿Cómo se llama?

—Dudo que hayas oído hablar de ella. Autun.

—Autun —dice él, y luego—: Suena a la Francia verdadera.

—Es la Francia verdadera.

—Está loco —le advierte Billy.

Son casi las cinco de la mañana cuando llevamos a Isabel a casa. Dean se ha ido y solo quedamos nosotros cuatro. Estoy agotado. Me siento como si estuviera entrando en una grave crisis espiritual. Las calles están completamente desiertas. El cielo ha empezado a palidecer. Aparcamos delante de un edificio de la Avenue Montaigne, Billy acompaña a Isabel hasta la puerta. Yo me quedo en el coche con Cristina, las cabezas recostadas, los ojos cerrados.

—Es un buen chico —dice—. ¿No te gustaría volver a ser tan joven?

—No soy tan viejo.

—Cariño... —dice ella, arrulladora.

—Solo me siento viejo.

—No, pareces muy joven. De verdad. Como si estuvieras todavía en el colegio.

—Gracias.

—¿Cómo eras entonces? —pregunta, adormilada.

—Hace mucho de eso.

—No, en serio, ¿cómo eras?

—Era el ídolo de mi generación.

Oigo cómo ella mueve la cabeza.

—¿No lo sabías? —le digo.

Se abre la portezuela, es Billy. Se desploma en el asiento. Arrancamos.

—Vamos a algún sitio a tomar algo —dice Cristina.

Él guarda silencio.

—¿Billy?

—¿De verdad quieres ir?

—¿Adónde vamos?

—Al Calvados —dice él.

—Sí —dice ella—, vamos.

ME reciben patios con verjas herrumbrosas. Cercados. Grandes muros se derrumban en el umbral. Los árboles parecen hileras de cubas en la Place d'Hallencourt. Hay ladrillos depositados bajo ellos. Las aceras están veteadas de musgo. Las calles se abren como una flor conforme uno descende por ellas. Rue Dufraigne. Faubourg St. Blaise, una bella casa aquí, pequeño balcón de hierro, jardín enorme. Los árboles se derraman sobre la tapia y sombrean también el lado público. Las puertas parecen muy sólidas.

Hay otra casa en la rue de la Grille. De un color maravilloso: ladrillo apagado, con las puertas, ventanas y todas las líneas principales empotradas en piedra blanca. Un sendero de grava. Verjas altas, férreas. Cuando paso por allí por la mañana, una chica con una bata rosa abre los postigos de cada habitación. Es la casa de un médico, seguro. Todos son médicos. *Vétérinaires. Yeux, nez, gorge, oreilles.* Se fortifican dentro de las casas más sólidas de la ciudad, las más grandes, dominando todas las calles. Pulen los muebles. Siempre brillantan las placas.

En las ventanas de los cafés baratos hay carteles que anuncian fútbol. Autun - Charolles. Autun - Chagny. Nadie parece leerlos. Unos hombres juegan al dominó; tienen aspecto de norteafricanos. Al final de la ciudad, las fábricas están silenciosas. Las viejas han sido abandonadas, curtidurías con sus altas chimeneas frías y sus ventanas oscuras. Más allá, el río, inmóvil. Las cuatro de la tarde. Las ramas altas de los árboles a lo largo de la calle captan la última luz plena. El estadio permanece en silencio, con algunas bicicletas recostadas contra el muro exterior. Leo el horario una vez más y entro, girándome hacia las gradas, que están casi vacías. A lo lejos, los jugadores se despliegan sobre la hierba blanda. No parece haber gritos ni ruidos, solo el débil sordo rumor de los puntapiés.

Es el vacío lo que me gusta, las dimensiones azules de esta vida. Más allá del terreno de juego, hasta donde alcanza la vista, están los campos, los árboles de la campiña. Arriba, el cielo provinciano, un poco nublado. De vez en cuando aparece el sol, vago como una sonrisa. Estoy sentado solo. Me miran algunos jóvenes, y nada más. No hay marcador. El juego se desarrolla en uno y otro campo. Parece durar mucho, mucho tiempo. Alguien manda a un niño a recoger el balón al extremo del fondo, cuando se sale de la banda. Le observo circular

espacio el campo. Pasa por detrás de la portería. Trota un poco, luego camina. Parece haberse extraviado en su trayecto. Por fin llega a su destino, pequeño y aislado en la banda. Al cabo de un rato le veo dando patadas a las piedras.

Ocupo el centro del vacío. Cada acto parece así más puro, más fácil de definir. Los sonidos los separan. Todos los detalles aparecen. Me detengo en el Café St. Louis. Es como una vieja aula. El barniz se ha desprendido de la curva de las sillas. El pulimento se ha desprendido del suelo. Es una sala amplia, amarillenta, con espejos enormes en la pared, del mismo tamaño y posición que las ventanas, generosas, imperfectas. Puertas de cristal a lo largo de la calle. Mires donde mires, parece posible ver el exterior. Están jugando al billar. Escucho sin mirar. El tenue chasquido de las bolas es como un concierto. Los jugadores, alrededor del tapete, hablan con voces roncas. El olor intenso de sus cigarrillos... Nunca están aquí de día. El café es muy distinto a la luz del día. Añejo. La mesa de billar parece menos oscura. La madera se desprende en las esquinas. Es muy vieja, y diría que unos cien años por lo menos, a juzgar por la complejidad de las patas. El fieltro está gastado, como las mangas de un traje viejo, por debajo del paño verde pálido que siempre lo recubre.

—Monsieur?

Es la anciana que regenta el local. Dientes postizos, blancos como botones. Probablemente pertenecían a su marido. Los oigo chasquear en su boca.

—*Monsieur?* —insiste.

Más tarde, hacia las nueve, en el bar del hotel hay música y, al menos, unas cuantas parejas sentadas. También los tres o cuatro jóvenes dorados de la ciudad, repantigados en los sofás. Los conozco de vista. Uno es un ángel, al menos para el engaño. Hermoso rostro, pelo moreno, fino. Una boca como fruta estropeada. Nada les divierte: no hablan hasta que alguien se marcha, y entonces emiten pequeñas carcajadas, y a veces llaman al camarero. El resto del tiempo permanecen en silencio, puliendo los gestos del desprecio. El ángel es más alto que los demás. Lleva un traje caro y una corbata con el nudo flojo. A veces un suéter. Puños blandos. Le he visto en la calle. Tiene unos diecisiete años, y parece menos peligroso a la luz del día, simplemente un mal estudiante o un chico ya notorio por sus vicios. Está preparado para seducir. Quizás hasta dice que es fácil, y que es sencillo conquistar a mujeres. Creer es poder, dicen. Un escalofrío me recorre. Reconozco claramente en él la seguridad del que no tiene nada que imitar, que brota intacta. Se alimenta de su propio reflejo. Se mira cuidadosamente en el espejo, se peina. Se inspecciona los dientes. La criada le ha dejado desvestirla. Ella le odia, pero no puede dejarle marchar. Trato de pensar qué ha dicho él. Tiene un instinto para eso. Está aquí para cazar presas, para descubrir a las más débiles. No sé lo que siente: el gozo del asesino.

Me modelo a su semejanza, solo para la noche. Cuando camino hacia casa veo mi imagen flotante en el cristal de escaparates oscurecidos. Me paro a mirar

ropa. Es como salir de una película. He desechado mi identidad. Sigo en libertad, liberado de mi yo antiguo hasta los primeros encuentros, y ahora imagino, con toda claridad, que conozco a Claude Picquet. Por un instante tengo la premonición cierta de que estoy a punto, de que voy a verla realmente al doblar la esquina y, confiado tras unos coñacs, empiezo a hablar de un modo totalmente natural. Caminamos juntos. La observo atentamente mientras ella habla. Sé que le intereso, la estoy rodeando como un tiburón. De pronto comprendo: será ella. Sí, estoy seguro. Voy a conocerla. Estoy un poco borracho, por supuesto, un poco temerario, y en un estado amistoso que me permite crearme destinado a ser su amante, a penetrar en su vida con perfecta soltura. Te he visto pasar por la calle muchas veces, le digo. ¿Sí? Finge sorprenderse. ¿Conoces a los Wheatland?, le pregunto. ¿Los Wheatland? Monsieur y madame Wheatland, digo. Ah, *oui*. Pues me hospedo en su casa, le digo. ¿Qué pasa después? No lo sé: será sencillo en cuanto esté hablando de verdad con ella. Quiero que venga a ver la casa, por supuesto. Quiero oír la puerta cerrarse tras ella. Se coloca junto a la ventana. No le da miedo darme la espalda, permitir que me acerque. Solo voy a tocarle con suavidad el brazo... Claude... Me mira y sonrío.

Mañanas con nubes. Mañanas ventosas. Mañanas de viento negro que corre como agua. Los árboles tiemblan, las ventanas crujen como un barco. Va a llover. Al cabo de un rato, las primeras gotas silenciosas aparecen en el cristal. Crecen poco a poco, lo cubren, empiezan a trazar surcos. Todo Autun sometido al frío, la lluvia matutina, las esculturas sobre las verjas romanas primero se vetean y luego se oscurecen, los techos de pizarra relucen ahora, los cementerios, los puentes sobre el Arroux. De vez en cuando, el viento retorna, la lluvia cae oblicuamente, azota las ventanas como arena. La lluvia lo cubre todo, todas las avenidas y empresas, las antiguas glorias de la ciudad. Lluvia sobre el cristal cilindrado de la librería Lucotte, lluvia sobre las Arcades, sobre *au Cygne de Montjeu*. Una lluvia larga y uniforme que me satisface totalmente.

ÉL llega al atardecer. Es la primera semana de octubre y el clima ha sido templado; Phillip Dean aparcó delante de la verja un espléndido automóvil antiguo de un buen gusto sobresaliente. Es una sorpresa total, por supuesto, y quizá la manifiesto.

—Oye, espero no molestarte —dice, casi con timidez.

—No, en absoluto.

—Se me ocurrió conducir hasta aquí.

—Bueno, me alegro. —Un momento después añade, como un tonto—: ¿Es tuyo este coche?

Sí, insiste en que lo admire, un descapotable bajo y sucio por el viaje en el crepúsculo. Lo rodeamos para ver la parte delantera. Hay una placa esmaltada con letras de color azul: Delage.

—Oh, es una marca muy famosa. Creí que ya no fabricaba coches.

—Ya no —dice él—. Este es de 1952.

Lo rodeamos despacio.

—Me enamoré de él nada más verlo —dice.

Es una máquina maravillosa. Dean me sigue, señalando detalles. Los faros son como palanganas.

—Solo hace cuatro días que lo tengo.

Pertenece a un amigo suyo que no lo conduce mucho. Dean lo está usando.

—¿Quieres dar una vuelta? —pregunta—. Vamos. Entra por el otro lado.

Noche de octubre, frío. Los asientos están helados y huelen a cuero. Las portezuelas se cierran con un sonido pesado e inequívoco. Inserta la llave y arranca. Todas las agujas saltan.

—Es un sueño conducirlo —dice—. Corre como el viento.

—Me figuro.

—No, en serio.

—¿Qué velocidad?

—No lo sé todavía —dice—. Lo estoy probando.

Recorremos las calles que serpean, misteriosas. Los postigos están ya cerrados en toda la ciudad. La gente vuelve a casa del trabajo, algunos en bici, la mayoría andando. Veo sus caras pálidas cuando se vuelven a mirar el auto. Tiene

matrícula de París. No tienen idea de quién es el dueño, por supuesto.

Cruzamos la plaza y bajamos la larga calle abierta que conduce a la estación, flanqueados por bicis cuyos faros tenues tiemblan sobre la calzada. La hilera de árboles oscuros escolta toda la longitud de la calle y luego gira y conduce a la explanada frente a la estación, con hoteles delante, la terminal del autobús a un lado, con su cabina iluminada, que saca cuatro fotos por un franco. Hay dos taxis esperando. Los taxistas (uno es una mujer gorda con gafas) están en el bar del hotel, envueltos en el olor grato del tabaco y el vino. No tienen nada que hacer hasta que el tren llegue.

Paramos un momento y miramos hacia la ciudad, atrás. Ir sentado en este automóvil constituye un gran privilegio. El aire es melancólico y oscuro. Pasa gente encorvada que va a hacer sus recados. A nuestra espalda discurre el río.

Me estoy quedando frío en el coche. Cuando volvemos pregunto si no tiene calefacción.

—No funciona —dice—, pero creo que puedo arreglarla.

Estacionamos en el Foy y levanta el capó.

—Mira esto —anuncia.

Es una destilería de tubos y manguitos.

—Yo trabajaba con motocicletas —dice—. Claro, esto... es un poco más complicado. Hay que pensar que son como tres motos —dice—. Así la cosa es más fácil.

Toca los manguitos, buscando el que corresponde a la calefacción.

—¿Lo encuentras?

—Oh, acabaré encontrándolo —dice, incorporándose.

Entramos en el café. Hay reservados a ambos lados y una fila de mesas en el medio. Un bar pequeño. Una pequeña pista de baile. Hacia el fondo están jugando a las cartas. Pero el local está casi desierto. Los parroquianos vienen más tarde y se sientan en un silencio blanco delante del televisor. Nos sentamos en un reservado cerca de la entrada. Dean ya ha decidido quedarse. Le he dicho que dispongo de la casa entera.

—Voy a dar una vuelta por toda la región mañana —dice—. Me gustaría explorar el campo.

Por la puerta veo a gente contemplando el Delage.

—Tu coche está causando sensación.

—En París —dice él— creían que yo era un duque, por lo menos. En los hoteles, los porteros me abrían la puerta. Saludaban. *Bonjour, monsieur*. Yo les respondía con un gesto de cabeza.

—¿No hablabas?

—Unas palabras en español —dice, modestamente—. ¿Dan de comer aquí?

—¿Tienes hambre?

—Un poco. Puedo esperar.

—Cenaremos en el hotel.

Tras una pausa, dice:

—Uf, no llevo mucho dinero encima...

—No te preocupes.

—Tengo que cobrar un cheque —dice—. Tenía que haberlo cobrado hace dos días.

—No te preocupes por eso —le tranquilizo.

—¿Conoces a mucha gente en la ciudad? —pregunta.

—Oh, a poca —digo—. Esto es muy tranquilo.

—Tranquilo —dice. La idea parece asentarse—. ¿Cómo de tranquilo?

—Es tranquilo —digo—. ¿Tomamos otra?

Llegamos al hotel hacia las ocho. El comedor está bien iluminado, parece incluso más brillante de lo normal. Tal vez es mi estado de ánimo. A fin de cuentas, es un acontecimiento, yo solía cenar solo. Abrimos la carta. Agachamos un poco la cabeza para sopesar la oferta. Nos rodean los sonidos leves y apaciguadores de la cena. En el centro del comedor resplandece una mesa con fruta. A su lado hay una bandeja de quesos: azul de Bresse, fuerte y sabroso, acre como las axilas de una mujer; roquefort, con vetas como el mármol; los pequeños *chèvres* envueltos; gruyère... Ahora advierto por primera vez, cerca de la entrada, a un grupo que incluye a la señora Picquet y a su hija. Están hablando apaciblemente. No sé quiénes son los otros. Son mucho mayores. Podrían ser parientes. De todos modos, he averiguado algo sobre ella. Está divorciada. Su marido se enamoró de otra. Claude era demasiado abundante para él, quizá, demasiado suntuosa. Va siempre meticulosamente maquillada, con el cabello arreglado y un flequillo sobre la frente. Pulseras en ambas muñecas. Grandes anillos, uno sobre su dedo índice izquierdo. Lo lleva incluso cuando teclaa a máquina. Claude podría tener unos veintiocho, veintinueve años. Verla caminar me debilita. Un paso renqueante, femenino. Caderas llenas. Talle estrecho. Tiene las piernas un poquito delgadas. La veo en el *Hôtel de ville*, donde trabaja. Se inclina sobre el teclado, para borrar algo. Hay un atisbo de braga blanca donde su suéter se separa ligeramente del busto. Mis ojos lanzan allí miradas rápidas, irremediables.

Ella me dijo que su divorcio fue carísimo. Me fijé en el lunar pintado en su pómulo. Le costó cuatrocientos dólares, dijo, y a su marido otros tantos, y además, ella tuvo que darle casi todos los muebles a aquel consorte desaparecido que era vendedor de gafas y viajaba mucho. Hace un pequeño gesto de resignación.

Su hija está sentada a su lado, atenta y compuesta. Tiene ocho años y es tan maravillosamente lenta de movimientos como su madre. Una chica preciosa. Come con un tenedor demasiado grande para ella. Alza la vista hacia Claude de vez en cuando.

Dean tiene un apetito saludable, pero después del segundo vaso de vino tiene tendencia a que las cosas se le caigan de tenedor. Las recoge del mantel, informalmente. Estamos tomando *quenelles* hechas con lucio de río, *quenelles de brochet*. No para de preguntarme cómo se llaman.

Su francés ha mejorado. Por supuesto, el camarero finge no entenderle. A Dean le da igual.

—Son todos así —dice—. *Quenelles*. ¿Lo digo bien? ¿Qué me ha dicho?

Horas largas, pausadas, de la noche, el coche aparcado fuera, donde la luz de la entrada lo ilumina, la gente se detiene a mirarlo, el invierno se acerca. Platos que se retiran sin ruido, el sabor persistente de los alimentos. La procesión inmortal de una comida francesa. Hemos terminado el vino. Dean se sirve agua de Perrier en su vaso. Se muere de sed, dice.

—Dicen que lo seguro es beber vino.

—Sí, pero yo bebo agua.

—Yo también, en todas partes —dice—. ¿Sabes cuál es el agua más limpia del mundo?

—No.

—La de la piscina de Yale —dice. Su voz se va apagando—. Bueno, eso nos han dicho siempre.

—¿Cuándo te graduaste en Yale?

—No terminé —dice—. Lo dejé.

—Oh.

Lo dice como de pasada, sin encorvarse para explicarlo, pero la autoridad del acto me abruma. Si yo hubiera sido un marginado, él se habría convertido en mi héroe, en el rebelde que yo también habría podido ser de haber tenido el valor necesario. Yo hice todo como se debía. Sacaba buenas notas. Cuidaba los libros. Llevaba la ropa adecuada. Pero al mirar a Dean, comprendo todo lo que me perdí. Le envidio. De algún modo su vida parece más veraz que la mía, más intensa, capaz de atraer la mía hacia ella como la fuerza de una estrella oscura.

Abandonó Yale. Su hermana me dijo que era demasiado fácil para él y que por eso lo dejó. Siempre había sido extraordinario en matemáticas. Obtuvo una beca. Él sabía que era excepcional. Una vez se examinó de antropología a pesar de que no había seguido el curso. Lo escribió en la parte superior de la hoja. Su examen fue tan brillante que la profesora se enamoró de él. Dean estaba decepcionado, claro. Aquello solo probaba lo ridículo que era todo. Ya le habían dado una excedencia en su primer año y volvió a pedir otra. Fue a ver a un psiquiatra. Vivió con varios amigos en Nueva York y empezó a desarrollar un estilo. Estuvo allí un año entero, pero la universidad se mostró muy comprensiva. Por fin volvió y cursó otro año, pero al final dejó la facultad definitivamente. Entonces empezó a educarse él mismo.

DEAN se afeita ante el lavabo. Ahí de pie, medio desnudo, parece muy delgado. Tiene los hombros huesudos. Intento captar detalles. Pies estrechos, blancos. Trato de hacerle real, el niño bonito de los amigos de su padre. Visitaba sus casas. Conducía sus coches.

El cuarto de baño es enorme, con una ventana cruzada por anaqueles bajos que sostienen frascos de Cristina, muchos de ellos muy coloridos, sales de baño, papel higiénico, tarros de botica. La cuchilla raspa como la de un barbero, con toques cortos y uniformes, y luego una pausa. Dean se lava con ocasionales chorros de agua. No tiene una barba cerrada. Le crece sobre todo alrededor del mentón. Yo espero sentado, totalmente vestido, en la habitación de fuera. Se inspecciona con prisa en el espejo.

—¿Estás listo?—pregunta inocentemente.

Aquellas primeras, tempranas semanas cubiertas por los cielos fríos de Europa, semanas que ahora parecen no haber existido nunca, cuyos sucesos últimos han sido barridos de la existencia, eliminados casi de la memoria. En octubre visitamos (saco esto de una lista) Châlons-sur-Seine, Beaune, Dijon (tres veces) e incluso Nancy.

Coronadas las cuestas de poniente, zarpamos bajo un cielo brillante de nubes inundadas de luz solar e iniciamos el descenso a la ciudad, por una carretera que trazaba curvas profundas y ciegas. Y luego aquellas grandes y lineales travesías de barrios desconocidos, dirigiéndonos hacia la plaza perfecta que marcaba la ciudad como un puntero. Nancy. ¿Cómo iba yo a saberlo? Calles que después serían para mí tan sagradas como las de mi infancia. Boulevard Georges Clemenceau. Lo cruzamos y partimos.

Es sábado. Las calles están concurridas. Hay hombres asando castañas en las esquinas. Nos sentamos cerca del ventanal del Café du Commerce. Las cuatro de la tarde. El cielo azul de Francia inundado de nubes. El final del año se nos echa encima, el frío se avecina: uno puede sentirlo todos los días. Dean estudia la guía. Yo miro por la ventana. Automóviles lentos como bueyes rodean la plaza. De vez en cuando pasa un Jaguar o un Mercedes, una de esas máquinas grandes, espectrales, a veces con una cara preciosa dentro. Los comercios están atestados de zapatos, ornamentos de oro, gamuzas, hermosos quesos.

Lo veo al alba ahora, cuando la luz es gredosa y después de un azul clarísimo. En las calles reina un absoluto silencio. Silenciosas están las enormes *portes*: Place Carnot, su largo regimiento de árboles. Vago por la ciudad como un sonámbulo. El humo azul del cigarrillo asciende, el olor de reminiscencias, en el bar de la División de Hierro. Avenida del XXéme Corps. A los veteranos encogidos en su asiento, con sus suéteres y guerreras, los rodean los vestigios de una gloria ahora extinta, enmohecida, manchada por la mano blanca del moho, el olor a humedad. El amanecer irrumpe por las ventanas lisas de los cafés. Caminan hacia casa solos, a lo largo del canal, arrastrando los zapatos por la acera gris.

Noches de otoño. Paseamos en la primera oscuridad, mientras decidimos dónde vamos a cenar, y emprendemos el regreso a casa con las primeras ráfagas de nieve, abrigados y respirando vapor en el viejo Delage. La calefacción sigue sin funcionar. La nieve se cuele en los faros, cae sobre nosotros, se estrella contra el cristal. Chirría la caja de cambios. Al tomar una curva, derrapamos bruscamente.

—Oh, ten cuidado, Dean —dice para sí.

Al otro lado de la carretera, fluye un río de nieve que se derrama hacia un costado, se desplaza, se aleja. Conducimos más despacio. La nieve nos azota, sin hacer ningún ruido. Estamos extraviados en un remolino de blancura, en la voz densa del auto.

—¿Has visto ese letrero? ¿Qué decía?

—Langres, creo.

—Langres —dice él.

—Sí. Estamos en la carretera correcta.

Tardamos horas. Al cabo de un rato, el tráfico desaparece. Recorremos carreteras tan desiertas como estepas. Los pueblos son oscuros.

Por fin, al llegar, paramos ante el Foy. Es agradable entrar, estar dentro. Sienta bien pisar el suelo de madera. Nos sentamos en un reservado. Nuestro alrededor está salpicado de parejas. Es todo muy acogedor. La camarera nos sirve el té. La he visto antes, es una chica del campo que trabaja aquí los fines de semana. Lleva un suéter de cuello alto, camisa negra, un cinturón de cuero muy ceñido que la divide en dos zonas eróticas. La radio suena tenuemente detrás del mostrador. Fuera, la nieve cubre el coche como la estatua de un héroe, tapa las huellas que conducen hasta donde está aparcado. Dean observa a la chica mientras ella deposita en la mesa las cosas de la bandeja: tazas, platillos, la tetera de plata. La sigue con los ojos cuando ella se aleja.

—Le gustas —le digo.

Me mira de pronto, titubea.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, lo veo —digo.

Me mira a mí y luego a ella. Está recostada en la barra, sin prestar atención. Dean sonríe entonces, cansado y solitario.

—Es cierto —le digo.

—Ya sé. Sueña conmigo desde hace semanas —dice.

MADAME Job, apasionadamente delgada, huesuda como un chico, cree que Dean se parece a un actor: Eddie Constantine. Cuando se lo digo a Dean, él dice:

—¿A quién?

Le explico que es un actor que sale en películas malas.

—No he oído hablar de él —dice.

—Ya le verás. No creo que te parezcas, pero de todos modos...

—Es absurdo —dice.

Madame Job está sonriendo. No habla nada de inglés. Sigue la conversación de una boca a otra, como un perro.

La habitación tiene un aspecto desnudo, moderno. Algo barato, también. Hay alfombras diseminadas por el suelo de madera barnizada. Hay unas cuantas revistas encima de una mesa. El mobiliario parece prestado. Ignoro si existe un motivo. Henri Job trabaja en la fábrica de guantes. Es gerente, un cargo importante. Billy le escribió una carta de presentación en mi nombre. Me recibieron amistosamente cuando los visité. Claro que esta casa no es suya, pertenece al padre de Henri. De hecho, es contigua a la del padre, lo que no es infrecuente.

Henri no es de aquí. Es de Lyon. Ah, la segunda ciudad de Francia a orillas de su ancho río. Henri ostenta su procedencia como un título. Su padre ha prosperado con el *chauffage*, tiene la tienda más grande de Autun, pero, a fin de cuentas, es de Lyon. Todo esto se ve en la cara de ella. Además, él es muy estricto. No le permite bailar, lo que ella adora, como me confesó. Es él quien padece del corazón, y sin embargo...

Una semana glacial y brumosa de noviembre. Recorríamos el bulevar Mazagran sin ver otro par de faros. Los limeros eran negros como el hierro en la oscuridad. Viramos hacia la calle donde viven los Job, en un barrio nuevo de la ciudad. Muros desnudos. Todo parece abandonado, hasta los coches aparcados a lo largo del bordillo. Ya le he advertido a Dean que la velada será probablemente aburrida. Muchas de las casas de aquí están recién construidas. Es como una plantación nueva de la que aún no ha salido nada. Hay espacios desconcertantes entre ellas, árboles pelados.

Los Job tienen una cerca de alambre, una cerca verde que cierro tras de mí.

El sonido de nuestros pasos suena muy fuerte en el silencio del barrio.

—¿Estás seguro de que es esta noche? —pregunta Dean—. No se ven luces.

Caminamos por las losas colocadas en la gravilla, cruzamos un estanque de cemento que solo contiene unas pocas algas muertas. Toco el timbre. Se enciende una luz arriba y aparece madame Job. Nos recibe cordialmente. Le presento a Dean, en el recibidor estrecho, con un impropio apretón de manos, y entramos en el cuarto de estar. Madame Job nos sigue, apagando luces.

Después de la cena proyectan las diapositivas de Austria que tomaron en su último viaje. Henri las sostiene como monedas antes de proyectarlas. Vistas de montañas lejanas. Hoteles que están ligeramente torcidos. Madame Job sacó esa, explica en inglés su marido. Ella oye su nombre. Sonríe.

—Es una de sus mejores —dice Henri.

Sentado en la oscuridad, Dean guarda silencio. La cena ha sido muy buena: pollo asado, endivias, *mousse au chocolat*. Los postres de *madame* son maravillosos. Tengo la sensación de que ella mira a Dean sin ser vista.

—Innsbruck —dice Henri.

Vuelvo a mirar la pantalla. Una ciudad vasta, ocre, se materializa en una secuencia de fragmentos como atisbos de una magna imagen que se ha hecho pedazos. Contemplamos las partes brillantes. Chaflanes de calles. Tranvías. Fachadas espléndidas de edificios demasiado alejados para verlos bien. Donde estoy sentado recibo efluvios esporádicos del perfume de madame Job. Su intensidad me asombra. No tiene suficiente carne para que el perfume extraiga calidez de esos brazos enjutos. Pero su piel es magnífica. Su cara parece muy limpia.

—Aaah —respira, admirando una de las filminas. Me dice—: *Ça c'est jolie, c'est-ce-pas?*

—Formidable —digo.

Dean, en su asiento, parece un niño arrogante. No dice nada. Por supuesto, le resulta increíble la monotonía de la velada, que realmente pueda existir una pareja así. (Henri tiene, quizás unos cuarenta años. Juliette, unos veintinueve. Pero Dean ha leído a Radiguet. A los veintinueve años no se es viejo.) Su silencio, su retraimiento son casi visibles. Enciende un cigarro. En esta habitación cerrada, con su rayo central de luz, el humo adquiere, al salir de su boca, un brillo denso. Da una profunda calada, más azul que el hielo. Henri acerca a la luz otra filmina. Ahora nos desplazamos hacia el este. Se diría que paraban cada diez kilómetros para sacar fotos.

Estoy seguro de que Dean nunca haría un viaje parecido. Estoy un poco celoso del viaje que tal vez haga, presiento que por ahora se limita a bordear la costa. Le imagino viajando por el sur de Francia esta primavera. No sé seguro con quién está. Sé que no está solo. Viajan barato, con ese toque de indolencia y lujuria esporádica que solo procede de poseer recursos económicos. Viven en

vaqueros y a la luz del sol. A veces se cepillan los dientes en arroyos. Quizás ella sea la joven prostituta a quien conoció en París y con la que tan fácil le resulta entenderse. No, esta idea es banal. La he tenido yo mismo: enseñarla a vestirse, a peinarse, a comportarse y a hablar, y mientras tanto insultarla como un recluso mañana y noche, ya que parte de la instrucción se imparte al alimón, como si dijéramos. Sí, a ella le divierte. Se desviste con una sonrisa. Tienen una relación como la del comienzo de *Manon Lescaut*. Vagabundean por las ciudades. Se pierden en habitaciones de hotel; uno no puede seguirles. Hay largos silencios colmados de cosas que ansío conocer...

Después, sentados en el coche, sobre el cuero glacial, las ventanillas opacas por la fina e interminable lluvia, él quiere ir a algún sitio.

—¿Adónde?

—Vamos a Dijon —dice.

—¿Lo dices en serio?

—No está tan lejos.

Me siento un poco culpable, como si de algún modo intuyeran nuestro alivio por estar al fin en la calle. Son más de las once, pero Dean está completamente despierto. Devora mi cansancio.

—Vamos —dice.

Regresamos despacio a la calle principal, los limpiaparabrisas se mueven discordantes, gruñen cuando cruzan el cristal. A esta hora, la ciudad está absolutamente oscura y desierta, hay solo unos pocos cafés abiertos. Por lo demás, todos los edificios están a oscuras.

—Se porta mal con ella —dice Dean.

—¿Qué quieres decir?

—La tiene a su merced —dice— y no hace más que tocarle las narices.

—No creo que sea tan terrible.

—Me da lástima ella —dice.

—¿Por qué? Está bien. Es un buen matrimonio. Tienen hijos, a su marido le va bien. Todo eso es importante. Me refiero a que debes comprenderlo. Tienen sus propios placeres.

—Se muere de ganas —dice Dean.

—Un poco, probablemente. Es por tu presencia esta noche.

—Quizá —sonríe.

—Escucha, cuando alguien piensa que te pareces a un actor de cine es porque hay algo.

—Sí.

—Sobre todo cuando no te pareces en nada.

Dean se ríe.

Dijon está suspendido en la niebla. Recorremos calles vacías. Dean conoce perfectamente el camino. Aparece delante el neón azul de la Rotonde.

Aparcamos y nos encaminamos hacia la puerta. Ahora se oye música, discordante en la niebla, en el silencio. Cuando entramos, la oscuridad estalla como cristal. Una orquesta toca en un pequeño estrado orillado de luces. Hay parejas bailando, mucho ruido.

El camarero quiere que pidamos champán. Dean mueve la cabeza: no, no. Conoce el percal. Nos sentamos a observarlo todo.

—Qué música —dice.

—¿Te parece buena?

—Dios, no —dice.

En medio del gentío hay una chica con un africano (seguro que es un estudiante) enfundado en un traje gris barato. Bailan abrazados. Verles bailar es como una sucesión de naipes barajados. La sota de picas se desvanece lentamente y surge la reina de diamantes. Sus bocas se unen en la oscuridad.

Enfrente de nosotros hay más negros, pero son norteamericanos. Soldados. Se les nota de inmediato en la cara, en la ropa. Tienen la boca gruesa, cierta tosquedad. Y son grandes. Tienen las manos grandes, los hombros anchos. Su ropa parece a punto de reventar. Hay botellas de Coca-Cola en su mesa: para sus chicas francesas, por supuesto. Una de ellas, alcanzo a discernir, lleva un minúsculo vestido verde a cuadros. De manga corta, aunque la noche es fría. Gira la cabeza un poco. Es muy joven. Facciones puras, inexpresivas. De repente me asalta la angustia, no sé por qué (es evidente que a ella le importa un rábano), pero en cierto modo a causa del aprieto en que se encuentra. Aparenta dieciséis años. Sus brazos jóvenes destellan suavemente en la penumbra.

Ahora uno de los soldados empieza a hablar con ella en ese denso y melodioso sublenguaje. Ella no le entiende, quizá por culpa del ruido de la orquesta. Él se inclina más hacia ella. La boca se mueve pegada a su oreja. Ella entonces asiente. Le mira con calma y asiente. Los otros están sentados con los antebrazos enormes sobre la mesa, escuchando la música, y de vez en cuando dicen algo. No veo muy bien a la otra chica.

Tiene el pelo muy largo. La música retumba alrededor. El batería tiene la cara mojada.

Hemos viajado desde Innsbruck hasta este desmadre. Ya no es posible hablar. Tengo mucho sueño y de pronto me siento un poco abatido. Sigo mirando hacia la mesa de los soldados. Cuando se marchan, sé con certeza lo que van a hacer. Irán hasta un Pontiac grande y verde, de unos cinco años, como poco, o quizás un Ford. El silenciador está roto. El sonido del motor es potente y salvaje. Ella se sienta detrás, entre dos de ellos. Eso significa... No sé realmente lo que significa, qué frases gratas y en voz baja se dicen en la oscuridad. Como dice Rilke, los principiantes no reciben lecciones, a uno se le piden de golpe las cosas más difíciles. Pero no son tan malos estos negros. He oído decir que son muy dulces, muy tiernos. Se gastan hasta el último centavo en una chica, absolutamente todo.

Son insensatamente generosos. Los envidio por eso.

Circulamos en silencio a través de una niebla densa que se traga los faros. Los rayos amarillos humean delante. No se ve nada. La Rotonde está muy lejos. Las puertas se han cerrado a nuestra espalda, la música ha desaparecido. Reptamos sobre calzadas invisibles, un poco más deprisa que andando. El trayecto de regreso durará horas, las últimas de una noche que queda atrás. Se la hemos cedido a los soldados. No poseen nada. No conservan nada. Cuando les traen la cuenta se meten las manos en los bolsillos y se piden monedas entre ellos.

Tengo la ventanilla parcialmente abierta. El aire húmedo me gotea en la cara.

—Tengo que aprender más francés —dice Dean.

—Bueno, ya llegará. Te he visto apuntar palabras todo el tiempo.

—Lo malo es que son todas de comida —dice—. Es de lo único de lo que sé hablar. Pero no se puede hablar todo el tiempo de comida.

—Tienes razón. Deberías leer los periódicos.

—Voy a empezar.

Cruzamos furtivamente las afueras de Dijon, solo a ratos divisando algo reconocible, una intersección, un letrero concreto.

—Te diré algo estupendo de este país —dice de pronto—. El aire. Todo huele bien.

» Es la Francia verdadera —dice—. Tenías razón. Nunca la hubiera descubierto de no ser por ti.

—Oh, claro que sí.

—No, habría estado callejeando por París, como todo el mundo. Es lo más fácil. Pero ¿quién va a Dijon?

—No demasiada gente.

—¿Y a Autun?

—Menos todavía.

—Nadie —dice—. Ahí está la cosa.

LAS mañanas son cada vez más frías, las empiezo desprevenido. Mañanas gélidas. Las calles siguen oscuras. Las bicicletas me adelantan, sus piezas crujen, los ciclistas son míseros como mendigos.

Tomo un café en el Café St. Louis. Está tan silencioso como la consulta de un médico. Las sillas todavía están vueltas hacia arriba, sobre las mesas. Más allá de las finas cortinas, un frío cortante. Tal vez nieve. Miro al cielo. Pesado como un trapo mojado. Francia es ella misma solamente en invierno, su ser desnudo, sin modales. Con buen tiempo, todo el mundo la ama. No obstante, sigue siendo deprimente. Uno se siente fugitivo de media docena de vidas.

Estas mañanas tristes. Estoy cerca del radiador, tratando de calentarme las manos sobre un hierro frío como cristal. Los franceses tienen un gusto agradable por la simplicidad. Se limitan a ponerse suéteres cuando están bajo techo y a veces también sombreros. Crean en la luz, sí, pero solo si la ofrecen los cielos. La mayoría de sus habitaciones son oscuras como la casa de un pobre. Reina un olor a tabaco, sudor y perfume, todo mezclado. Una atmósfera abatida en la que cada sonido parece cruel y aislado: una puerta que se cierra, pasos bajo los cuales se detecta la débil queja de la arenilla, roncós *bonjour*. Uno se siente parte de una vasta servidumbre, anónima e inacabable, hasta que todo se desvanece inesperadamente cuando pasa la imagen de madame Picquet detrás del cristal de su despacho, ese perfil ligeramente vulgar y emocionante. Al pensar en ello, siento un dolor en el pecho. No controlo estos sueños en los que ella parece habitar mi futuro como una estación entera de comidas copiosas, ojalá supiera cómo arreglar esto. La veo casi todos los días. Puedo ir a verla con algún pretexto, pero es difícil hablar mientras está trabajando. Oh, Claude, Claude, me hormiguean las manos. Quieren tocarle. En su peinado meticuloso hay una cinta que ella se toca una y otra vez, nerviosamente. Luego se toca el botón superior de su suéter como si fuese una joya. Ciñen su cuello guirnaldas de cuentas de cristal, del color de los besos de un night club. Una piedra verde en su dedo índice. Y luce varias alianzas de casada, tres, al parecer. Estoy demasiado nervioso para contarlas.

—Usted no es de aquí, ¿verdad? —le había preguntado.

—Oh, no. Soy de París.

—Eso creí.

Sonríe.

—¿Pero le gusta esto?

—Oh —se encoge de hombros, impotente.

Cuando me acerco a ella percibo casi el tacto de su piel, su sabor, como un hombre famélico, como un marino que huele la vegetación desde mar adentro.

Abrió su bolso y sacó fotografías de ella tomadas en los salones de hoteles. Ocurrió muy aprisa, quise mirarlas más tiempo. Dijo que había sido maniquí. Viajaba para desfilas por pasarelas en aquellos tiempos. Era muy bonito. Fines de semana en Vichy, me dijo... otros en Megève.

Tres de diciembre. Un día que no promete nada, que pasa velozmente. Por la tarde, una nieve liviana, tan tenue y diminuta que no parece más que una manifestación del frío. La ciudad inicia su rápido descenso hacia la oscuridad, y aparecen los comercios iluminados, los faros, restaurantes, cafetines. Todo lo demás se torna negro en un gran ciclo incorruptible, demasiado serio, demasiado antiguo para cambiar, mientras detrás de los postigos y las pesadas cortinas una vida nocturna se mide en magras porciones, tan exactas como las de un viejo tendero.

Me paro a comprar un periódico en la librería. Conozco muy bien al anciano. El mostrador está cerca de la ventana donde la luz le cae de lleno, como a un ministro antes del desayuno. Lleva un grueso suéter y una bufanda. Tiene las mejillas totalmente encarnadas. Parece muy compungido, pero todavía hay que sobrevivir todo el invierno. Ya no cuenta la vida en años; se reduce a estaciones. Al final se convertirán en simples noches, cada una tan peligrosa como un viaje lunar. Me devuelve el cambio. Tiene los dedos ásperos como madera.

En una habitación con todas las luces encendidas, Dean abre mucho los brazos.

—¿Dónde has estado? —dice—. Tengo una sorpresa para ti.

—¿Qué?

No me responde al momento.

—Te va a gustar —me asegura, parándose delante del espejo para mirarse desde un ángulo, luego desde otro, con movimientos livianos como los de un pájaro. *Mon vieux*, está cantando para sí, en tono desafinado, *vous êtes beau, vous êtes beau*.

—Bueno, ¿no me lo vas a decir? —le pregunto.

—Oh, en su momento —dice—, en su momento.

Miro cómo se ata los zapatos. Termina de vestirse. Ahora se inspecciona de cuerpo entero.

—Está nevando —digo.

—¡Nevando! —Va derecho a la ventana. Lo confirma—. ¡Aahh!

—¿No te gusta?

—Perfecto —dice—. Es perfecto.

Nos encaminamos al Foy.

Ciertas cosas las recuerdo exactamente como fueron. Solo el tiempo las descolora un poco, como a monedas en el bolsillo de un traje olvidado. Muchos pormenores, sin embargo, han sido transformados o modificados desde hace mucho tiempo para resaltar otros. Algunos, de hecho, son obviamente falsificados; no por eso menos importantes. Alteramos el pasado para formar el futuro. Pero hay una sustancia real en el dibujo que finalmente aparece y que resiste a todos los demás cambios. De hecho, existe el peligro de que, si sigo intentándolo, toda la versión de sucesos empiece a desmenuzarse en mis manos como un periódico viejo, y no puedo soportar la idea. El pasado infinito nos penetra y se desvanece. Salvo que, dentro de él, en algún sitio, como diamantes, existan fragmentos que se nieguen a consumirse. Cribándolos, si uno se atreve, y recopilándolos, se descubre el dibujo verdadero.

La Étoile d'Or. Una habitación iluminada a lo largo de una calle fría, mientras la nieve desciende a rachas y el tráfico es poco denso. El camarero es un chico joven con una chaquetilla blanca y sucia. Solo hay otra mesa ocupada (por un hombre leyendo el periódico) en esta habitación modesta, la de una casa de campo, casi vacía en la crudeza del invierno, en las horas oscuras y glaciales. Los tres estamos sobre el mantel estampado, ella muy nerviosa. Se le nota en las manos. Advierto que tiene las orejas perforadas. Sobre la carne tierna de los lóbulos hay prendidos ornamentos baratos que ella toca de vez en cuando. Tiene exactamente el mismo aspecto que en Dijon aquella noche. El mismo vestido. Los mismos brazos blancos. El camarero llega con tres bandejas de ostras, que yacen puras y relucientes en sus conchas irregulares y profundas. Por un momento ella permanece inmóvil en su asiento cuando nosotros empezamos a comer, y solo entonces come ella, como por respeto, o porque no quiere parecer hambrienta. La verdadera causa es mucho más sencilla: nos estaba observando, no ha comido nunca ostras.

Anne-Marie Costalat, nacida el 8 de octubre de 1944. Yo empezaba el instituto y me masturbaba dos veces al día, curvándome como una hoja muerta, cuando ella nació, en un lecho de violetas, como dice ella: todas las madres francesas dicen eso a sus hijos. Dean intenta ofrecerle un poco de vino. *Non*, dice ella, *merci*. No le sienta bien. Tiene las mejillas un poco coloradas por el frío, pero cuanto más te acercas más maravillosa es. ¡Tiene dieciocho años, creo! Parece incluso más joven. Lo cual me asusta, por supuesto. Dieciocho años y un amante negro. Directamente sacado de Jean Genet.

—¿Cómo la has conocido? —digo. Me percató de que mi voz es forzada.

Ella se ha disculpado. Los servicios están en la habitación contigua, más allá del bar.

—¿Qué te parece? —dice él.

—Es solo una niña.

Que come como un estibador, inclinada sobre el plato y engullendo grandes bocados. Se ha comido todo el pan.

—¿Te has dado cuenta?

Claro. Lo recordaré toda la vida.

—Comida —dice él.

—¿Sí?

—Mi gran tema.

Ella vuelve. Se sienta, con una sonrisita.

Hacia las diez, el camarero ha desaparecido. El restaurante está silencioso, y el frío de los hoteles baratos comienza a rodearnos. Ella está hablando en inglés, pero es difícil de entender y muy gracioso. Sonríe cuando nos reímos, una sonrisa de tanteo, amistosa.

—*Comment?* —pregunta.

Trabajó seis meses para el ejército norteamericano en Orleans. Allí aprendió su inglés, aunque ha olvidado gran parte. Luego trabajó en un hotel de Troyes. (Nunca he estado en la ciudad. Solo la imagino: un hotelito comercial, bastante moderno. Roland es el hijo del dueño. Él y todos sus amigos tienen coche. Hacen fiestas, y hay una casa grande y vacía que pertenece a uno de ellos y donde pueden llevar a chicas...) Este verano tendrá un empleo en La Baule. Dean quiere saber dónde está eso. En Bretaña, le digo. En la costa. Ella asiente. No estoy seguro de que entienda mucho de lo que hablamos. Dean se pone la chaqueta por encima de los hombros. Empieza a hacer mucho frío en el comedor.

La llevamos en coche a su casa. Place du Carrouge. El edificio donde vive está oscuro. Su habitación da a una calleja donde unos corsos tienen un comercio de frutas. Envoltorios de limones, de peras, de naranjas españolas vuelan al azar sobre la acera. Tienen un camión viejo, alto y destartado, que siempre está estacionado cerca de la tienda. Es una zona de la ciudad donde nunca he estado, una de esas barriadas silenciosas, compuestas de unas pocas casas y calles que no llevan muy lejos. Sentado en el asiento, espero a que Dean la acompañe hasta la puerta, pero antes ella se acerca a la ventanilla de mi lado. La bajo apresuradamente.

—*Bonsoir* —dice, cortésmente.

Él la deja en la puerta y ella sube a su habitación como una buena niña, una habitación en el piso más alto, probablemente debajo del tejado, como un gorrión. Ese cuarto (una brigada de inspectores no lo encontraría nunca) en un edificio estrecho. Ese cuarto que nunca visitaré. Desde el principio, cuando le pregunté a Dean al respecto, no me dijo nada. No había mucho que describir, era un cuarto corriente. El laconismo de esa respuesta lo decía todo.

Tenía miedo de lo que yo pudiese preguntarle. Estaba casi dispuesto a mentir;

es fácil hacerlo. Yo mentía constantemente. Ahora ya no lo hago. A Dean siempre le dije la verdad, desde el principio. En parte, supongo, temía que pudiese pillarme, pero lo más importante es que las mentiras de repente parecieron inútiles. Era incluso algo más que eso: no me consolaban. Con él sentía, es difícil de explicar, que no se le podía desafiar con mentiras. Ya había demostrado que le tenían sin cuidado. En eso residía el quid de toda su vida.

Ella se agacha con la cerilla, la introduce y la estufa hace una suave explosión. Una llama azul corre por los quemadores y luego arde con un sonido constante. No hay más luz que esta en el cuarto, y se refleja en el suelo. Ella se incorpora. Deposita en la mesa la cerilla quemada y empieza a colocar ropa sobre la parrilla de la estufa, pijamas que extiende para que se sequen. Dean la ayuda un poco. La seda, si es seda, está muy fría. Y ahí están los dos en la oscuridad rugiente, al regreso del Vox, que está frente al garaje Citroën, con sus puertas de cristal ahora cerradas. Con un gesto de cariño, casi fraternal, él la rodea con el brazo. Apenas se conocen. Ella lo acepta sin decir una palabra, sin hacer un movimiento, y aguardan en absoluto silencio, en el aire bañado por la débil dulzura del gas. Al cabo de un rato, ella da la vuelta al pijama. Está de espaldas a Dean. Con un solo movimiento se quita el suéter y luego, extendiendo los brazos hacia atrás, con ese torpe giro del codo, se desabrocha el sujetador. Se vuelve poco a poco.

Se zafa finalmente de los besos de Dean y se recuesta contra la pared, con los brazos a los costados.

—Juana de Arco —dice. El azul trémulo espejea en ella. Sus facciones parecen resignadas.

Él la agarra de los brazos. Ella vuelve la cara hacia la luz. Él es su verdugo, dice ella. La palabra emociona a Dean. Le tiemblan las rodillas.

La mete en la cama con el pijama caliente. Ella es inocente, decide él. Ella sonrío levemente, con la calma de una larga convalecencia pintada en la cara. Por último, él se vuelve para irse, pero en la puerta la voz de ella le detiene. ¿Sí? Apaga la luz, le dice. Él lo hace. Como Lucifer, él crea oscuridad y baja la escalera.

ME veo como un *agent provocateur* o un agente doble, primero por un lado (el de la verdad) y luego por el otro, pero entre los dos, en los reverses, en las deserciones súbitas, es fácil olvidar totalmente la lealtad y sentir solo la alegría honda de estar más allá de todos los códigos, de ser completamente independiente, criminal es la palabra. Como cualquier agente, por supuesto, no puedo divulgar mis fuentes. Solo puedo decir que algunas cosas las vi yo mismo y otras las descubrí, pues, en definitiva, la mutilación, la dilación de algo tan pequeño como una simple palabra puede revelar la existencia de algo digno de ocultarse, y llegué a obsesionarme con los descubrimientos, como los grandes detectives. Leía cada pedazo de papel. Anotaba cada detalle.

Algunas cosas, como he dicho, las vi, otras las descubrí y otras las soñé, y ya no diferencio unas de otras. Pero mis sueños son tan importantes como todo lo que adquirí furtivamente. Más importantes, porque son lo intuitivo en su estado más puro. Sin ellos, los hechos no son más que una especie de despojos, como cuentas sueltas de un collar. Los sueños son tan veraces y manifiestos como las verjas de hierro de Francia, que centellean negras en la lluvia. Más veraces, quizá. Son el esqueleto de toda realidad.

Soy el perseguidor. La esencia de lo cual consiste en que soy el que sabe, mientras que Dean ignora, pero aún así distamos de estar al mismo nivel. Para empezar, haga lo que haga, nunca lo descubro todo. Esto basta para que él gane. Nunca puedo anticiparme; él se mueve primero. Yo soy solo el criado de la vida. Él es su habitante. Y, ante todo, no puedo hacerle frente, ni siquiera imaginar algo así. La razón es simple: le tengo miedo, como a todos los hombres que tienen éxito en el amor. Esa es la fuente de su poder.

Ella le esperaba a las seis. Ya había oscurecido y circulaban por el hormigueo de las calles, rebasando tiendas que permanecían abiertas hasta tarde, con los escaparates iluminados. Ella sube a recoger sus cosas, incluida su pequeña radio, y van a St. Léger, una pequeña ciudad fabril, la suya. Su casa está junto al canal. Aparcan allí y Dean la espera en el coche. Llovizna. Por la calle oscura hay todavía hombres que vuelven a casa del trabajo, silbando. No los ve. Sus voces le llegan inesperadamente, como las de una iglesia. Guarda silencio. Les escucha toser, pasar, y luego se apea para recorrer la orilla del canal. Pasan bicicletas.

Chicas o mujeres, no las distingue, se paran a mirar el coche. Intentan ver el interior (él discierne la escena a la luz de una farola), sujetando las bicis con una mano, en cuyo manillar metálico relucen gotas de lluvia. El resto, su línea larga y elegante, se pierde en las sombras. De pronto se giran hacia la casa, cuya puerta acaba de abrirse. Surgen luces fluorescentes y el murmullo de voces. Corre a reunirse con él en el coche.

Se lo ha dicho todo a su madre, anuncia ella cuando arrancan.

—¿Todo? —dice él.

—Oui.

Viajan un rato en silencio, salen a la carretera general.

—Y, ¿qué ha dicho tu madre? —pregunta.

—Est-il prudent?

—¿Qué?

Ella se encoge de hombros. No sabe cómo explicarlo.

—*Prudent* —repite.

En Troyes paran en su antiguo hotel para preguntar si ella tiene correo. Dean la observa a través de las puertas de cristal. Le entregan algo, una sola carta que, al salir, guarda en el bolso sin leerla.

Comen en la Brasserie Lorraine. Hay un viejo perro tejonero, con las patas y blancas, sentado junto al mostrador. A veces merodea por las mesas o va hasta la puerta y ladra para que se la abran. Un camarero lo hace. Cuando vuelve a entrar, el perro se tiende gimiendo. Vacilaciones. Al final, un suspiro. Se le oye respirar.

Una cena magnífica, en todos los sentidos. Ella está locuaz y feliz. La comida parece desplegada a su alrededor como verduras en torno a un asado. Ella es simplemente la parte viva de la comida, y sonríe al ver el apetito de Dean, que la abarca a ella con sus miradas.

Fuera, en la pequeña *place*, hay coches estacionados en un triángulo situado en el centro. Una lluvia finísima riega la noche. Aguardan la cuenta, sentados en silencio. Por fin llega y queda eliminado el último obstáculo. A partir de aquí el camino es recto, un largo recorrido por la carretera hacia París, los faros que iluminan, el motor que repica. Dean conduce con fría excitación, con el eléctrico susurro de los neumáticos. Va empalmado la mitad del tiempo y se pregunta si habrá problemas para inscribirse en el hotel. De haber sido yo, y a veces estoy tan empapado de imágenes que pienso que era yo, no habría tenido aplomo, ni la menor confianza. Habría estado exhausto, embargado de incredulidad, habría proseguido tan solo por una especie de curiosidad, hasta descubrir exactamente dónde se desvanecía todo. Habría pensado: Dios no lo consentirá.

Escampa. Hay nubes dispersas, con la luna detrás. El cielo brilla más que la tierra. Annie está dormida, ovillada en el asiento de cuero. Él la despierta cuando entran en París. Bordean el río con tráfico escaso y recorren la rue de Rivoli, la

favorita de ella. Observa desfilar los largos e inmaculados soportales como una turista. Luego saca un espejo y se inspecciona la cara.

No hay problemas. Un mozo los conduce arriba y a lo largo de los pasillos; la alfombra cruje bajo sus pies. Él tiene la llave en la mano. Llegan a la puerta. Introduce la llave. Esperan detrás de él. La cerradura hace ruido. Por fin, la habitación se revela. Es espaciosa y clásica. Los objetos que contiene, su disposición, todos los colores parecen haber estado juntos largo tiempo, conjuntados por el uso. No hay nada reciente o frívolo. Una cama enorme a la que Dean echa un rápido vistazo. Ventanas que admiten la luz de las farolas. Espejos. Sillas. Un cuarto de baño amplio, donde la calefacción parece encendida.

Él va a aparcar el coche. Es difícil encontrar un sitio. Ronda por las calles estrechas. No quiere dejarlo en un vado. Cuando vuelve, ella se está peinando. Está desnuda, salvo por unas bragas negras y baratas que venden en los mostradores de Monoprix. Le sonríe, con cierta rigidez, con alguna incertidumbre.

El grifo está abierto. En el cuarto de baño, él la rodea, admirativo. Ella, totalmente desvestida, se muestra muy sumisa. Avanza de buena gana hacia el tacto de Dean. Es muy hermosa. Esbelta. Una porción de vello oscuro entre las piernas. Se duchan juntos. Él se aprieta contra la confluencia de sus nalgas. Una *douche* atroz. Él no consigue moverse, pero empieza a enjabonarle los pechos, que relucen como focas bajo el chorro de agua. Le frota la espalda. Entre los omoplatos, puntitos rojos salpican la piel. Pasa la esponja sobre ellos. Les sienta bien, dice él. El techo refleja una luz áurea. Tiene una erección que le parece eterna.

La ha envuelto en una toalla enorme, suave como una bata, y la ha llevado a la cama. Yacen tendidos en diagonal, y él empieza a abrir con cuidado la toalla, a retirarla como si fuera una venda. Surge su cuerpo, todavía oliendo un poco a jabón. Las manos de Dean flotan sobre ella. La suma de pequeños actos comienza a unirles, los puros cálculos del amor. Él nota que penetra. Ella exhala la última respiración, que es casi un suspiro. Surge su garganta blanca.

Cuando han terminado, se queda dormida sin decir una palabra. Dean yace a su lado. La Francia verdadera, piensa. La Francia verdadera. Está perdido en ella, en el olor de las mismas sábanas. A la mañana siguiente volverán a hacerlo. Luz gris, es muy temprano. A ella le huele mal el aliento.

No puedo seguirles por toda la ciudad ese día, a través de las calles de diciembre, avenidas tan heladas como estepas. Tienen poco dinero. Lo sé. Pasan toda la tarde de compras y no compran nada. Luego, cansados de caminar, vuelven al hotel. Dean tiene que hacer un recado; necesita una pieza para el coche, explica. En realidad va a visitar a su padre, que se hospeda en el Vendôme. Necesita dinero.

—¿Dinero? Hijo mío, exceptuando a unos cuantos bancos, eso es lo que todos necesitamos.

Es crítico de teatro. Tiene una hermosa barba azabache, escrupulosamente recortada. Su ropa es siempre bonita. Lleva una camisa azul de batista que solo parece tocarle en el cuello y las muñecas que está abotonándose, una camisa que le envuelve en una delgadez elegante.

—Dinero —dice—. Por supuesto. Comparto esa necesidad. Oye, ¿vas a cenar con nosotros?

Se está vistiendo para salir con amigos. Todos son muy inteligentes. Largas, amenas historias, normalmente irreverentes. Las mujeres son tan ocurrentes como los hombres. Noche de sábado. Rellenan las tacitas con café. El humo de Gauloise asciende.

Sobre la silla hay discos de fonógrafo. Sobre el escritorio, libros recientes. Sobre la cómoda, tres correas de reloj de cuero compradas hoy en Hermès. Su padre se remanga los puños con un gesto habitual y ligero y se vuelve hacia el espejo. Llena la habitación el aroma de su loción, Zizanie, envasada en frescas botellas de aluminio. Solo su equipaje parece raído.

—Estará Jacqueline, no le conoces. Y Yeli Ezoum.

Desenrolla nombres como una alfombra espléndida.

—Esta noche no puedo —dice Dean.

—¿Qué pasa, una chica? Deja que te vea. Estás algo demacrado.

—No hay ninguna chica.

—Vamos al Vert Bocage.

Dean no dice nada. La desesperación le deja sin fuerzas.

—Bueno, Phillip —dice su padre—, veamos. Esto es como subir una escalera. Vamos a subirla peldaño a peldaño. Primero, ¿por qué no puedes cenar con nosotros?

—Por favor, no puedo.

—Ya veo.

—Necesito urgentemente que me prestes dinero.

Suena demasiado brusco.

—Oh, eso es como cuatro o cinco peldaños más arriba.

—En serio...

—Llámame mañana —dice su padre—, y comemos juntos.

—Mañana...

—¿De acuerdo?

—Pero lo necesito ahora —alega Dean. Lo implora.

—Hablamos de eso mañana.

—Demasiado tarde —dice él, con terquedad.

—Oh, venga ya. —Su padre trata el asunto como si fuera absurdo. Se está cepillando las mangas de la chaqueta—. Te pones pesadísimo. Toma —dice, y

saca de su cartera trescientos francos.

—Ahora dime, ¿por qué no puedes venir a cenar?

Por un momento, Dean piensa en la locura de llevarla a ella. Pero su ropa es muy vulgar. La piel de sus zapatos tiene grietas. Sería espantoso. La recibirían con sonrisas de indulgencia, le harían preguntitas.

—No puedo, en serio —dice.

Cuando vuelve al hotel, finalmente, encuentra a Annie dormida. Levanta el borde de las mantas. Está desnuda. Se descalza y se desviste. Se tumba a su lado y ella rueda hacia sus brazos. Siete de la tarde. El ruido de las calles se eleva hasta el cuarto. Las horas plácidas del atardecer. Extiende la mano en busca del paquete de *préservatifs* que hay en la mesilla del teléfono, pero ella le agarra por la muñeca.

—No necesitas —dice.

—¿Estás segura?

—Sí.

Se siente abrumado. Cuando su polla la penetra, descubre el mundo. Conoce el origen de los números, el camino de las estrellas. Los invade música de alguna parte, ah, de su radio blanca de plástico. Ella ha puesto debajo de su cuerpo una toalla de mano que se mancha de sangre. Él la encuentra más tarde. La empaqueta secretamente cuando se marchan.

El domingo recorren los puentes y, a primera hora del atardecer, dejan la ciudad.

Esa noche, él le cuenta esto, pero no todo, por supuesto. Me alegra tanto verle, inducirle a confidencias, que me pierdo gran parte. Está agotado del viaje. El coche está aparcado en la calle, oscura como el casco de un barco. El motor todavía está caliente. Bajo la carrocería helada hay un débil crujido, como de juntas. Dentro de la casa tiritamos. Las paredes son como de acero. Bajamos al Foy en busca de té caliente y coñac. Para entonces él me está hablando de otras cosas (dónde se come barato) que no recuerdo. Apenas le escucho. Oigo solo lo suficiente para no perder el hilo de lo que está diciendo mientras mis pensamientos de verdad giran a nuestro alrededor como perros hambrientos.

¿QUÉ había ocurrido? Se fugaron e hicieron el amor. No es nada insólito. Cabe esperarlo. No es nada más que un dulce accidente, quizás únicamente el fin de una ilusión. En un sentido se puede decir que es inofensivo, pero ¿por qué, entonces, por debajo de todo, uno se siente tan distanciado? Aislado. Hasta con ganas de matar.

En cierto modo podría esperar con calma que a partir de este punto, tras haber descubierto tan pronto todo lo que había, empezasen a perder interés uno por el otro, a envejecer, pero estos actos son a veces una mera introducción (en los grandes dúos carnales creo que a menudo tienen que serlo), y busco las cifras exactas que me sirvan para abrirlo todo, como en una caja fuerte. Reconstruyo sucesos y elaboro frases que revelen cómo la inocencia prístina se transformó en largas mañanas de domingo, con las campanas llenando el aire, las almohadas encajadas por debajo del vientre, el espléndido trasero de Annie en alto a la luz del día. Dean penetra despacio, hondo como una herida de espada.

Prefiero no pensar en ello, me alejo, pero es imposible controlar estos sueños. Los prohibidos son incandescentes: queman las resoluciones como si fueran tela. No puedo detenerlos aunque quiera. No consigo que desaparezcan. Son más brillantes que el día que me rodea. Mi propia vida de pronto parece no ser nada, un traje viejo, una colección de trapos, y camino, respiro al ritmo de Dean, más fuerte que el mío. El mundo entero ha cambiado. Las costas de la realidad se han desprendido, y debajo, aunque procuro no mirarlas, hay visiones que me hacen temblar.

En el cuarto de Annie se calientan las manos en la estufa. Ella está cansada. Ha sido una jornada de trabajo agotadora. Él la desviste, con cierta desmaña, porque ella dista aún mucho de ser suya (cabe imaginar que todavía se niega), y la acuesta. Su cara brilla como la de una niña por encima del grueso edredón. Él, de pie, la mira, jubiloso. No dicen nada. Le acomoda las mantas, que están algo manchadas, las alisa. Después, presurosamente, como obedeciendo a una idea tardía, se quita la ropa y se desliza a su lado. Un acto que nos amenaza a todos. La ciudad permanece silenciosa alrededor. En las esferas del reloj blancas como la leche, las agujas saltan al mismo tiempo hacia nuevas posiciones. Los trenes ruedan puntuales. De vez en cuando pasan por las calles vacías los faros

amarillos de un coche, y las campanadas dan las horas, los cuartos, las medias. Con un tacto como el de una flor, ella explora suavemente la base de su polla, inserta ya entera dentro de ella, le toca las pelotas y comienza a retorcerse lentamente bajo su peso, como en una especie de rebelión sumisa, mientras él, en su propio sueño, se levanta un poco y define con un dedo el anillo mojado de su coño, y mientras lo hace se corre como un toro. Permanecen fundidos largo tiempo, sin hablar todavía. Son esos intercambios los que los consolidan, eso es lo terrible. Esas atrocidades los impulsan hacia el amor.

Le oigo entrar. Estoy leyendo. Aparento hacerlo. Enrique IV embellece París, construye la Place Royale, el Pont-Neuf. Leo una y otra vez las mismas líneas. Sé lo que ha ocurrido, pero no acierto a decir nada. Nada. No poseo nada más que frases pesadas como leños.

ESTÁ todo en fragmentos, como la mitad de una servilleta de papel (durante un tiempo en el cajón superior de su escritorio) en la que ambos han escrito palabras. Hay dos columnas, y veo que las han añadido sucesivamente, como en un juego. Las de él están a la izquierda. Comienza con « Croix de fer » . Enfrente, con la letra de ella: « Les Martiens » . Él escribe: « Les Escaliers » . Ella escribe « Le Select » . Ponen nombre a un hotel, el que ambos tendrán algún día. Dean puede conseguir el dinero, dice: su padre conoce a todo el mundo. Su padre tiene amigos ricos. La lista continúa:

Pharaoh Les Copains Le Pyramide Coco Napoléon L'Aigle Noir Quatre Saisons Moderne y falta el final, como una carta rasgada en la calle mojada.

Es en Nancy, en el hotel de la plaza. Una tarde luminosa de diciembre. En el centro de todo, la estatua de Stanislas, con huellas de nieve vieja a sus pies y su brazo verde apuntando hacia el parque yermo. Los introducen en el silencio de una habitación aparte. Ella está feliz. Es fin de semana. Han vagado por la calle entre el gentío de caras vulgares, y ella ha visto un traje de cuero que cuesta ciento treinta francos y que se figura que él puede comprarle. Lleva un sombrero negro de piel. Todos los ojos la siguen cuando camina.

La radio está encendida. Se desvisten a la luz invernal. A Dean le avergüenza un poco su propio estado. La polla se le pone dura siempre que la mira. No puede evitarlo. Su principal deseo es levantarla con ella, exultante, elevarla hacia la luz del sol, la luz de las estrellas, desde donde ella pueda ver el mundo. Empiezan a bailar un poco, desnudos, en la oscuridad temprana, con música suave y extranjera, descalzos sobre la alfombra. Luego hacen el amor, ella a horcajadas sobre él, a la manera predilecta de los poetas romanos, según le informa él. Él la contempla tumbado y anilla con sus manos los tobillos de Annie. El intenso olor de ella se derrama sobre él. En el fondo de todo, la mirada de Dean se demora sobre el triángulo mudo en que está implantado.

—¿Crees que te acordarás de mí dentro de cinco años?—le pregunta ella en la cena.

Él procura sonreír, pero está seco. Está vacío, no tiene ganas de hablar del amor.

—Te irás—dice ella—. Eres de esos.

—No.

—*Sí* —insiste ella, con calma.

Para entonces conocen algo uno del otro. Hay un fondo al que ambos pueden recurrir. El encuentro empieza a tener una esencia propia que ninguno de los dos puede definir pero que los nutre y a la que, felizmente, en el ritual único y generoso del amor, los dos aportan todo lo que pueden. No importa lo mucho que cada uno obtenga de ello. Es un cuerpo sin límites. No puede agotarse pero sí, aunque nunca lo creamos, olvidarse.

Les sirven un plato lleno hasta los bordes de *écrevisses*, saladas, pálidas. Las patas minúsculas chasquean bajo sus dientes como madera seca. Brotan los jugos ocultos. Ella quiere saber cómo se llaman. Dean no lo sabe seguro. Cigalas, dice.

—¿Cigalas?

—Creo que sí —dice él.

Ella inventa una historia: El príncipe de las cigalas. Dean escucha, lamiéndose los dedos mientras ella le explica, como a un niño, un cuento lleno de misterios.

«El príncipe de las cigalas nació en las aguas profundas, donde solo hay oscuridad. Fue muy difícil. Tardó mucho tiempo porque sus patas se enredaban en las de su madre, pero al final se puso a nadar, un poco débilmente, a su lado. De todos los rincones del mar llegaron peces importantes para ofrecerle regalos: collares de coral, pequeños mejillones que comer, algas para tumbarse, verdes y negras» ...

Él observa su boca, sus ojos inteligentes. Tiene los dientes descuidados y de un color feo. Se ve cuando sonríe, pero él solo escucha las frases y apenas se fija en ellos.

«Cuando tenía seis meses, le dijo a su madre: Voy a subir a ver el mundo. Ah, ella se entristeció mucho. Lloraba. Ella no quería, pero luego dijo: Dios te acompañe, mi querido hijo. Sé valiente y sincero y no sufrirás» ...

—Ningún daño —suplica Dean, como en sueños.

—Ningún daño —dice ella, y suena raro en sus labios—. No sufrirás ningún daño.

—Sigue —dice él.

—¿Te gusta?

—Oh, sí.

«Desde aguas tan profundas tuvo que nadar hacia la superficie durante tres días antes de empezar siquiera a notar la luz» ...

Un odisea que termina (Dean se sobresalta) en desastre, en una olla grande y espumante donde el príncipe muere escaldado, siempre valiente, siempre sincero... Ella se encoge de hombros sobre la sopa ante la brusquedad del epílogo. Dean guarda silencio. Está vacío de toda inventiva y también es consciente, por primera vez, de que ella es plenamente capaz de hablar, de crear imágenes lo bastante intensas para alterarle la vida.

A las diez regresan al hotel. Los pasillos están desiertos. Hay zapatos ante la puerta de cada habitación. El cerrojo hace al cerrarse un pequeño *clac*, y ese sonido despierta de pronto a Dean. Pasa el pestillo. Están a salvo. La ciudad es suya. No hay nadie en ella más poderoso. En su sueño silente la ciudad duerme, motas blancas de escarcha en sus ventanas, macerada en el frío. Nadie es más angelical, más demoníaco.

Ella se planta desnuda ante el delgado espejo del cuarto de baño. Dean aparece a su espalda. Sus manos, al principio tan reverentes, como las de un hombre indultado, se mueven para poseerla. Le sopesa los pechos tiernamente.

—Estaría muy guapa con ese vestido —reflexiona ella.

Sin resonancia, él dice:

—Oui.

—Este creció antes —dice ella.

—¿De verdad? —dice Dean, vacuamente.

—Siempre ha sido más grande. *Oui*.

Él presta atención al más pequeño.

—Pobrecillo —murmura.

Sobre el lavabo, en una repisa de cristal: sus frascos. Biodop, reza uno de ellos. Las medias yacen arrugadas en el suelo. En la radio: *Nights of Spain*. El traje, recuerda él, tenía un cinturón que era una correa reluciente de cuero.

Han apagado la luz. En la habitación hay un *armoire* enorme, un cesto de mimbre, sillas. Un árbol de metal en el que se pueden colgar prendas. El techo es muy alto. En el centro (hay que acostumbrar los ojos a la oscuridad), un elemento grotesco. Pasan las horas. Está inmovilizada en la cama, con los brazos prensados bajo su cuerpo y las piernas abiertas a la fuerza. Tiene los ojos cerrados. En la radio suena *Sucu sucu*. El mundo se ha detenido. Océanos inmóviles como fotografías. Galaxias flotantes. Su coño sabe dulce como fruta.

Por la mañana. Sigue tendida, todavía en la calidez del sueño. Tiene los brazos levantados a ambos lados de la cabeza, los codos doblados. Dean está encima de ella, rodeándola, en la luz temprana, y follan como levantadores de pesas. Él hace una pausa, por fin. Se inclina para admirarla, ella no le ve. El pelo le tapa la mejilla. Su piel parece muy blanca. Él la besa en el costado y luego, sin fuerza, como quien espolea a una yegua favorita, vuelve a empezar. Ella vuelve a la vida con un sonido suave y exhausto, como alguien salvado de ahogarse.

Su espalda estrecha y fría pidiendo el desayuno. El camarero que lo trae no mira siquiera hacia la cama. Cuando se ha ido, ella se levanta de un salto y, todavía desnuda, prepara las bandejas. En la luz silenciosa abre los *croissants*, diligente como una criada, los unta con una capa uniforme de mantequilla, los coloca en los platos. La piel le brilla. Eso atrae a Dean. Se mueve para acercarse a ella, como un niño, confiando en que ella le sonría, le deje probar. Ella está tan ocupada y serena que él tiene ganas de dar brincos, de hacer ruido. Ella abre la

confiture. Pon aquí un poco, quiere decir él. La ciñe por la cintura. Baila. Le besa un codo. Ella le mira y sonríe.

Place Stanislas en la quietud de una mañana de domingo. Ventanas por las que se filtra el silencio de Nancy, transmitido por la luz pura. Es la ciudad en la que ella nació, en un otoño melancólico de la guerra. Su padre ya había abandonado el hogar para vivir con su amante. Su madre estaba sola. Fue un invierno frío, un invierno de nieve dura como piedra, hielo que centellea al sol en los tejados. Un invierno que de algún modo la forjó, aunque no pudiera decir una sola palabra.

Los restos del desayuno están desperdigados como un banquete de la noche anterior. Al otro lado de la calle está la ópera, toques de oro en la barandilla del balcón, letreros invisibles debajo. Darán aquí *Lucie de Lammermoor*, letras oscuras en tinta violácea. *La vie bohème*. Se han acostado y están casi sumidos en un segundo sueño, la radio suena tenue y los dedos de ella le palpan los testículos, la piel se tensa al contacto.

En el cuarto de baño la observa estirándose el pelo. Tiene los brazos en alto. En los huecos hay una sombra de espesura, corta y fina, y de ahí emana el olor húmedo, a cebollas, que él ama. Cuando está en la bañera, él empieza a frotarle la espalda. Ella se queja. Demasiado fuerte.

El recorre levemente su piel con la punta de los dedos.

—¿Mejor así?—dice él.

Ella no responde. Está inclinada ligeramente hacia delante en el vapor fino y placentero, con los brazos a lo largo del borde blanco. Debajo de ellos se le ven los pechos, un poco banales, como si él pudiera verlos siempre que le apetezca, como si fueran tan corrientes como las rodillas. Los pezones son muy pálidos: apenas los ve. Se arrodilla junto a la bañera. Ella empieza a lavarse las piernas.

Simple momentos de impudicia, una impudicia que pone fin al deseo, se oye decir a menudo, en una ciudad grande y persistente. He visitado y he leído mucho sobre Nancy. La capital de Lorena. Un modelo de planificación del siglo XVIII. Sus plazas armoniosas, sus casas elegantes son típicamente francesas y apropiadas para una región tan rica, pero su gloria se debe a un polaco, Stanislas Leszczyński, que recibió de su yerno, Luis XV, los ducados de Lorena y Bar, y que gobernó desde Nancy, decidido a embellecerla. Una ciudad antigua. El casco viejo no ha sufrido cambios. Una ciudad de mercaderes, estratégica, clave para las tierras a lo largo de la frontera. Delante mismo de sus murallas... Pero qué opaco parece todo esto, qué triste, como un telón barato que se agita mientras los actores caminan.

MAÑANAS de domingo. Con manos enguantadas que se tocan, circulan por el bulevar vacío. Las escuelas están cerradas. Las verjas de hierro también, enfrente de esos callejones largos y húmedos que huelen a orín. Un sol débil desvaído por cielos que se niegan a caldearse, cae sobre manzanas y chaflanes. De pronto, como una banda de supervivientes, una multitud compuesta de gente decentemente vestida sale de la iglesia. Entornan los ojos al salir a la luz. Bajan la escalera, se van, se detienen a comprar pan en la panadería. Desde allí se dispersan, con las hogazas calientes bajo el brazo.

Dean está un poco aburrido. Hablar francés le supone un esfuerzo. Está cansado de hacerlo, y el inglés tampoco sirve, el de ella es muy limitado. Sus errores empiezan a ser irritantes y, además, parece dispuesta a hablar solo de cosas triviales: zapatos, su trabajo en la oficina. Cuando está callada, él la mira y sonrío. Ella no reacciona. Lo intuye, piensa él. De pronto se siente transparente. Los ojos que devuelven sus miradas algo mecánicas son los de una niña que comprende, y todas las evasivas, poses, argucias se vuelven estúpidas. El parabrisas tiene finas vetas azules como el aire. Cuando Dean mira a través de él, a la carretera, es consciente de que ella evalúa con calma. Entiende sin esfuerzo. La vida es clarísima para ella. Forma un todo con ella. Se mueve como un pez en ella, sin preguntarse nunca si tiene un fondo, orillas, otros mundos por encima...

Mundos por debajo. Esos domingos provincianos yo andaba por las calles hacia, quizás, un almuerzo con los Job, y topaba en el camino con esas pequeñas epifanías de las que se compone la ciudad, incluso las inventaban. El tintineo de cucharas mientras cenan, invisibles, tras los postigos de la escuela de niñas. Los patios de gravilla, los jardines de Autun. Me vestí cerca de la ventana, sumido en pensamientos dolorosos y anhelando la aparición, aunque solo pudiese verla asomar un instante por su puerta, de Claude Picquet. Caen carámbanos del tejado, derretidos por el sol, y pasan por delante de la ventana. Ella nunca sale. Las calles permanecen silenciosas. Al mirar atrás, veo que la vida es como un solitario en que se hace un movimiento a cada rato. A pesar de todo, yo habría podido ser feliz, una felicidad callada, sin duda, pero felicidad al fin y al cabo. Podría haberme parecido muy agradable entrar andando en la ciudad si hacía buen tiempo: cosas así. Es el conocimiento lo que nos envenena, sucesos que

dudaríamos en imaginar.

Días de invierno que destacan solo por su calma... Bajo al Café Français y me siento de espaldas a los espejos, mirando cómo juegan a las cartas. Tengo fotos preciosas de esto, muchas reflejadas en el cristal. Tenía la cámara en las rodillas, a veces detrás de un periódico. El chasquido del disparador era más suave que el de una cerilla. La camarera fingía no verme. Entra gente por la puerta, que está justo en el rincón. Una pared es todo un ventanal que da a la plaza. Hay un raudal de luz, aunque tenue. Se habla en voz baja. Despliego el periódico y empiezo a leer. De vez en cuando tomo alguna nota.

Está París, por supuesto. Aguardo en la oscuridad glacial del *quai*. El reloj reluce blanco como la luna. El tren matutino es una aventura, se balancea mientras amanece, atraviesa los pueblos de los muertos. Tomo asiento al fondo del vagón. En todos los compartimentos el espeso olor del sueño enrarece el aire. Llegamos a Nevers después de las nueve. Ruido de puertas. Ráfagas de aire frío desde el exterior. Sube una chica guapa con un abrigo a cuadros. Su padre ha ido a despedirla, le veo por las ventanas. Espera algo tímidamente hasta que el tren empieza a moverse, y luego, cuando parte, muestra por fin un afecto presuroso. Ella tiene en las mejillas costras de alguna enfermedad cutánea; por lo demás, es una cara inteligente. Y buenas piernas y manos. Su padre tenía un aspecto bastante distinguido.

En cuanto el tren se ha puesto en movimiento, ella sale de su compartimento y entra en el *cabinet-toilette*, que está justo detrás de mí. Pasa muy cerca, con un traje de seda roja. Tiene una bonita silueta. Pasa un largo rato. Empiezo a inquietarme. No sé por qué. Comienzo a tener conciencia de mí mismo sentado inocentemente al final del pasillo. Silencio, salvo por el tren. Por fin oigo rasgar papel. El sonido me alarma. Sobreparamos locomotoras estacionadas. Más allá en el vagón, hay dos hombres de pie, uno con el grueso uniforme azul de la fuerza aérea francesa. Más ruido de papel rasgado. No me prestan la menor atención, pero de pronto tengo miedo. Tengo un instante de premonición angustiosa. Ella va a hacer algo terrible, salir disparada, tirarme mierda a la cara, insultarme, chillar cosas que sé que no entenderé. Estoy a punto de levantarme y moverme cuando se producen explosiones de aire al sobrepasar más máquinas. El sonido es aterrador.

Y luego la gran y ennegrecida terminal de París, esa catedral sucia, añeja y exhausta, a través de la cual se entra en calles grises, comerciales. Salgo de la estación para buscar un taxi, y me dejo caer, cansado, en el asiento trasero, aunque es poco después de mediodía. Estoy pensando en Cristina, que más tarde, cuando vayamos en coche a cenar, empezará a hablarme del marido de Isabel, que ahora le pide consejo. Son muy amigos. Circulan por la ciudad hablando mientras él señala con brusquedad diversos edificios de su propiedad.

—Casas de apartamentos fabulosas —dice ella, encogiendo los hombros con

impotencia. Su cuello emerge, completamente desnudo, de su caro vestido negro.

—Aquel no era suyo —dice Billy—. Era el pequeño, el diminuto de al lado.

—El pequeño de al lado —concuerta ella—. Sí. Muy bien. Pero me ha enseñado muchos otros.

—Bueno, y yo no me creería todo lo que dice.

—No sé —dice ella—. ¿Por qué no?

—Yo no lo haría —dice Billy—. Verás, he hablado con mucha gente.

—Es maravilloso —me dice ella—. Créeme. Está loco por el arte.

Tiene ya unas copas encima, lo que es malo para su hígado, por supuesto. Ella lo sabe, no podrá dormir. Luego tendrá ataques terribles, sobre todo causados por no dormir. Billy dice que está bien: ella debería descansar más.

Vamos a Chez Noé, a orillas del río, y en cuanto aparecemos nos reciben con gritos de alegría. No han estado aquí desde hace meses; era donde solían ir antes de casarse.

—Cuando dormíamos juntos —dice Cristina.

Billy la mira.

Un restaurante pequeño, vulgar como la casa de una tía. Arriba está relativamente vacío. Nos colocan junto a la ventana. Cristina insiste en tomar champán.

—Esta noche me apetece.

—Cuidado, Bummy —dice él.

Ella lanza una risa tonta.

—Muy bien —dice él—. Recuerda que te lo he advertido.

—Sí, querido —dice ella.

Fuera veo el río negro, abollado como una lámina metálica, y el Mercedes color tabaco de los Wheatland abandonado bajo las farolas, ladeado, no del todo paralelo al bordillo. Cristina es pintora, o, más exactamente, habría sido pintora de no ser por su primer matrimonio. Lo dejó todo arrinconado al casarse. Con Billy ha sido distinto. Ella recibe clases de nuevo, pero... suspira.

—No —le asegura él—, los cuadros que estás pintando ahora son los mejores que has hecho. Tú misma lo has dicho.

—No lo sé, se han vuelto demasiado intelectuales —dice ella—. Han perdido toda la vida que tenían.

—No, no es cierto.

—Tú no eres pintor —dice ella. Y a mí—: Préstame tu pañuelo.

Por un momento temo que va llorar, pero simplemente se suena. Me mira directamente. Sus sonrisas son siempre misteriosas.

—Dile quién está en tu clase —dice Billy.

Isabel. Llega con su caniche y ata la correa a una pata del caballo. Es muy seria con su trabajo, no bromea al respecto.

—¿Es buena pintora? —pregunto.

—No sabes lo gracioso que eres —dice Cristina. Su piel brilla débilmente contra el negro de su vestido, y parece llena de esos actos rebeldes que se le ocurren tan espontáneamente cuando bebe. Tiene los ojos grandes y preciosos, y las pestañas claras—. No hay una sola persona en toda la clase que sepa pintar. Bueno, solo una. Alix podría ser una buena pintora, pero no se esfuerza. Hay que estar dispuesto a renunciar a todo.

—Claro.

—Lo digo en serio —me dice ella—. ¿Conoces a Alix?

—Creo que no.

—Es divina —dice Cristina—. Te gustaría.

Los dueños se sientan con nosotros, Michelle primero, que se acerca con una sonrisa encantadora. No es joven, más bien posee esa belleza postrera y más confiada, como la madre de un compañero de clase. La ves apearse de un coche, el destello de una pantorrilla elegante, y sucumbes a un amor insufrible.

Michelle tiene una sorpresa: jella y Charles se han casado! Entre las felicitaciones y los abrazos sinceros, Charles entra tímidamente y su entrada suscita otra ola de saludos. Abren más champán y hasta sacan el Calvados de reserva. Después, cantan a dúo. Es muy conmovedor. Durante los muchos años en que ella ha sido su amante, eran perfectamente francos respecto a su relación, pero el matrimonio les hace sonrojarse y contar chistes. El hijo de Michelle, que tiene unos quince años, sube con un amigo. Todo el mundo se sienta alrededor y charla, salvo el amigo y yo. Somos ajenos al pasado que les une a ellos. El amigo fuma y yo bebo Calvados.

Cuando nos marchamos comienza una discusión, la segunda de la noche. La primera fue cuando Cristina no quería bajar con él al garaje para recoger el coche. Ahora quiere ir a bailar.

—Oh, Dios —dice ella.

—¿Dios, qué?

Él siempre se pone de mal humor.

—Nadie va a bailar —dice ella.

Pero vamos a un club. Billy está enfadado y aburrido al mismo tiempo. Hay una negra cantando en un francés hermoso, y su vestido de lentejuelas fulge con el brillo de escamas de cristal. Es como una náyade enfundada en piel de plata. Sus dientes son hipnóticos. Su sonrisa te aplasta la esperanza. Billy la mira, impasible. Cristina se inclina sobre mi hombro y me confiesa que soy el único amigo de Billy que le gusta.

—¿Sabes? —me dice—. Deberías ser pintor.

—¿Tú crees?

—Sí. Quiero decir que hacemos lo mismo, ¿no? Tú y yo.

—No exactamente. Yo no modifico nada.

—¡Pues claro que sí! —dice ella, con virulencia.

—No, creo que no. De todos modos no tiene importancia, no podría ser pintor. *Tú* deberías ser pintora.

Sonríe extrañamente. Tengo miedo de explicarlo.

—Tienes mucha razón —dice ella finalmente. Repara en Billy—. Cariño —dice—, ¿qué ocurre?

—Nada —contesta él friamente.

Ella se ríe.

—Vamos a bailar —dice ella.

Recorremos el bulevar Raspail. Hay un club en algún sitio, escondido entre los escaparates corrientes. No se ponen de acuerdo sobre dónde está hasta que pasamos por delante. Billy da un frenazo. Retrocede hacia el aparcamiento con feroz destreza. Cristina se apea y me coge del brazo. Es el sitio donde van los armadores griegos millonarios, me dice. La orquesta no para nunca.

Cristina se niega a bailar, por supuesto. Observamos a los demás, una japonesa joven y esbelta que había estado sentada junto a la barra y un hombre de sesenta años, gordo como un pastelero. Se separan con el ritmo y se ponen de costado. Luego bailan espalda contra espalda. Él es absurdo, pero muy garboso. Tiene los pies ágiles como un gato. Por fin empiezan a tocar algo que a Cristina le gusta. Nos turnamos para bailar con ella.

—Onassis está sentado en aquella mesa —me dice ella en la pista.

—¿En cuál?

—La del rincón.

—Oh. —Miro hacia la mesa—. ¿Cómo es?

—¿No has visto fotos suyas? —dice ella.

—Sí, pero de cerca...

—Tiene aspecto de muy rico —dice ella.

—¿Lleva esas gafas ahumadas?

—¿Gafas de sol? Todos llevan. Nunca sabes lo que están pensando.

—En ti, me figuro.

—¿En mí? —dice ella.

—Estoy seguro de que tiene buen ojo.

—A veces me gustaría cazarlo.

—En serio, ¿te casarías con un hombre rico?

—La próxima vez —dice ella—. Oh, no duraría, pero él sería muy feliz.

—¿Ah, sí?

—Oh, sí —promete.

Ella tiene sus momentos. Pero es peligroso creer en lo que aparenta ser. Uno tiene a menudo la impresión de que hay otra mujer desesperada debajo, pero este indicio de opulencia sexual es la magnitud de su poder. Billy siempre habla de lo bella que es. Es casi como si protestara: pero ella *es* bella. Han adaptado su vida a la finalidad de exhibir esa belleza. La tratan como si fuera la posesión de

una hermosa casa.

Sale a la pista un bailarín alto, extasiado, moreno como un gitano. Lleva traje. Lleva el pelo largo y sus zapatos tienen tacones altos de cuero. Despide un aura de locura mientras baila solo, sus amigos en la mesa le miran sonrientes. Le ve la chica japonesa. El hombre gordo oye sus pasos. La música se acelera cada vez más. Ha dado comienzo un torneo habitual. Es como el principio de un crimen pasional, ya están amortajando al burgués pobre y gordo, miradas tórridas se cruzan mientras se retuercen a ambos lados. Pero él no morirá. Baila como un peso, con la cara colorada y reluciente de sudor, y la sonrisa de un muerto en la boca. Ahora la abre. Todo se ha detenido en el club. Todo el mundo mira. De un instante a otro espero verle arrugarse como un abrigo viejo. La música basta para matarle. Bailan frenéticamente. Los músicos han enloquecido.

Al volver a casa nos quedamos. Aunque hay un vivo en la ciudad cinco años, Billy no sabe dónde están. No hay nadie a quien preguntar. Reducimos la velocidad para intentar leer las placas en las esquinas y luego, con un chirrido de neumáticos, arrancamos. Por las calles desiertas solo pasa algún que otro coche. Lo mismo en los grandes cruces. Damos vueltas durante una hora. La cabeza de Cristina descansa, lánguida, sobre mi hombro. Está dormida. Al cabo de un rato (es la tercera vez que pasamos por delante de las mismas tiendas) empieza a cantar. Tiene los ojos todavía cerrados. Su boca emite frases confusas, débilmente poéticas. Billy la mira. Parece un médico que nos lleva a un hospital. Por último, justo cuando llegamos a una parte de la ciudad que él reconoce, ella se despreza. Siento una decepción súbita, como si ella me hubiese abandonado, pero a cambio, con un seguro instinto, me dirige la más auténtica de sus sonrisas. Sobre pasamos diversas galerías. Ella las ve pasar.

—Ahí—señala—. Ahí es donde voy a exponer un día. En esa misma galería. Ahora miramos por la ventana de atrás.

—¿Aquella?

—Es la mejor galería de París.

Billy no le hace caso. Ella empieza a arreglarse el pelo, gira el espejo retrovisor para poder verse. Él no dice nada. Ella le acaricia el cuello de la camisa. El cielo ha perdido su oscuridad. Es demasiado tarde para dormir.

Mi cama está en un cuarto que también sirve de estudio. Está justo al lado de la escalera. Hay que pasar por ella para llegar al cuarto de ellos. Cortinas enormes, demasiado pesadas para que el aire las infle, cubren las ventanas, pero parece que ya una luz tenue alumbraba el borde inferior. Mañana de domingo. Cierro los ojos y aguardo. Tal vez desayunemos a la una o algo así. Después podemos hacer algo divertido.

ESPERAMOS en la calle al anochecer. El aire es fino como papel. El día es áspero. Se supone que va a venir la amiga de Anne-Marie. Él tiene curiosidad, por supuesto, pero finge no tenerla. Quiere ver cómo es ella. Mira alrededor, tratando de vislumbrarla a lo lejos. Por fin ella aparece, con un abrigo que tiene un pequeño cuello de piel, quejándose del frío. Es la hija de un tendero de St. Léger. Se llama Danielle.

Dean está sentado ociosamente en el café mientras ellas hablan en francés. Danielle parece mayor, más segura de sí misma. Lleva su larga melena suelta, y se la acaricia suavemente mientras habla. Él hojea el cuaderno de Danielle. Son deberes escolares. Las páginas son de papel milimetrado. Renglones de color azul claro, ecuaciones limpias, borradores. Al cabo de un momento, él nota que ella le mira. Cierra el cuaderno.

Se despiden en la puerta, tiene que coger el tren.

—Á tout a l'heure —dice Dean.

—No —le corrige ella, bruscamente—. No vas a verme más tarde, hoy. Es *à bientôt*.

—*Á bientôt* —dice él.

Después, Anne-Marie le pregunta si le ha gustado su amiga. Dean no responde.

—Tiene un pelo bonito —dice.

—Su madre no le deja cortárselo.

—¿No?

Guardan silencio. Él sigue disgustado. Y es turbador descubrir de pronto que ella tiene otra vida, otras personas a quienes quiere ver. Pide un vaso de vino. Le pregunta si ella también quiere. Ella parece muy callada.

—No —dice ella—, *merci*.

Cenan algo ligero cerca de la estación. El camarero del local los conoce. No hay muchos clientes las noches de invierno, y están sentados solos bajo los reflejos de la sala larga, hablando en voz baja. Un coche solitario cruza la plaza. Sin atreverse a mirarle, ella le toca la mano ociosa. Luego, lentamente, cobrando ánimo, empieza a acariciarle los dedos uno por uno.

En la habitación, ella le ruega que la desvista. Él lo hace con desgana. Hace

mucho frío. Ella se mete de prisa en la cama.

—¿Quieres que me tumbe un rato a tu lado? —dice él por fin.

—No necesitas preguntarme eso.

Él se desviste rápidamente y su piel se contrae cuando lo envuelven las sábanas heladas. Yacen inmóviles, a la espera de que el calor de sus cuerpos les permita tocarse. Se oye el susurro del brazo de ella cuando lo levanta.

—Me encanta tu pelo —dice.

Dean no dice nada.

—¿Te gusta?

Él se encoge de hombros.

—Oh... —dice.

—Es muy suave. Es como foca —dice ella.

—¿Foca?

—Sí. *Beaux cheveux* —murmura. Renuncia al sustantivo—. *Beaux cheveux*.

Las palabras susurradas derrotan a Dean. Gira la cabeza para afrontar su rostro en la oscuridad. Unen sus bocas. El aliento de ella es leve y fétido. A él le marea. Siente necesidad de aire. Hay luz en la ranura debajo de la puerta, una luz que poco a poco desvela la habitación. Ahora distingue el rostro claro y santo de ella, pálido como una carta. Por la pared llegan las voces débiles de gente al otro lado. Por lo demás, el silencio es absoluto. Ya no oyen la estufa ni el reloj, el sonido de algún camión que pasa. Se han replegado en sí mismos. La mano de ella toca el pecho de él y empieza a trazar dibujos angustiosos, lentos. Él yace inmóvil como un perro, inmóvil como un idiota.

Un camarero italiano la sedujo en Contrexéville cuando ella tenía diecisiete años. Era el primer verano que pasaba lejos de casa. No conocía a nadie. No pensaba oponer resistencia. Todas las noches iba a bailar, sola o con una amiga, y le conoció allí, entre la conversación y la fragancia barata del pabellón. A ella le gustaba, pero el verano acabó. Él se marchó. En Orleans, por supuesto, fue rápidamente descubierta, y en Troyes estaba Roland, y los amigos de este, chicos de St. Léger, Citroëns aparcados en la espesura de los bosques, tunecinos jóvenes que trabajaban de dependientes. Dean sabe que no es el primero. Pero no es proclive a indagar, al menos no sobre esto, porque tampoco él es totalmente lo que parece. Inteligente, sí, pero en cierto modo está cansado de sus dotes. Parece que está ya sobreviviendo a ellas. A veces piensa de otro modo, pero para él se acabó la escuela. El matemático brillante está desapareciendo, el joven para quien todo era demasiado fácil. Su vida se ha vuelto ya nublada, extraña. Es como un hijo que ha sido expulsado y ahora desecha las costumbres, el curso de la vida ordinaria sin vacilación, con todo el aplomo de un anarquista.

Su madre ha muerto. Se suicidó. Su matrimonio la aterraba. En el centro del mismo se sentía completamente sola. Durante el último año enviaba a su hermana largos telegramas en los que a veces citaba poesías, Swinburne, Blake.

Un día quemó sus diarios, un día de primavera, y fue al río Connecticut para ahogarse, igual que Virginia Woolf o la señora Magritte. Está enterrada en Boston, su ciudad natal. Vi la ceremonia. Dean tiene seis años y su hermana tres. Contemplan aturdidos y obedientes cómo el féretro grande y reluciente es descendido al hoyo. Dentro yace la mujer ahogada, que les ha traído al mundo y que ahora les da un ejemplo de melancolía y de compromiso que ellos no olvidarán jamás. Caen con estruendo terrones sobre la tapa hueca y, huérfano de madre, lleva a costas su muerte, que aún no es ni siquiera real, Dean comienza su vida. Conoces gran parte de ella, en todo caso la universidad, los vagabundeos.

Ahora, a los veinticuatro años, ha llegado el momento de elegir. Sé muy bien cómo es todo eso. Y luego leo sus cartas. Su padre le escribe con la letra más bella y cultivada, la mano innata de un amanuense. Consejos para afrontar la vida, para pensar un poco más seriamente sobre esto o aquello. Me inspiraba risa. Palabras que no significaban nada para él. Ha emprendido ya un viaje deslumbrante que se parece más a una enfermedad, que cada vez se vuelve más lejano, más legendario. Llenarán su vida esos impulsos audaces que le llevan a un paradero desconocido, y un buen día reaparece en Dublín, en Veracruz... No estoy diciendo la verdad sobre Dean, me la estoy inventando. Le estoy creando a partir de mis propias deficiencias, recuérdalo siempre.

Al cabo de un rato, empieza la segunda fase: es el momento de tomar unas cuantas decisiones. Incertidumbres, miedos extraños del pasado. Finalmente, por supuesto, llega la tercera fase, la conclusión, y hay que empezar a tapan el mundo como con listones, porque la fuerza para sopesar las cosas toda su demolidora diversidad se ha perdido, y la vida (aunque para entonces él estará en la tumba de un poeta) aparece por fin, como una gota a punto de caer.

Dean aún no comprende esto del todo. No significa nada especial para él. Al fin y al cabo, no está descontento. Los pechos de Anne-Marie son duros. Su coño está empapado. La folla con brío, impelido por una pura alegría. Se arquea para verla y para ver cómo se hunde la polla, los huevos tensos debajo. La mitología le ha aceptado, imágenes en las que no puede creer de veras, breves como sueños. El sudor le recorre los brazos. Retoza en las hojas húmedas del amor, se alza puro como el aire. No hay nada en ella que él no adore. Cuando han terminado, ella se queda quieta y sin fuerzas, extenuada. Es enteramente suya, y yacen como borrachos, sus miembros desnudos entrecruzados. En la fría distancia, colmando la oscuridad, suenan las campanas, nítidas como salmos.

SÁBADO, seis de enero. El cielo está nublado, azul, frío como el hielo, pero quema los ojos. El sol es lo suficientemente débil para sentirlo apenas a través del parabrisas. Es el día más frío del año. Cerca de Beaune, Dean toma una curva por donde no debe, y entonces, demasiado tarde, ve la figura próxima al lindero de árboles, una figura de uniforme que le indica que pare, con un gesto desganado; es uno de ellos: *gendarmes*. Dean ha pisado la sólida línea en medio de la calzada. Es bastante grave. En Francia, los *agents* no se andan con bromas. No hay que transgredir las normas. Se acercan despacio al coche. Tienen cara de cazadores, imperturbables y prudentes. Le piden los papeles. A Dean se le olvida todo su francés. Queda reducido a unas pocas palabras ineptas. Tartamudea y responde con dificultad. Los policías son pacientes. Parecen observar su boca, como si, a pesar de todo, pudieran entenderle. Se limitan a lanzar una mirada a Anne-Marie, rígida en su asiento como una criada mientras Dean forcejea y miente. Parece que la tortura no va a acabarse nunca. Por último le lanzan una advertencia por medio de gestos y le dejan proseguir. Dean les da las gracias.

Sabe que ha hecho el idiota. Lo evidencia aún más el silencio de Annie, algo en su expresión. Se ha comportado como un chico asustado. Peor aún, ni siquiera encontraba las palabras.

—Menos mal que no hablo bien francés —dice, con una risa forzada.

—*Oui* —dice ella. Durante todo el trayecto a Dijon, ella se comporta como si hubiese perdido su interés por él. Avanzan sin romper el silencio, el frío se les filtra, y, con él, el día entero, azul, las personas, los objetos, la luz misma. Aparca delante del Hotel de la Cloche.

—¿Qué te parece?

Ella no responde.

Solo reacciona de pronto cuando abren la puerta de la habitación.

—Ah! —exclama—. *C'est très jolie!*

Dean recela. Es ridículamente moderna. Los pasillos que han recorrido han sido concebidos para grandes dimensiones, son convenientemente sombríos, y ahora esto: los colores chillones y la desnudez de muebles nuevos. El suelo está pulido y barnizado. El papel amarillo de las paredes tiene cientos de bolitas de

colores estampadas. Se pregunta si ella lo ha dicho con sarcasmo, pero no, se la ve contenta cuando empieza a deshacer el equipaje. Inspecciona el cuarto de baño. Le parece perfecto. Dean está enfadado. Le asalta una punzada de incertidumbre. La tarde empieza a torcerse. Posee una vacuidad que de repente no se le ocurre cómo llenar.

—¿Salimos? —dice ella.

—Por Dios, hace un frío que pela.

—*Pardon?*

—Hace demasiado frío —dice él—. ¿Adónde quieres ir?

Ella se encoge de hombros. A ver tiendas.

—Hiela —dice él.

—*Non* —se queja ella.

Las calles están concurridas, haga frío o no. Pasean hasta las seis, mirando escaparates, y ante una buena tienda admiran largo rato un suéter negro. De pronto él decide comprárselo. Entran. Cuesta cuarenta francos. Es más de lo que pensaba. La *vendeuse* aguarda, con cara inexpresiva. Se diría que todo el mundo está escuchando. El suéter cuelga laxo, con una bonita etiqueta brillando dentro de su cuello. Cuarenta francos. Al final, él asiente.

—Muy bien —dice. Es como darse por vencido.

Más tarde, cuando pasean, ella se le cuelga del brazo y él ve el reflejo de los dos en el cristal helado. Parecen una pareja de obreros. Él es delgado, rudo, y va sin corbata. Atardece. Él se figura que parece un boxeador.

Le restablece el calor tenue del cuarto de hotel. Ella empieza a quitarse la ropa como una compañera de habitación y se mete en la cama. Dean también se desviste. Se descalza. Se desabrocha la camisa lentamente, con la seguridad de un atleta.

Casi ha oscurecido. Ella tiene los brazos debajo de su cuerpo. Él nota que ella vacila y luego, poco a poco, se rinde. En el crepúsculo, sus espasmos desesperados colman a Dean del gozo más profundo.

Enan en la rue Michelet, en un restaurante lleno del suave estrépito de platos, una larga cena que casi parece una reminiscencia; tanto les complace y les alegra comer en silencio. Alzan la mirada y se descubren intercambiando sonrisas. Al final les entra el sueño. Se atiborran de queso, *époisses*, *citeaux*, especialidades de una región conocida por su comida.

Nada la satisface. No le dejará tranquilo. Se quita la ropa y le llama. Él la complace una vez de noche y dos a la mañana siguiente, y en la oscuridad de los intervalos yace despierta, mientras las luces de Dijon se reflejan tenues en el techo y los bulevares permanecen silenciosos. Es una noche fría. Pasan cortinas de lluvia. Los goterones resuenan en el canalón fuera de su ventana, pero ellos están en un palomar, hay palomas bajo los aleros. La lluvia cae alrededor. Acostados dentro de plumas, respiran débilmente. Su esperma nada lentamente

en el interior de ella, rezuma entre sus piernas.

El vino le ha dado sed a Dean. Hacia las tres de la mañana se levanta a beber agua. Ella gira la cabeza, soñolienta, y le pide también un poco de agua. Se incorpora sobre un codo para beber. La mano de Dean le sostiene la espalda. Después, él entorna la ventana. La lluvia es uniforme, dura como perdigones. La oye caer sobre los tejados de Dijon, desplazarse, cambiar de dirección, cruzar las avenidas, recorrer las negras calles. Le gustaría besar a Annie detrás de las rodillas. Por fin se queda dormido.

No despertará nunca, no de este sueño, eso al menos lo sé. Está ya demasiado profundo. Ha alcanzado el nadir. No se puede mover. Por la mañana, a la luz clara, sagrada, igual que un padre cariñoso, la atrae hacia él y tira las almohadas.

FUE concebida al cabo de muchos esfuerzos (no sé si esto significa algo) y nació en el otoño de 1944, el último de la guerra. Hacía dos meses que su padre se había ido. Su madre, a quien nunca veré, llevaba una vida pobre e infeliz, aunque a la postre volvió a casarse. Un invierno, su hija se pone enferma, un invierno deprimente. Ella se las arregla sola. Los restaurantes están iluminados. Detrás de las ventanas lisas y humeantes del Café du Commerce hablan unos hombres de negocios. El pálido letrero de neón del salón de baile ilumina un patio estrecho; cuando ella pasa, al volver a casa desde el hospital, en la oscuridad de la noche, ve entrar a las parejas. Tiene los dedos, los pies fríos. Su vida no tiene solución. Es como un delito que no tiene vuelta atrás.

No sé qué pensar de esta madre, de esta mujer sufrida que tan proclive soy a que me guste. Me la imagino un poco fea y amiga del cotilleo. Ni siquiera sé con seguridad dónde nació, en Metz, creo, uno de los tres antiguos obispados, junto con Toul y Verdun. No hay razón para decir Metz, pero hay que situarlo en algún sitio.

Edouard, el padre, era una especie de dandy, aunque al envejecer adquirió corpulencia. Nació en Bélgica. Anne-Marie le ve de vez en cuando. Vive en el firmamento soleado de sus últimos años (era notablemente mayor que su mujer) con una joven esposa en el norte de París. Ella trabaja, porque él ya no puede trabajar demasiado. Tiene unas cuantas inversiones, y van tirando. Es muy cuidadoso con el dinero, aun más que la mayoría de los franceses, que ya es decir. Tienen un hijo de once años. Lo curioso de todo es que Anne-Marie y su madre todavía piensan en este granuja con cariño. La madre ha llegado incluso al extremo de tener al chico con ella unas semanas, mientras Edouard y su mujer estaban en Escandinavia. Claro que le pagaron algo, pero aun así es extraordinario. En cuanto a su marido actual, no sé nada de él, absolutamente nada. La ha salvado de una vida solitaria; eso es todo.

Hay una foto de Annie con su padre y su hermanastro en que los tres miran directamente a la cámara. Ella tiene dieciséis años, pero parece más joven. Detrás de ellos está lo que parece ser la estación de ferrocarril, ventanales, fachada elegante. Es una de esas pequeñas instantáneas tan comunes que ilustran la vida de casi todo el mundo. La sacaron a la luz del sol. Les brilla la cara

blanca, entornan los ojos. Lo único excepcional de la foto es la presencia de Annie, que hace que uno coja la foto y la mire más de cerca para ver si a esa edad ya tenía algo, si hay algo en su cara... La guarda en el *armoire*, apoyada para que se vea al abrir la puerta. Justo detrás hay una cajita de cartón y dentro de ella doscientos o trescientos francos, sus ahorros. Dean sabe que el dinero está ahí. La ha visto añadir billetes. Envía a su madre parte de su paga, pero la existencia de ese fino fajo, cuyo importe asciende como mucho a un par de alquileres, es conmovedora. Yo lo considero el motivo de una perfidia, pero, por supuesto, es lo contrario. Así y todo, es singular que el dinero esté ahí, tan exiguamente escondido. Ella es cuidadosa con el dinero. No bromea sobre él. Nunca gasta nada si está con Dean. Tal vez compre, a lo sumo, algunos sellos. Nunca le ha comprado ningún regalo, al menos que yo sepa. Y, no obstante ese rancio sabor de pobreza que la rodea, estoy seguro de que Dean podría disponer de esos doscientos francos si se los pidiera. Me aterra pensarlo. Parece que ella está dispuesta a dar demasiado (me obsesiona esta idea) y, como un estúpido que se apresurase a introducir en la vida de ella todas las tediosas inquietudes de la mía, quiero prevenirla. Por otro lado, sé que no hay la menor probabilidad de que él se vea impelido a coger ese dinero. O tal vez lo hiciera sin reparos, como si tuviese el mismo derecho a hacerlo que el que tiene sobre su persona, sus pensamientos, sus mismos sueños. Estoy seguro de una de las dos cosas, pero no sé de cuál. El dinero me distrae. Esa cajita de color té y del tamaño aproximado de un reloj de pulsera podría intervenir, junto con la foto apoyada contra ella: de hecho, la veo a través de muros de piedra.

Los objetos tienen forma y peso, color propio, y, más allá de eso, una dimensión que no hay balanza que pueda medir; la importancia que tienen, y la habitación de Annie, su vida, de la que sé tan poco, están amuebladas con artículos que poco a poco se han convertido en surrealistas. Aparecen dondequiera que mire. Roban la identidad de cosas que me circundan realmente. Está su reloj, que tiene agujas luminosas, que atrasa un poco, un reloj que ella tenía en Orleans, quizás, en Contrex, y cuyo despertador sonaba temprano, estridente. No, allí la despertaba otra chica. Mañanas de verano. Ha trasnochado y tiene sueño. Sus zapatos están tirados en el suelo. Ha arrojado el vestido encima de una silla... Está su manopla de baño, cosida en forma de guante. Sus cosméticos. Su peine. La caja donde guarda sus ahorros. Oh, Anne-Marie, tu existencia es tan pura. Tienes tu propia infancia, postales de chicos de St. Léger, tu padrastro, tu desesperanza. Nada puede afectarte, ninguna revelación, ningún delito. Eres como una historia triste, como hojas en la calle. Te repites como una canción.

Dean la ve casi todas las noches. A veces no se molestan en comer. Una naranja. Una taza de té. Circulan en coche a través del frío. En el cuarto, ella le desviste y le acuesta. Él se deja hacer como un niño grande. Ella sirve un vaso de

vino y se lo pone cerca. Luego, ociosamente, como si estuviera sola, se quita la ropa y se pone una bata. Se lava. Empieza a cepillarse el pelo. La tela se adhiere a su cuerpo, Dean discierne sus caderas, sus nalgas redondas. Ella le dice que quiere una habitación con alfombras y espejos. Dean calla. Ella se despoja de la bata y permanece desnuda delante del espejo. Y una cama grande, añade, contemplándose. Él apenas la escucha. Sus ojos vagan lentamente entre la sustancia y el reflejo. Ella se vuelve para ver si está despierto.

—¿Phillip?

No hay respuesta. Ella se acerca a la cama. Él alza las manos en la oscuridad, silenciosamente, para recibirla, para atraerla hacia sí.

—Fingiendo que duermes —dice ella—. Eres un niño travieso.

—No.

Él le ha dado la vuelta para admirarla, esas mejillas pálidas, firmes como pantorrillas. Él la acaricia, desliza la mano entre sus piernas.

—Es nutritivo —dice.

—Comment?

—*Je t'aime* —dice él.

Yacen de costado. El reloj hace tictac. El metal de la estufa chasquea como cristal. Abajo, los corsos hablan. El hueco de la escalera transmite el eco de sus voces apasionadas. Se cierra la puerta de la calle.

—Espera un minuto —susurra él.

Ella está encima de él.

—No me he puesto nada.

—Está bien —dice ella.

—¿Estás segura?

Ella se debate. Él está angustiado.

—¿Anne-Marie?

—*¡Sí!* —insiste ella. Él medio la suelta, medio la guía.

Todo empieza despacio, él pone las manos en su cintura. Es como si estuviese culminando su vida.

OBSESIVAS imágenes pretéritas de Francia, que se reflejan una y otra vez como facetas de una piedra inagotable. Recorro la casa silenciosa, las altas habitaciones heladas por la luz del invierno, los muebles que esa luz atraviesa, las ventanas. La quietud lo preside todo. No hay un solo detalle que la proporcione. Existe como una cara velada.

Imágenes de las ciudades. Sens. La famosa catedral que se refleja en el esplendor de Canterbury se yergue sobre el río gélido, sobre las calles en silencio. Se ve a lo lejos St. Etienne: los siglos han blanqueado sus estatuas como polvo, y faltan las cabezas en todas las estatuas de los benditos, pero todavía aparece desde lejos para advertir a los viajeros de la presencia de Dios. Su construcción, una de las primeras de la magna familia gótica que se alzaron en todo el territorio de Francia, perdura como un mito blanco. Los pequeños comercios han crecido muy cerca en su derredor, cines, restaurantes. Bajo la luz del mediodía, el tejado, típico de Borgoña, reluce en el extraño diseño de piel de serpiente, anillado de diamantes negros y verdes, ocre, rojos. El sol lo salpica como agua. El brillo parece expandirse.

Sens. Ya se han dormido. Dean despierta antes, a primera hora de la tarde. Desabrocha las medias de Annie y lentamente las baja. Siguen su blusa y sus bragas. Ella abre los ojos. Él le deja puesto el liguero, para confirmar su desnudez. Descansa la cabeza ahí. Al cabo de un rato, en busca de una postura más cómoda, la recuesta entre sus piernas, utilizando su pelvis como almohada, y con las rodillas al alcance de su mano. Escucha el tráfico. Gira la cabeza un poco para ver si ella duerme. Ella le devuelve la mirada con calma. Dean tiene mojada la piel debajo de la oreja.

Tiene dinero, todo ha cambiado. La venta de su billete de avión de regreso le ha proporcionado cerca de novecientos francos en billetes inmaculados, y la belleza de contarlos le ha aturcido. No los dobló. Se los llevó lisos, en fajos rígidos de diez con un clip en la esquina. Ahora que los posee, de pronto sabe hablar francés. Tiene una clara visión de sí mismo, puede pensar en muchas cosas. Son importantes esos inagotables billetes de diez francos. Son la esencia de la inventiva. Son los avales de su vida.

Llegan un poco temprano al restaurante. Las mesas están desocupadas, el

jefe de camareros está solo. Los conduce por delante de una chimenea donde arde lentamente un leño enorme, y las llamas no son más grandes que una mano. Sobre una mesa espaciosa, grandes jamones revelan su rico contenido, platos de pescado cocido, champiñones, adornos de fruta. Están sentados en un reservado, uno enfrente del otro. Ella se toca una pequeña ampolla que tiene en la barbilla.

—¿Tomamos el *prix-fixe*? —pregunta.

—No sé —dice él. Está leyendo.

Ella sigue tocándose.

—Deja de tocarte.

Ella obedece.

Un trío elegante llega al reservado contiguo: un hombre de pelo plateado, perfectamente acicalado, de buena cuna, y dos mujeres, la suya y la madre de él, probablemente. Dean observa, por detrás de la cabeza de Annie, que les están entregando el menú. El camarero habla con ellos. Ellos sonríen. Dean baja la mirada.

—¿Tienes mucha hambre? —dice.

—Ah, oui.

—La cena es abundante —sigue cabizbajo—. No creo que te la tomes entera.

—*Oh, j'ai faim* —implora ella.

—Muy bien.

Detrás de ella están charlando cordialmente en un francés magnífico del que él no alcanza a oír una palabra. Sus miradas son largas, excesivamente largas, pero no puede reprimirlas. Nota que se está enfurruñando. Annie se vuelve para ver lo que está mirando, y Dean de repente se siente humillado. Ella empieza a hacer algo por debajo de la mesa, a rasparse las uñas, que tienen residuos de esmalte.

—Por favor —dice él.

Ella levanta la vista. Hay momentos terribles en que vemos el amor con la mirada fría. Dean ve claramente que ella tiene cara de dependienta, bonita pero vulgar. Le abruma la impaciencia. Arde en deseos de marcharse de allí. De algún modo, el trío de comensales vecinos le ha convertido en un delincuente. Anne-Marie no dice nada. Olfatea su cólera. Tiene las manos escondidas en el regazo.

Comen despacio, sin mucho que decirse. La cena es demasiado abundante. Ella pierde el apetito y no puede terminarla, lo que enfada aún más a Dean, que se come su postre. Ella está callada, pálida como una colegiala.

—No deberías haber pedido todo esto —dice él.

Ella levanta el brazo y se quita los pequeños pendientes prendidos en los lóbulos de sus orejas, como si se dispusiera a acostarse.

—Sabía que no ibas a comértelo —dice él.

Después dan un paseo por la ciudad. Reina la quietud. Ella parece ausente.

Cerca de la catedral se rezaga, avanzando muy despacio.

—¿Qué pasa?

La voz de ella es muy débil.

—*Rien.*

Él la espera.

—¿Estás mareada? —insiste.

Ella parece al borde de las lágrimas. Mueve la cabeza, de mala gana, y ahí donde está, de pronto, junto a la nave imponente, vomita a sus pies toda la cena, ancas de rana y ostras que salpican las losas. Eructa y boquea en busca de aire. Dean la sostiene. Mira alrededor y le alivia comprobar que nadie mira.

—¿Cómo te encuentras? ¿Quieres sentarte?

Ella se limita a respirar, exhausta.

—*Ton mouchoir* —pide débilmente.

Él se lo entrega. Ella lo aprieta contra la boca y luego se limpia las comisuras. Quizás estén manchadas. Se apoya en Dean y levanta los pies, uno tras otro, para ver.

—No se han manchado —le dice él—. ¿Te apetece un té?

—*Non. Merci.*

—Creo que te sentaría bien.

—*Non* —musita.

Está avergonzada, pero también purificada. Su cara pálida ha perdido dureza, y asida de su brazo le sigue, escarmentada, por las calles oscuras.

A la mañana siguiente ya está repuesta. Él tiene la polla dura. Ella se la coge con la mano. Duermen siempre desnudos. Su cuerpo es inocente y cálido. Al final, Dean la coloca de través en las almohadas, un ritual que ella acepta sin decir palabra. Transcurre media hora antes de separarse, rendidos, y piden el desayuno. Ella se come sus bollos y él uno de los suyos.

Por la tarde ven una película de Laurel y Hardy, una reliquia de hace treinta años. El cine es un armario. Los asientos son como revistas rotas. Más tarde pasean por la ribera del río. El agua, gris, parece que no discurre. Ella baja a la orilla para recoger algo de enea para su cuarto. Dean la espera en el sendero. La ve escuchando lo que va a llevarse, a manos llenas. ¿Y si se queda embarazada?, se pregunta él. Las nubes son pesadas, su base es oscura como plomo. La idea se le ha ocurrido en silencio, pero se le enraíza dentro. No se atreve a decirlo en voz alta. De repente tiene la certeza de que no quiere casarse con ella. Pero si ella tuviera un niño, ¿qué podría hacer él? No podría marcharse por las buenas. Tiene los pies fríos. Siente las mejillas secas. El frío de la tarde parece haberle impregnado el alma. Ella camina sola por la orilla del río. Dean la sigue por arriba, lentamente, y se pregunta cómo acabará esto.

AHORA, en la tarde blanca, el coche sobrepasa rutilante los árboles desnudos de la alameda. Casi no hay tráfico. La ciudad parece abandonada. Desciende por el bulevar Mazagran, gira de nuevo y se detiene, aparca de cualquier modo, formando un ángulo leve con la pared, delante de la casa de los Job.

Dean ha empezado a dar clases particulares tres veces por semana. Sucedió de una manera bastante inesperada, aunque la idea debía de revolotear desde hacía algún tiempo por la mente de madame Job. Me pilló desprevenido cuando ella me pidió mi opinión. No me dio tiempo a pensarlo.

—¿Profesor?—dije—. ¿De qué?

—De inglés, naturalmente.

—Bueno —dije—. No sé. Supongo que si él quiere podría hacerlo.

—*Comme il est gentil*—alegó ella. Era flaca como una comadreja.

—Con probar no pierde nada.

—¿Usted cree?

—Oh, sí. ¿Por qué no?

Ella intentó ocultar su placer. Me disgustó.

Él es para ella enteramente el joven estudiante, brillante y limpio. Sus hijos le adoran. Confecciona una baraja de esas cartas con una imagen en un lado y una palabra en el otro. Sus dibujos son muy inteligentes, por supuesto. El *automobile* es el suyo, el que está fuera, salvo que es incluso más largo y ligeramente torcido. La gallina se parece a Claude Picquet. La vida de Dean cobra un aire decimonónico. Se levanta a las ocho o a las ocho y media y toma un café. Luego lee el diario de la mañana para enriquecer su vocabulario. Los titulares son enfáticos estos últimos días, la portada está llena de fragmentos de ese terrible divorcio, Argelia, que está en su agonía final. Muchos franceses se aferran todavía a la posibilidad de la victoria, al predominio de la voluntad. *La guerre est le domaine de la force morale*. Son como viudas, arrendatarios despojados, mártires, maníacos. En el último frenesí, surgen planes desesperados. La violencia se vuelve grotesca. Ametrallan a ciudadanos en las calles, algunos con condecoraciones en la solapa. Los asesinos son prácticamente niños. Les asquea su acto. Se sientan en el bordillo y lloran.

Por la noche vuelve a casa antes de medianoche. Casi nunca pasa la noche

con ella. La cama es muy pequeña, y creo que él prefiere marcharse. Además, pasan los fines de semana en viejos hoteles, con los postigos cerrados y el cerrojo de la puerta echado por dentro.

Eufórico por su primera paga de profesor, van a Avallon. Napoleón se hospedó en el hotel del pueblo. Emana su gloria. En los pasillos hay grabados de sus campañas, Rivoli, Jena, los mamelucos. La recepcionista tiene un diente de oro que brilla cuando sonríe.

Sentados en el comedor, inspeccionan el menú en silencio, primero los precios. Ella se ha cambiado arriba, y debajo del traje no lleva nada. Dean lo sabe. Mientras lee, piensa en ello continuamente. El cuerpo de Annie, porciones del mismo, parece volverse luminoso en la mente de Dean. Cada cosa que toca o que mira, el tenedor, el mantel, su aire doméstico, su silencio, parecen festejar de algún modo esa piel solo encubierta por una simple capa de tela, que ni siquiera encubre, sino que proclama. La cena de Annie es copiosa. Hasta bebe un poco de vino. Dean la mira a través de su vaso vacío. Surge un mundo brillante, irregular. Las arañas destellan como estrellas. La cara de Annie da vueltas, coronada por su cabello lacio.

—Hacemos películas esta noche —dice.

Confundido, él trata de averiguar qué quiere decir. Ella le sonríe desde el otro lado de la mesa. Las servilletas descansan arrugadas a un lado.

Me he preguntado muchas veces, en restaurantes, frente a platos vacíos, en cafés donde solo queda el camarero, que si las cosas sufrieran algún vuelco, por accidente, ¿podría ella (sueño) llegar a ser mía?... Me miro en el espejo. El pelo ralea. Una cara marcada de arrugas, cortes, casi, que definen mis expresiones. Brazos fuertes. Me invento todo esto. Los ojos de un hombre inteligente y perezoso, un hombre apasionado...

Ella se quita la chaqueta. Esos pechos espléndidos iluminan la sala. Se despoja de la falda y uno solo tiene hambre de ella, de esa ella complaciente, tan dispuesta a ceder. La descubrí por medio de miradas, miradas exhaustas en un club nocturno, y la confirmé solo en el silencio, furtivamente, y ahora todo esto apresa mi conciencia como un anillo de hierro. Esos pechos soberbios, libres de la tela. Le encanta estar desnuda. Gira en la luz. Se empapa de ella.

Los grandes amantes están en el infierno, dice el poeta. Incluso ahora, mucho después, no puedo destruir las imágenes. Perduran en mi interior como las ansias de un adicto. Solo necesito oír ciertas palabras, ver algunos gestos, y mis pensamientos se derrumban. Me desprecio por pensar en ella. Aunque estuviese muerta, yo sentiría lo mismo. Su existencia oscurece mi vida.

Soledad. Sabemos instintivamente que es mucho más beneficiosa que otros estados, pero aun así es difícil. Y además, ¿cómo distinguir entre estados que son valiosos, que por más que los odiamos nos infunden fuerzas o nos impelen a realizar grandes cosas, y estados de los que más nos valdría estar exentos?

¿Cuáles son valiosos y cuáles no? ¿Por qué es tan difícil ser feliz solo? ¿Por qué es imposible? ¿Por qué, siempre que estoy ocioso, a veces incluso antes, cuando estoy haciendo algo, lenta pero inevitablemente me convierto en víctima del poder de sus actos?

Silencio. Lo escucho, el silencio de este cuarto que me enerva. Esas frases serenas a las que ella sabe tan bien responder cuando, ahora descalza, sin apresurarse, cruza hacia Dean en la oscuridad.

Lo malo es que todavía no he profundizado suficiente. Hay que penetrar en la soledad, hay que sufrirla. Lo peor es el comienzo glacial. Hay que sobrellevar todo eso. Hay que recorrer el camino hasta el final, franquear la amargura, los sentimientos de rabia, avanzar como se avanza hacia una ciudad sagrada, presintiendo la auténtica alegría. Procuero conjurarla, provocar que aparezca. Estoy seguro de que está ahí, pero no es fácil verla. Desde luego que no. Es preciso flaquear. Es preciso luchar. Se supone que llevamos las convicciones adheridas a los huesos.

—Ha salido mucho —dice ella.

Refulge. La cara interna de sus muslos impregnada.

—¿Cuánto tarda en reponerse? —pregunta ella.

Dean trata de pensar. Está recordando la biología.

—Dos o tres días —calcula.

—*Non, non!* —exclama ella. No es lo que quería decir.

Ella empieza otra vez a ponérsela tiesa. Al cabo de unos minutos, él rueda sobre ella y se la mete como si el intervalo hubiese concluido. Esta vez ella enloquece. La cama grande cruje. La respiración se le acelera. Dean tiene que apoyar las manos en la pared. Inserta las rodillas entre las piernas de ella, y la penetra más hondo.

—Oh —resuella ella—, esto es lo mejor.

Cuando él se corre, los dos se derrumban. Se desmoronan como arena. Él vuelve del cuarto de baño y recoge las mantas del suelo. Ella no se ha movido. Está tumbada exactamente donde estaba.

Siempre van a algún sitio al día siguiente. Se levantan tarde y planean un trayecto. Son los primeros fines de semana templados. Es agradable estar al aire libre. Meten las cosas en el coche: su maletita de plástico, la radio, un ejemplar de *Elle*. Sube al automóvil y cierra de un portazo.

—¿Tienes que dar ese golpe?

—Perdona.

—Un día de estos te vas a cargar el maldito coche.

—Lo siento —repite ella.

—Está bien —dice él y, en realidad, está contento. A ella le ha venido la regla esta mañana. Todo marcha bien.

Abandonan la ciudad por un largo pasillo de árboles. El campo se abre para

recibirles. Retazos de cálida luz les cuadrícula el regazo. Por debajo fluye el denso murmullo del motor. Hablan de las amigas de Annie, de Danielle, cuyos padres tienen una tienda de comestibles. Y de Dominique, que se fue a vivir seis meses con una familia alemana. Le gustó mucho. Más que Francia. A Anne-Marie también le habría gustado ir. ¿Y a Italia? Oh, sí, por supuesto, a Italia. Quizá puedan ir a Italia juntos, propone ella de pronto. En verano. En el coche.

—Claro —dice él. Es algo vago y remoto.

Poco después ella empieza a removerse en su asiento.

—Oh, Phillip —dice—, mi Tampax no está bien puesto. Tienes que parar en Saulieu.

—Muy bien.

—¿Está lejos?

—No mucho —dice él.

Ella emite un pequeño siseo consternado. Es muy propio de ella. Él admira eso. A veces ella se adentra en el bosque para hacer pis.

LA luz cambia poco a poco, día tras día, reflejada en incontables superficies antiguas de la ciudad. Posee una calidad nueva, una intensidad que significa la muerte de la estación. Los meses de invierno se han vuelto cansinos. No ofrecen resistencia a su derrota. Se presiente en las calles la inminencia del cambio. Los cielos se han tornado radiantes, se han limpiado. El pasado se funde como el hielo.

Dean aguarda sentado mientras ella se maquilla. Fuera, todavía hay plena luz. La gente pasea después del trabajo, dichosa de que la jornada acabe antes de que anochezca. Él hojea una revista ramplona mientras ella se aplica los últimos toques. Tiene la cara cerca del espejo.

—Oye, no deberías leer esta basura —dice él, pasando las páginas.

Ella se vuelve a mirar. Luego prosigue ante el espejo.

—Son solo historias —dice.

—Son horribles. ¿Qué les ves de bueno?

Ella se encoge de hombros. Él deja la revista.

—Debería leer más libros —dice ella, como si se lo dijera a su reflejo.

—Eso es.

—Me gusta Montherlant —dice ella—. Y Proust.

—Tú no has leído a Proust.

—Claro que sí —dice ella.

—¿De verdad?

Ella se vuelve y pregunta:

—¿Cómo me ves?

—Demasiado carmín —dice él.

Ella gira la cabeza hacia un lado y hacia otro ante el espejo, estudiándose.

—A mí me gusta —dice.

—No, no estás bien.

—Sí —insiste ella. Pero se quita un poco de carmín de las comisuras.

Dean, sentado en la cama, recuesta la cabeza contra la pared. Mira alrededor del cuarto. Todo parece corriente, todo pobre. A veces le deprimen las imperfecciones de Annie. No deberían importarle, quizá, pero a menudo se vuelven muy reales, muy prontas a apoderarse de ella, esas deficiencias ocultas

por el brillo de un lenguaje y una vida cuyo sabor él apenas ha empezado a percibir. Espera a que ella se ponga el abrigo. Ella evita sus ojos. Bajan a la calle en silencio. Él aguarda a que ella diga algo.

—¿Vamos a ver tiendas?

Dean no responde. Se limita a mirarla.

—Vamos —insiste ella.

Hace frío a esta hora, al final del día. Ella tiene las mejillas coloradas, como las de un golfillo. Las ranuras diminutas en los lóbulos de sus orejas parecen la marca de una casta baja. Caminan hacia el centro. Ella ha enlazado su brazo con el de él. Dean parece no advertirlo. Está distante.

—*Tu es fâché avec moi?* —pregunta ella.

Él se encoge de hombros. Caminan abatidos. La cara de ella expresa la desolación de alguien en quien ya no se confía.

—*Phillip, tu es fâché* —repite.

—No.

Solo hay mujeres en la tienda, madres e hijas, esposas. La dueña deambula entre el revuelo de mercancías. Atiende a dos o tres clientas a la vez. Desciende cajas de varias estanterías y las deposita encima del mostrador. Dean está incómodo. Se recuesta en la pared, como una sombra. Su pose es de desinterés, y, aunque le miran al entrar, nadie parece prestarle la menor atención.

—Phillip —le llama ella.

Alza la vista un instante, indeciso. Ella se ha ido a la trastienda.

—Phillip —vuelve a llamarle—, *viens*.

Le hace señas desde una de las cabinas.

Él retrocede. Una clienta le mira. Se siente torpe, como si el proceso del movimiento cobrara de pronto toda su complejidad y hubiera que impartirle órdenes. Camina como si fuera de madera. Descorren la cortina. Annie está dentro, frente a un amplio espejo, desnuda hasta la cintura.

—Tienes que ayudarme —dice, con calma.

Pasa los brazos por los tirantes de un sujetador y le ofrece la espalda para que se lo abroche. Él lo hace sin decir una palabra, con el desapego de un criado, pero cuando la mira en el espejo, observándose, girando ligeramente para luego encorvar los hombros y quitarse el sostén, empieza a tener una erección.

—Ayúdame a elegir —dice ella. Una pausa—. Phillip.

—Sí.

—Tienes que ayudarme.

Él la está observando. Lo hace forzado por su desnudez. Haga lo que haga, no logra memorizarlo. Sucede como una serie de revelaciones que son como fognazos. Ella acomoda los pechos en otro sostén que él abrocha.

—¿Te gusta? —pregunta.

—Prefiero el otro —dice él. Sus primeras palabras. Ella no muestra indicio

alguno de triunfo.

—¿Este?

—Sí.

Se desnuda para ponérselo otra vez.

—Sí —conviene ella—. Este es el mejor.

Levanta los brazos para que él lo toque. Al cabo de unos minutos se quita el sujetador y observa en el espejo como el contacto de Dean le endurece los pezones. Alguien se está aproximando a la cabina y Dean se dispone a marcharse, pero ella le aprieta los brazos contra sus costados para aprisionarle. Oyen a una muchacha y a su madre correr la cortina de la cabina contigua. Dean descubre una sonrisa en el espejo.

Van a cenar cerca de la *gare*. El cielo tiene un brillo extraño. Al final del día se fragua una tormenta. El aire está vivo. Nubes negras, oscuras como el mar, cruzan el firmamento de un aterrador azul espada. La gente desaparece. Se vuelve estremecedor el vacío de los espacios abiertos, los paseos, las plazas. Un gato atraviesa corriendo la calle, tras un titubeo.

Comen mientras la lluvia descarga, humeante, en las aceras. Dean está excitado. Se le ha cambiado totalmente el humor. Grandes cortinas de agua rasgan el aire oscurecido y caen sobre la chapa de su coche.

—¿No es precioso? —exclama.

Mira hacia fuera, encorvado sobre la mesa.

—*Tiens* —dice ella—, ¿ahora estás contento, foca? Ya tienes agua.

El asiente, avergonzado de su conducta anterior, que le parece pueril. Es la primera tormenta de la primavera. Renueva los pensamientos. Ella dice que volverán a salirle pecas: no conoce la palabra en inglés. No en todas partes, sino solo aquí, y traza círculos en torno a su nariz y sus ojos.

—Ah —dice él—. Vas a parecer un mapache.

—¿Un qué?

—Un mapache. Un mapache —dice—. ¿No sabes lo que es? Un animal.

—¿Ah, sí? —dice ella, sin entender.

De pronto él rompe a reír. No puede contenerse. El trata de decirle: *c'est tres joli*, pero no puede decirlo, y ella también se ríe. Empieza a dibujar uno para ella en un pedazo de papel. Primero las patas, pero son absurdas. Él se parte de risa.

—Es una rata —dice ella.

—No, no lo es.

Pero no puede evitar que se convierta en eso. Las orejas. Hasta el rabo. El hocico le sale muy puntiagudo.

—Es una rata —dice ella.

Les basta con mirarse para echarse a reír.

Se prueba en el cuarto las prendas nuevas. Se quita la ropa y se pone las bragas y el sujetador que acaba de comprar. Luego posa para él, se ríe y se echa

en la cama. Están tendidos juntos en la oscuridad sosegada. Él le agarra la mano y se la posa en la polla. Los dedos fríos de Annie dudan un momento y después comprenden. Ella es más obediente que antes. Él, más solícito. El baño de cólera los ha relajado. Es como una poda. Después se apartan los escollos: avanzan hacia la luz misma.

Transcurre largo tiempo. Ella descansa la cabeza en su pecho. Empieza a besarle el estómago. La gravedad de su movimiento la delata. De pronto, él sabe lo que ella se dispone a hacer. La sube hacia él y le estampa besos en la boca. La nota ya anillándole. Ella vuelve a descender. Ovilla el cuerpo entre las piernas de Dean. Le explora tiernamente. Por fin comienza. Dean le toca las mejillas. Le recorre con un dedo el contorno de la boca. Ella se detiene como en busca de aire y reanuda su acción, absorbiendo más. Él se arquea un poco. Nota que se corre. En grandes, bruscas ráfagas. Ella no se mueve. Se retira lentamente. Por fin le suelta del todo. Sobreviene de algún modo un momento solemne. Ella extiende con el índice parte del esperma sobre el vientre de Dean al tiempo que observa los últimos espasmos reflejos. Luego va al lavabo. Dean oye correr el grifo. Pregunta si ha sido desagradable. Ella escupe un chorro de agua y dice algo en francés. Él no comprende.

—¿Qué?

Ella calla.

—¿Cómo ha sido?—pregunta él.

Ella vuelve a la cama. No lo sabe. Extraño, es lo único que dice. Fuerte. Es la primera vez.

UNA tarde en que visitan la fuente del Marne, o quizá sea en Azay-le-Rideau, nada es seguro, pasean en el aire templado y hablan de las formas de amar, de la dulce variedad.

—¿Cuáles son?—quiere saber ella.

Dean comienza con fingida indiferencia, y despliega un racimo de alternativas para encubrir la que realmente desea. Se lo ha dicho cien veces a sí mismo, ensayando, pero aun así el corazón le da un brinco. Ella escucha impasible. Caminan lentamente, mirando al suelo. Parecen, de lejos, como compañeros de clase que hablan, quizá, de un examen.

—Tiene que doler —dice ella.

—No —dice él, y añade, con toda naturalidad—: Si duele, paramos. Podemos probar —agrega.

No hay respuesta, pero ella parece acceder. Sí. Algún día. Él sufre un instante de vértigo, como si hubiera tras cometer un robo. Empieza a explicarlo mejor, a moldear una derivación, a hacerla insólita, ordinaria, lo que suene más correcto. Ella entiende solo un poco de lo que él está diciendo. Dean habla como en un delirio. Por último se percata y se obliga a parar. Han llegado al coche. Él le abre la puerta y luego rodea el coche hasta la del conductor. Se concentra, ocupado con las llaves. Ella pregunta por qué ha tardado tanto en hablarle de eso. A él no se le ocurre ninguna respuesta.

—No lo sé —dice—. Cada cosa en su momento.

—*Comment?*

Ella es muy prosaica. Él mueve la cabeza: nada. Ella le mira y él se pone nervioso. Ella le ha sumido en la desesperación.

Luego, en ese cochazo que para mí existe en sueños, como el holandés errante, como el cuerno de Roldán, que recorre espectral las carreteras desiertas de Francia, con los faros apagados y su elegancia un poco astrosa; en ese Delage azul con portezuelas que se abren hacia atrás, vuelven hacia casa, sus rodillas tocándose, hundidos en los asientos. Los pueblos se difuminan, los ríos se oscurecen. Ella le desabrocha y le saca la polla, erecta, pálida como una garza en el crepúsculo, y los dos miran hacia la carretera que se extiende delante, como cualquier pareja. Forma con los dedos un anillo que se inserta suavemente

y luego, sereno, desciende. Sus dedos finos. Ella gira la cabeza para ver lo que está haciendo. Dean conduce erguido como un chófer. Apenas respira.

—Me gusta tu *profil* —dice ella—. ¿Cómo se dice?

—Perfil.

Su voz suena ausente.

—Me gusta tu perfil. No, me encanta tu perfil. Gustar es poco.

Está de buen humor. Está muy juguetona. Cuando entran en el edificio de Annie, ella se convierte en la secretaria. Van a dictar unas cartas. ¿Ah, sí? Vive sola, confiesa, al subir las escaleras. ¿De veras?, dice el jefe. *Oui*. Una vez en el cuarto se desvisten de modo independiente, como rusos que comparten un compartimento de tren. Luego se colocan cara a cara.

—Ah —murmura ella.

—¿Qué?

—Es una gran *machine à écrire*.

Está tan mojada cuando él le pone las almohadas bajo su vientre reluciente que la penetra en un solo movimiento, largo y delicioso. Empiezan despacio. Cuando está a punto de correrse, saca la polla y la deja enfriarse. Luego vuelve a empezar, guiándola con una mano, introduciéndola como un anzielo. Ella, poco a poco, imprime rotación a las caderas, empieza a gemir. Es como atender a una lunática. Al final, vuelve a sacarla. Mientras aguarda, tranquilo, deliberado, sus ojos buscan lubricantes: su crema facial, frascos del *armoire*. Le distraen. Su presencia le asusta, como si fueran pruebas. Empiezan otra vez y ahora no se detienen hasta que ella grita y él siente que se corre, en ráfagas largas y convulsas, tocando hueso con el glande, o eso le parece. Yacen de costado, extenuados, como si acabaran de atracar en la playa una barca grande.

—Ha sido mejor que nunca —dice ella, al fin—. El mejor.

Él mira hacia arriba en la oscuridad.

—¿Phillip?

—Sí —dice él.

—Vaya *machine*, ¿eh? —dice ella—. ¿Siempre es tan bueno?

—Creo que no.

Ella le toca. Está todavía bastante grande.

—Creo que está más grande —dice ella.

—Un poco, quizá.

—Tenemos que escribir más cartas.

La noche no es fría. Es silenciosa, de una claridad cortante. Dominando los tejados oscuros, muy juntos, los chapiteles de la ciudad se yerguen iluminados, bañados de luz terrenal.

ESOS días lentos, con sus albores brumosos, todos los campos frescos y silentes, el gran viaducto inmóvil. Todo es blanco, todo está vacío, todo menos la tierra, que parece haberse despertado. Un olor en el aire indica que Francia sigue viva. A medida que la mañana avanza, la niebla se disipa. Lentamente ahora, se revela la forma de las cosas. Surgen los tejados. Las copas de los árboles. Finalmente, el sol.

Estoy trazando una crónica extraordinaria de esta ciudad. La estoy descubriendo, sacándola a la luz. Hay fotos de la casa sola, nada más que eso, las superficies de muebles, las anchas puertas, reflejos en los espejos, que son las más imponentes que he hecho nunca. Casi parece obra de un hombre enfermo, una obra de gran paciencia y simplicidad. Posee un fulgor, un sosiego tuberculosos. Los niños que juegan al lado de las fuentes se convertirán en ancianos, pero nada de esto habrá cambiado. Hay épocas en que tengo esa certeza. Mi obra comienza a parecer enorme. Podré envolverme con ella, tener gente que me presente.

Cerca de los linderos de la ciudad hay ovejas, un gran rebaño, y dos perros negros, flacos, dan vueltas sin cesar, lo conducen. Se diría que esculpen el rebaño. Trazan una curva por detrás y lo moldean. No les oigo ladrar, pero los balidos resuenan tenues en el aire quieto. Cerca de la orilla, un carnero viejo avanza cojeando. El sol calienta ahora. Las ovejas se mueven en una corriente, como un riachuelo: los bordes se adhieren, el centro fluye incesante. La pauta cambia constantemente. Algunos segmentos parecen desgajarse y disolverse un poco más adelante.

Aparecen remolinos. Las ovejas vacilan y se atascan. Han nacido ya algunos corderos que corren a la zaga de sus madres. Entonces, misteriosamente, todo el rebaño se detiene. Poco a poco empieza a dispersarse. Los animales pastan al aire libre. Los perros se entretienen. En ese momento veo al pastor con un desastrado abrigo oscuro. Avanza sigilosamente, un viejo que ha vigilado a las ovejas desde el amanecer, cuando la niebla las ocultaba. Probablemente ha dormido vestido. Los corderos parecen muy jóvenes. Tienen las patas largas. Se apresuran a mantenerse cerca de las ovejas gordas e indiferentes.

El año es demasiado joven para que Claude baje a nadar al río antes del

trabajo. Siempre va en bicicleta. No tiene coche. Quizá cuando se vuelva a casar... porque he oído decir que está a punto de prometerse con un estudiante de Bourges. Es más joven que ella. Algunos dicen que tiene veintidós años. Le imagino sentado entre la madre voluptuosa y esa niña formal y de ojos francos. Tal vez no advierta los peligros. O quizá para él tengan atractivo. En cualquier caso, todos convienen en que madame Picquet tiene mucha suerte de tener este pretendiente. Uno se encoge un poco de hombros después de esto. Es evidente cómo lo ha logrado.

Ahora veo las cosas con una luz distinta. En un sentido, me alivia haberme enterado. Hay un buen motivo por el cual no he conseguido realizar mis anhelos: ella estaba enamorada de otro durante todo este tiempo. Él venía a visitarla prácticamente cada fin de semana. Así que, en realidad, yo no habría tenido éxito de todos modos. Consuela saberlo. Y un estudiante, bueno, no importa envidiar a un estudiante. Es mucho mejor, pongamos, que un joyero, o el dueño de un bar. Finalmente averiguo su nombre: Gerard.

Estas mañanas de calma. Anne-Marie que cruza la Place du Carrouge. Es una plazuela. Hay una tienda de comestibles, un pequeño café, una pescadería. Camina hacia el trabajo, sus tacones resuenan sobre el suelo como un disparo, lleva todavía adherida una pizca del calor de la cama, la piel todavía caliente y desprevenida, la boca huraña. Dean sigue durmiendo. Su ropa está desperdigada alrededor. Los postigos están cerrados.

Nunca sueña. Es como un músico muerto, como un corredor derrengado. No tiene fuerzas para soñar o, mejor dicho, sus sueños trascurren cuando está despierto y son maravillosos, al menos en un aspecto: puede prolongarlos.

La duración lo es todo. Uno lo sabe instintivamente. Se cierne sobre ellos dos como una sentencia no pronunciada. Recubre su cama. Todo el gozo de Anne-Marie proviene de la esperanza de que solo están comenzando, de que en el horizonte está el matrimonio y el adiós a Autun, mientras que él percibe lo opuesto, como el negativo de los sueños de ella. Para Dean, cada hora es desgarradora porque se acerca al final. No estoy seguro de que sea consciente. ¿Presente realmente su destino? Quizá: y o no sabría decirlo.

Noche del martes. Un bocadillo en el Foy. Dean tiene la garganta irritada, y ella tose un poco. Está cansada. El día ha sido duro, y quiere acostarse temprano.

—Bien —asiente él.

—Pero no sola.

—Yo también estoy cansado.

—No.

—Bueno —dice él—. Ya veremos.

—¡No! —insiste ella.

Recorren el largo y melancólico callejón que arranca de la rue de la Terrasse. En la planta baja hay tiendecitas, arriba, apartamentos. Hay un tejado

de cristal con ropa colgada debajo. A la luz del día se ve el cielo. Es como un *palazzo* en ruinas. Sus zapatos se desgastan sobre las losas. Al fondo se ven los árboles de la *place*.

Dean está helado y se siente débil. Se tumba en la cama cruzado de brazos y trata de calentarse mientras la observa desvestirse. Surge su pequeño ombligo, como un abalorio, y su vientre plano como una platija. Se mira en el espejo, por encima del hombro. A Annie le gusta su propio trasero. No tiene la forma de una gota de aceite, dice ella, de los que se ven continuamente, sino más bien la de *dos pommes*. A Dean le es indiferente.

—No tengo nada —la previene él cuando se desliza a su lado.

—No necesitas.

—¿Seguro?

—*Oui* —dice ella—. *Huit jours avant, huit jours après*.

Él no dice nada. La fórmula es de la madre de Anne-Marie. Él cuenta para sí.

—Son más de ocho días.

—No.

—Sí —dice él.

—No.

Amor mecánico. Amor sin sentido. Ella está seca, y eso lo empeora todo. Después, le dice que sabía exactamente lo que iba a ocurrir. Entonces Dean dice que no se encuentra bien y la escucha, descontento. Luego, dice ella, él sugiere que se vayan a casa, pero no juntos. Por último, él quiere saber si es seguro o no.

—Te conozco perfectamente —dice ella.

—¿Sí?

—Perfectamente. Sí.

Él no contesta. Se reconoce a sí mismo.

—Pobre Phillip, quiero hacerte daño.

—No me haces daño.

—Sí. Quiero herirte.

Él la está mirando en la oscuridad.

—Quiero que te acuerdes —dice ella.

Él no dice nada.

—¿Te figuras que no voy a acordarme?

—*Pardon?*

—¿Crees que no voy a acordarme?

Ella se encoge de hombros.

Hay un interludio. Están tendidos uno junto al otro como dos niños enfermos, agotados. La última luz se ha ido. Poco después, ella se incorpora y se pone las bragas. Luego abre el cerrojo de la puerta. Se la ve claramente a la luz del pasillo.

—Eh —dice Dean—, ¿qué estás haciendo? No puedes ir así.

—No hay nadie —dice ella.

—Ponte algo encima.

Ella se mira un momento.

—Hay gente al lado —dice él.

—No me ve nadie.

Sale tal como está, descalza, con el busto desnudo.

—¡Ven aquí! —susurra él—. ¡Ponte algo!

La oye entrar en el pequeño cubículo maloliente al fondo del pasillo y después, débilmente, la oye toser. Cuando ella vuelve, se quita otra vez las bragas antes de meterse en la cama.

—Tengo frío —dice.

Tiene los pies sucios, piensa él.

—¿Es verdad que las mujeres en Estados Unidos toman algo seguro que dura todo el mes? —pregunta ella.

—Claro.

—No tenemos eso en Francia —dice. Le está acariciando.

—Tienen una serie de recursos.

—Me encanta cuando está blanda y pequeña —dice ella. Le palpa los muslos

—. Me encanta tu cuerpo.

Su mano retoma a la polla, que se está hinchando de sangre.

—*Alló* —dice ella.

A lo lejos están cambiando de vía, ensamblando los trenes. Los vagones se unen con un gran *clac* metálico.

—Creo que la conozco mejor que tú —dice ella.

—¿Sí?

—La he tocado más.

—¿Has pensado alguna vez en ir a América? —pregunta Dean. Le está introduciendo el pene poco a poco.

Silencio.

—Annie...

—Sí.

—¿Lo has pensado?

—Sí —admite ella—. A veces...

Inician un acto olímpico mientras los vagones de mercancías chocan a lo lejos. Ella se abandona completamente. Se mueve y gime como una mujer de cuarenta años que está con su amante por última vez. Después yace desparramada, cruzada sobre él.

—Eres el pan y la sal —le dice él.

—Oh, Phillip —dice ella. Están perdidos en la oscuridad.

—*Oui*...

Ella no prosigue. Por fin, en voz baja:

—Eres bueno conmigo.

Suenan las últimas campanas. Las palomas duermen. Bajo la luz de una luna blanca como la leche, bajo las fachadas despintadas, el Delage está aparcado junto a varios Renault y un viejo Citroën con forma de caja. Sí, piensa Dean, América. Vivirán en un estudio del centro con un jardincito, quizás una terraza, y algunos buenos amigos.

EL pálido atardecer y la estación vacía. En los cafés todavía no han encendido las luces. Dean está sentado a una de las mesas de hierro que hay fuera. Pequeña, casi sola, Anne-Marie baja la calle flanqueada de árboles que viene de la plaza. Dobla la esquina. Casi se oyen sus pasos. Las palomas se apartan de ella precipitadamente, sin saber adónde ir, retroceden, revolotean y por último alzan el vuelo, con un chasquido de alas. Cuando se han ido, la quietud retorna, un silencio de hospital.

Es curioso que yo haya empezado a distinguir dibujos, motivos que por alguna razón no tenían entonces significado para mí. Cuando repaso los muchos fragmentos de este encuentro, cuando los toco, los revuelvo, súbitamente me asaltan instantes iluminados. El encuentro en la estación, por ejemplo. En realidad nunca lo he considerado. Pero luego recuerdo que Dean, después de la primera vez en que abandonó la universidad, pasó seis meses viajando, fue a México en coche y luego a California, la costa legendaria. Y pienso en que el símbolo mismo de su existencia aparece y reaparece continuamente ante mí, emerge en el crepúsculo desde detrás de los árboles, con la luz de sus faros, su figura oscura huyendo en la carretera, ese automóvil grande y espectral que ronda los pueblos, con los neumáticos gastados y el cromo de sus ruedas que ya empieza a tener motas de herrumbre. Viajes y sentimientos de viajes: ahora veo que él siempre se ha mantenido cerca de la vida que fluye, transitoria, que se consume. Y veo distinto el aspecto de Dean. Se ha unido a la fugacidad de las cosas. Ha asimilado por lo menos una de las grandes leyes.

Ella viene por la acera a su encuentro, con una blusa barata y metálica sobre los pantalones. Parece una vagabunda. Dean la adora. Ella dice algo mientras se sienta, una palabra que se desvanece, y él asiente. Y ahora el camarero llega con una blanca chaquetilla manchada.

Un Oldsmobile verde, ocupado por soldados negros, aparece por el Champ de Mars. Llevan gafas de sol. El corazón me da un vuelco. Los veo pasar, muy lentamente, sin hablar, observándolo todo. Tengo de repente la certeza de que van a reconocirme. No consigo mirarles. El amante negro que lleva meses buscándola ha llegado por fin. El coche va a detenerse al otro lado de la calle, enfrente del café, y se apearán tres hombres, que cierran, con indolencia, de un

portazo. El cuarto se queda en el asiento de atrás. Las ideas se me agolpan. ¿Es él? ¿Es él el hombre al que ella será entregada? Dean empuja a alguien. Se inicia una escaramuza entre las sillas.

No ocurre tal cosa, por supuesto. Me lo he inventado todo, la venganza de los negros, sus andares lentos y pausados. En realidad, rodean la plaza despacio, dan vueltas y vueltas. Me tranquilizo y los veo parar cerca del letrero indicador y luego enfilar hacia la carretera a Dijon.

Ha anochecido, y pasean en la fragancia vespertina. Llegan a la calle de Annie. Las luces siguen encendidas en la frutería. Los corsos están bebiendo. Están en camiseta, sentados entre las cajas, medio sepultados, y se pasan una botella de vino. El suelo está cubierto de periódicos. Se les oye reír. Un gato se escapa por la puerta.

—Son muy simpáticos —dice Anne-Marie—. Me cruzo con ellos en la escalera. Siempre me dejan pasar.

Son todos hijos, morenos, y el corto vello rizado asoma por sus camisetas.

—Los encuentro guapos —dice ella.

Abre la puerta de su habitación. La llave hace ruido. Dean está nervioso. Entre la ropa esconde, como un asesino, un tubito de lubricante: le asustaría que alguien lo viese. Aun así, existe, frío como un instrumento quirúrgico. Sus respuestas son vagas.

—Me encanta el olor a fruta —dice ella.

Ha abierto los postigos. El cuarto está más oscuro que la noche anterior. Dean está cerca de ella, por detrás. Está completamente desnuda. Les baña un aire tan fresco como agua.

—¿Lo hueles? —pregunta ella.

—Sí.

Se tumban en la cama. Es como si los minutos estuviesen suspendidos. Él nota que ella está esperando. Tiene miedo de reconocer el momento.

—¿Quieres así? —dice él. Su voz suena inacabada.

Ella lo estaba esperando. Duda.

—*Ne me fais pas mal.*

Observa en silencio mientras él se unta en la polla una capa fina. Las fuerzas parecen haberla abandonado. Se comporta como si la hubiesen condenado. Él baja el cuerpo con cuidado sobre su espalda. Está decidido a ejecutar el acto con la mayor suavidad, pero no sabe exactamente por dónde penetrar. Intenta encontrar el sitio.

—*Plus haut* —susurra ella.

A Dean le tiemblan los brazos. De pronto nota que la carne de ella cede y luego, deliciosamente, que el músculo se cierra alrededor. Procura no presionar contra nada, entrar derecho. Ella respira rápidamente y, cuando él se retira tras la primera embestida, percibe que ella se estremece de placer. A ella le gustan

los movimientos cortos. Se empuja contra él. Se le escapan gemidos. Dean se corre (es como una hemorragia) y después ella le aprieta firmemente. Él siente débiles espasmos anulares. Se queda perfectamente inmóvil hasta que remiten esas convulsiones finales, esos abrazos apaciguadores que le extraen el último semen. Luego sale. Hay una fuerte, decreciente, presión sobre el glande que también desaparece enseguida. Se han separado.

—¿Te ha gustado? —pregunta él.

—*Beaucoup*.

UN festín de amor está comenzando. Todo lo anterior es solo una especie de prólogo. Ahora son amantes. Los primeros y locos escarceos han terminado. Han consolidado su dominio. Sigue una dicha satánica.

Van a Besançon el fin de semana, llenos de júbilo, vibrantes de pura alegría. La carretera primaveral vuela debajo. A ella le gusta hablar de eso. Dime lo que quieres, dice. Quiero complacerte.

—Me gusta cuando a ti te gusta —dice él.

—No —insiste ella—, dime.

Pasean por el parque, sumergidos en una frescura como de paredes viejas. Los bancos están vacíos. Están solos. A esta hora de la tarde ya no da el sol. El cielo, como si reuniera sus últimas fuerzas, es de un azul cortante y pálido, tan claro que asusta. Es como si hubieran cesado todos los sonidos.

Caminan sin hablar, cadera contra cadera. Dean siente una felicidad completa, absoluta. Los envuelve la oscura fragancia de los árboles. Tienen los zapatos polvorientos. La última luz se apaga.

En el comedor se sientan a la mesa uno enfrente del otro. El hotel es espacioso y necesita pequeños arreglos. A Dean le embarga un sentimiento de certeza. Todo le es familiar. Siente como si hubiese estado aquí muchas veces. Es un regreso. Si él le pidiera que subieran después de la sopa, ella, sin dudar un segundo, dejaría la servilleta encima de la mesa. Dean pasea la mirada por su cara. Ella sonríe.

Los dueños del hotel, señala ella, probablemente son *pieds-noirs*, argelinos. Dean mira alrededor. Los dos jóvenes que hay detrás de la mesa del cajero son muy morenos. Quizá *juijs*, añade ella.

—No lo parecen.

—Se les ve —dice ella.

En la habitación parece pensativa. Se desviste lentamente.

—¿Cómo es que no estás casado? —pregunta.

Dean es proteico. Es consciente de sus músculos, sus dientes. La vida parece haberle saturado, y sin embargo se siente bastante tranquilo.

—Espacio —dice ella.

—*Oui*.

La devoción de Dean es absoluta; empieza a intuir la confusión resultante de los primeros miedos de imaginar cómo sería la vida sin ella. Sabe que eso es posible, pero no se imagina la solución, como si se tratara de un problema difícil.

Ahora hay muchos días en que está plenamente dispuesto a aceptar la vida que ella encarna, a abandonar lo demás. Días sencillos, errantes. Su ropa necesita un planchado. Tiene picaduras de pulga en los tobillos.

—No —dice ella—. No son pulgas.

—Oye, yo sé lo que son.

—No hay pulgas en los hoteles franceses —dice ella.

—Por supuesto que no.

Vagan por las calles, se paran a mirar zapaterías. Él la deja seguir andando un trecho sola. Ella se para y se vuelve. Les separa una distancia de seis metros. Luego, poco a poco, él se le acerca. Caminan de la mano. La madre de Annie les ha invitado a almorzar el primero de abril. Dean accede. No se alarma.

—¿Podemos ir? —pregunta ella.

—Pues claro.

—Quiere conocerte.

—Estupendo.

A él le gusta a veces penetrarla mientras ella está hablando. Se queda callada, las palabras brotan como pedazos de papel. Es capaz de silenciarla, de dirigir su respiración. En las grandes y secretas provincias donde ella existe entonces, caen estrellas como confeti, los cielos se tornan blancos. Los veo en la penumbra. Sus rostros muy juntos. La boca de ella es pálida y tierna, los labios sin carmín. Su cuerpo abierto irradia un calor que hay que estar muy cerca para percibir. Hablan de una visita a St. Léger. Ella lo describe. Es muy agradable organizar el día, la hora a la que irán, a quién es probable que se encuentren. Ella habla de sus padres, de la casa, de la vecina que siempre pregunta por ella, de los chicos con los que salía. Uno tiene un Peugeot ahora, no está mal, ¿eh? Otro tiene un Citroën. Su madre le cuenta todos los accidentes: eso es lo que más le preocupa. Dean escucha como si ella estuviese relatando un cuento maravilloso, lleno de inventiva, un cuento que, si se cansa, puede interrumpir con el más sencillo de los gestos.

LA luna es espléndida, el cielo está inundado de luz. Circulan por el canal. St. Léger parece silencioso, y la casa, cuando se acercan, vacía. Anne-Marie se apea de un salto. Ha visto a su gato. Lo recoge y lo transporta en brazos.

La comida se sirve en la cocina. Empieza con una especie de pastel de queso. Observan para ver si a Dean le gusta. Aunque el día es templado, hace mucho frío en la cocina. Piensa que quizá sea por el suelo de azulejos, o por las paredes: no está seguro. Asiente a la conversación, que solo entiende a medias. Tiene la piel amoratada. De pronto comprende que debe de estar enfermado, pero entonces la madre se levanta a coger una bufanda. Cuando vuelve a sentarse comenta que hace un poco de frío. El padre se encoge de hombros. Dean no ha podido intercambiar con él una sola palabra. Son desconocidos. Es Anne-Marie la que habla, sobre todo con su madre, y muy alegremente, como si estuviesen solas. De vez en cuando le pregunta a Dean si entiende. Él le dice que sí. El padre está sentado como un árabe. Tiene una cara enjuta. La nariz larga. Lleva una gorra. Mira a la mesa o por la ventana. En un momento dado, su mujer le da una palmada en la mano. Él parece no advertirlo.

Dean está cada vez más nervioso. Se siente completamente solo. No le agrada mirar al padre, cuyos ojos son claros y acuosos, de un azul culpable. En cuanto a la conversación, le resbala como agua. Ya ni siquiera oye palabras conocidas.

—Phillip, ¿comprendes? —dice ella.

—*Oui* —contesta él, tímidamente.

—*Oui?* —pregunta la madre, mirándole vivamente. Por un instante, teme que vayan a interrogarle.

—*Quelque fois* —dice Anne-Marie—, *il comprend très bien*.

La madre se ríe. Dean baja la cabeza. Siente encima la mirada pausada del padre. Intenta devolverla, decide hacerlo, pero, sin querer, sus ojos parpadean un instante, y eso es suficiente. Se acabó. Sabe que ha sido juzgado. Se desquita pensando en su hija desnuda, imágenes inolvidables como bofetadas.

Procura de nuevo concentrarse en lo que están diciendo, pero hablan demasiado rápido. Apenas entiende una palabra. Todo parece haberle abandonado. Se pone a contar cada bocado con el tenedor, luego los azulejos de

la pared.

Después del almuerzo le enseñan la casa. Es limpia y casi sin muebles. La habitación de Annie está arriba, austera como una celda. No consigue asociar nada de aquello con ella, es más bien como si fuese una escuela en la que ella ha estudiado. Mira por la ventana del cuarto. Abajo, aparcado al sol, hay un descapotable largo, con los asientos de piel auténtica. Toda la ciudad lo ha visto.

El padre se ha quedado en la cocina. Sentado con el periódico en una silla recostada contra la pared, fuma un cigarro grueso de obrero, y apenas inhala. Cuando ellos bajan es como si no les oyera. Sigue leyendo cuando ellos entran.

Dean está deprimido y también enfadado. Ella le dice que no haga caso, que su padrastro es estúpido. No importa, todo ha alargado el día, lo ha entristecido. La mesa está justo al lado de la cocina. Los platos estaban colocados encima, vacíos. La madre ha hecho beber un vaso de leche a su hija. De algún modo, la tarde se ha convertido en una recuperación de Annie, y ella tampoco ha ofrecido resistencia. Ha abandonado a Dean. El pasado la ha reclamado.

—Mi madre necesita un televisor —comenta ella en el trayecto de regreso—. Todos los vecinos tienen uno. Se siente muy sola por la noche. Así estaría distraída.

—Lo supongo —dice él.

—Ahora no tiene nada. Sería muy bonito, ¿no crees?

—Sí —dice Dean.

—También necesita un automóvil. Un Renault. Va a la ciudad en bicicleta, pero es demasiado mayor para eso. Todos los días. Tengo que comprarle un Renault.

—¿Por qué no le compras un Mercedes? —dice Dean, ácidamente.

—Es demasiado grande.

Llegan a un tramo de carretera largo y recto, y acelera. Parece absorto en la velocidad. Van cada vez más deprisa. La aguja llega a indicar ciento sesenta. Anne-Marie no dice nada. Mira hacia el otro lado.

Me reúno con ellos para cenar juntos en un restaurante cerca de la estación. Es fin de semana, hay un poco más de gente que otros días. Pero dista mucho de estar atestado. Tienen un mostrador de zinc, creo que el único que hay en la ciudad. La camarera está apoyada en él, a la espera de recoger platos de la cocina. Dean bebe *vin blanc*. Está muy parlanchín. Escucho su descripción de la vida europea, propiciada por mi silencio. Habla un lenguaje especial, por supuesto, lleno de engaños. Barro del mostrador hebras de tabaco, asiento, sí, estoy de acuerdo. Me está hablando de quesos, arquitectura, la auténtica y profunda inteligencia de esta civilización. De vez en cuando hay breves atisbos de ciudades, de ciertos hotelitos.

Anne-Marie está sentada en silencio, y mientras Dean habla y se emborracha, con la boca mojada, procuro mirarla, aislar elementos de esa

sexualidad asombrosa, pero es como memorizar las reflejos de un diamante. El más mínimo movimiento y surge un brillo totalmente distinto. Es su cara lo que busco, desde luego, sus gestos, su expresión. Me interesa lo visible. Sé muy bien cuál es la fuente de todo su poder, pero intento determinarlo por medio de los detalles más corrientes.

En las fotos que tengo, ella aparece extrañamente grave, el sábado en que fuimos de compras al mercado ambulante. Hay algunas en que está sentada en el coche y otras, también, en que hay un débil indicio de alegría, la que se reserva a los compañeros, a los que somos fieles durante toda la vida. Le gustaba posar. Le di copias, por supuesto. Se puso muy contenta. Dean me dijo que se las envió a su madre.

Son como una pareja que ha reñido. Mientras hablamos, Dean dirige continuamente la mirada hacia la camarera que está hablando, solo unas pocas palabras cada vez con el camarero, y en los intervalos lanza pequeños suspiros de resignación.

—Soy más bonita que ella —dice Anne-Marie.

—¿Más bonita que quién?

—Que ella.

—Por supuesto que sí.

—Tiene muy buena planta vestida —dice Anne-Marie—. Pero ¿cómo es desnuda? Tiene que ser una pasada.

—¿Una qué?

—¿Una pasada? —repite ella—. ¿No está bien dicho?

—Sí, es correcto. Es una palabra nueva en ti.

Ella se encoge de hombros.

—¿Dónde la has aprendido?

Hace un gesto vago.

—Bueno, tienes razón —dice él—, probablemente es una pasada. ¿Tú crees que hace el amor?

Una risa seca.

—Pues claro.

Tengo miedo de girarme. Hasta puede que la camarera entienda lo que estamos diciendo.

—¿Estás segura? —dice Dean.

—¡Dios mío!

—Vale.

—Mírale los ojos —dice Anne-Marie—. Tiene ojeras.

—¿Y?

—Una señal que no falla.

Esto divierte a Dean. Empieza a pasear la mirada por el local.

—¿Qué me dices de aquella chica sentada al lado de la ventana?

—¿Cuál? —pregunta ella.

Nos marchamos temprano, antes de las diez. Caminamos juntos un trecho, y luego, en una esquina, nos separamos. Los sigo sin pensarlo. Sé por dónde irán, delante de qué escaparates van a pararse, por dónde atajarán en el dedalo de callejuelas. Pasan por el escaparate del fotógrafo, que a Dean le encanta, con sus retratos de recién casados y de promociones de licenciados. Hay una cierta intemporalidad en esas fotos, un aroma de 1914, 1939. Son como periódicos viejos. Quizás el comercio lleve abierto desde aquella época. Pero no hay ningún rostro que pudiera ser el de Dean. Examino meticulosamente las filas de fotos, incluso las parcialmente tapadas. Nunca le encontrarán entre ellas. Su cara emana una inteligencia total, casi amarga, que no existe aquí. Cuando miro sus fotos, la que le saqué comiendo una naranja, en el momento en que alza la vista, aquel día de noviembre en que fuimos por primera vez a Beaune, al mirarla veo los ojos de Lorca, los de alguien que es expulsado de la vida y destruido, nunca sabremos por qué motivo. Miro sentado esta foto vivida en su propio instante, sacada antes de la guerra, antes de la revolución. Aquel día paramos debajo del viaducto. Él no conocía a nadie. Venía a pasar aquí no más de una o dos semanas.

PRANGEY. Es un pueblo pobre. Cuando se apartan de la carretera, unas gallinas se desperdigan delante del coche, y luego una hilera de árboles parece indicarles el camino. Cruzan un pequeño puente y prosiguen, debajo de las torres. Una entrada oscura que da a un patio blanco. Al fondo, la enorme casa de campo donde se hospedarán, una cuenta en el collar de piedra ensartado a través de toda Francia, los pilares que soportan su historia. Estos *châteaux* han abierto sus puertas a viajeros. Se han convertido en hoteles. Cualquiera puede alquilar las grandes habitaciones, de elocuente silencio, aposentos que han visto la luz y la oscuridad de siglos. Ahora la gente puede pasearse por ellos en paños menores, tumbarse en las camas como criados ebrios.

La puerta se cierra. Están solos. La habitación es espaciosa y tiene muchos espejos. Anne-Marie inspecciona el cuarto de baño. También es enorme, y al pie de sus ventanas hay un foso lleno de ranas. Se descalza. El alfombrado es azul. Ningún sonido que no sea del campo. Pájaros. El zumbido de la primavera. Pronto entran en acción sobre la cama ancha, habilidosamente, con el sigilo de ladrones. Se sumergen en un sueño suntuoso en el que se han descubierto mutuamente.

No queda calor en el cielo pálido. En este silencio como de banderas plegadas, la conciencia que Dean tiene de las cosas parece extraordinaria. Le mete la polla a Annie lentamente, guiándola con la mano. Se hunde como una barra de hierro en el agua. Ella cierra los ojos. Su voz suelta amarras. Minutos. Susurra la gravilla del patio. Dean se incorpora un poco y alcanza a ver por la ventana entornada. Se oyen voces. Una familia numerosa ha vuelto de un paseo por los jardines y ahora, entre risas, se instala en las mesas, que atiende un camarero de chaquetilla blanca y pantalón negro. Las mujeres piden Perrier. Los hombres toman vino. Están justo debajo; no se ve a los que están más cerca. La conversación, solo un poco disgregada, se eleva como para incluir a Dean. Este se retira un poco para observar, tenso, apoyado en los brazos, sin nada más que la punta de la polla dentro de Annie. Mira hacia abajo, a lo largo de su propio vientre, para afianzarla.

Follan a la luz de los amantes, en mitad de la fiesta. La piel de ella brilla como tela, entreverada con vislumbres de mujeres con vestido de seda congregadas

alrededor de la mesa, niños, un perro amistoso. Discurren las horas del mediodía. El camarero les lleva más hielo. Parece durar horas. Están fundidos en un torrente sanguíneo que produce las mismas sensaciones. Él la está nutriendo, tocándole el corazón. Cuando él se corre, es como si hubiese terminado un maravilloso engaño. Después, ella le besa la polla. Las pelotas. La familia se ha ido. El camarero está solo en el patio de abajo, recogiendo los vasos.

Esa noche bailan en Dijon, en la *boîte* donde vimos a Annie por primera vez. Ha sido idea de ella. Me sorprende un poco. No puedo librarme del presentimiento de que ella preferiría no reencontrar el pasado, pero parece que no le importa. No significa nada para ella. El sudor les brilla en la cara cuando se mueven. Su vestido estaba manchado en la zona de las axilas. Vuelven a medianoche, con la capota bajada. Hace frío. Las carreteras están desiertas. La gran fachada desconchada de la casa está oscura, y aparcan en la grava susurrante. Suben la escalera, con las piernas cansadas.

Dean se mira en el espejo mientras ella se desnuda. Está desnudo. Se mira de cuerpo entero, con los brazos en jarras. Se ve como una persona diferente. Le complace su delgadez, su pelo, que ha crecido demasiado, el reflejo triunfante de sí mismo. Es consciente de que ella se mueve a su espalda, pero lo que le interesa es su propia desnudez, excitante gracias a la presencia de Annie. La cosa consiste en que se descubre a sí mismo en presencia de ella. Es el reflejo con el que tienen que medirse todos los demás. Está satisfecho de sí mismo. Su polla le parece ferozmente grande.

—¿Cómo hacemos el amor esta noche? —pregunta ella.

Aguarda. Es capaz de convocar a todo el campo negro que les circunda, los silencios en que reposa cada objeto, cada forma. Las hojas invisibles que llenan la noche se rozan levemente. Las hierbas están inmóviles. Si uno escucha atentamente: el hilo de agua al pie de las ventanas baja por una cara de piedra y cae en el verdín. El croar de una rana. La tenue acidez del sudor se seca en ellos, y también otra humedad, clara, se endurece mientras yacen en el corazón de todo esto, en una habitación de techo alto, con las cortinas corridas contra la luz de la mañana. Después estaban demasiado cansados para levantarse. Duermen sin moverse, con la manta por encima para protegerse del frío del alba.

VESTIGIOS del amor, el título de una página de su cuaderno. Muchas notas carecen de sentido. Están cifradas, por supuesto. Todos los que escriben un diario inventan un código. « Cuando muera —escribe— me gustaría que fuera en una ciudad como Nancy.»

Debajo de « Ideas » ha escrito: 1. Cuándo marcharse, 2. Comida a comida. 3. Tres cosas inmortales: virtud, palabras, hechos.

Y hay una larga lista de ciudades, algunas con una estrella (Bourges, Montargis). Después de Malène está escrito: « largo verano ». Nombres de muchos quesos.

Vestigios del amor. Sus frases aparecen espontáneamente entre las mías. Claro que me perco de ello, pero hay que saber cuándo apropiarse de algo. Él no las necesita, y para mí son esenciales. Las paredes (me refiero a los cimientos) se derrumbarían literalmente sin ellas. Estructuras enteras pueden desaparecer a falta de ellas.

Pensaron en muchas ciudades veraniegas. Eze y La Baule. Le Zoute. Arcachon. Finalmente optaron por viajar al Loira. Una tarde calurosa. No ha oscurecido todavía. Yacen en la frescura de su habitación como peces en las sombras de una orilla. Dean despliega el mapa. Están cerrados los postigos. Unos obreros arreglan fuera los canalones para la lluvia. El sonido de sus herramientas, sus voces ocasionales cerca, es alarmante, como si de repente fueran a abrir la habitación como una lata y descubrir a sus ocupantes. Dean está totalmente vestido, pero ella está casi desnuda. Su piel parece barnizada. Los pezones pálidos tienen un aire delicado como de *fraises des bois*.

Sí, el Loira. Hablan en susurros. Él alisa una arruga en el mapa. Los grandes *châteaux* se yerguen azules como cumbres a lo largo del río silencioso. Irán en mayo, a finales de mes. Chambord se alza en su bosque. Chenonceaux es un puente de habitaciones bañadas por el sol. Desde los balcones de hierro de Amboise hay trescientos metros de altura sobre la ciudad, balcones de los que fueron colgados los protestantes. Viajarán a Angers y luego seguirán hacia el mar.

—Creo que me quiere —dice Anne-Marie a su madre.

Están solas en la cocina. La madre no está segura. Quizá sí. Quizá no.

—Sí —insiste su hija.

—Quizá.

A Anne-Marie le resulta irritante. Es tan orgullosa. Para la madre es inquietante. Uno no debe creer demasiado en una vida que puede desvanecerse con facilidad. Hay muchas cosas que temer, cosas que su hija puede que le confiese si ella tiene paciencia, si es lo bastante prudente para no preguntar.

—Bueno, es posible que te quiera...

—Oui —porfía Anne-Marie.

—Pero... ¿habrá alguna razón para que quiera casarse contigo?

Anne-Marie se encoge de hombros.

—Hay razones —dice finalmente, sin convicción.

—No trabaja...

—Bueno... su padre es rico.

—No es lo mismo.

—Pues no es lo mismo —dice Anne-Marie, impaciente.

Su madre extiende el brazo para tocarle la mano, pero ella se ha levantado y se está mirando en el espejo. Ahí encuentra todo lo que necesita. Gira la cara un poco hacia un lado, luego hacia el otro. El mar surgirá ante ellos, bañado por el sol. Caminarán por las rocas. Los pájaros blancos alzan el vuelo, perezosamente, cuando ellos se acercan. Todos los hoteles de la costa les hacen señas, con sus fachadas de color blanco, ciruela, ostra, azul paloma.

Chambord, construido por Francisco I, un gran rey, barbudo, de ojos pequeños como un jabalí. Amaba la caza. Fue al castillo con su amante y deambuló de aquí para allá por las habitaciones, iluminadas por fuego de chimenea, con su pelo largo, su barba oscura y tupida... Dean traza un círculo alrededor del nombre. Los obreros se han ido. El cielo tiene un postrero azul claro. El aire está en calma. Es la hora de la cena. Las mesas están puestas. Los camareros de los restaurantes, de pie, silenciosos, están apostados cerca de la barra. Los monumentos, los edificios, desaparecen. No falta mucho para que despunte la primera, la solitaria estrella.

Bajan al atardecer. Las callejas están oscureciendo ahora. En los portales aparecen ancianas con sus vestidos negros, informes. Los gatos caminan pegados a la pared, se detienen y luego huyen corriendo cuando Dean cierra la puerta del coche. Todo el zumbido del motor. Atravesan un crepúsculo tan quieto y tan enorme como una noche en el mar. Los pueblos guardan silencio. Los edificios están anclados como barcos.

En un café, ella se encuentra por casualidad con un chico que la conocía. Está asombrado. Has cambiado de arriba abajo, le dice. Ella sonríe. Después, Dean pregunta:

—¿Quién era ese?

El hermano de una chica que conocía. Dean mira hacia la puerta como si el

chico fuese a volver. Le fastidia.

La noche es cálida. El lugar le recuerda a Annie un sitio al que fue a bailar durante todo aquel verano. Tienen que ir algún día, dice ella. Había dos camareros que se sentían atraídos por ella. Uno era italiano. El otro era muy joven y le enviaba flores, pero era tímido. Nunca salió con él. Ni siquiera pensó nunca en él hasta ahora, hasta esta noche, por azar. Era el italiano con el que pasó aquellas horas ruidosas, el que la poseyó por primera vez. Pero qué bien conozco al camarero joven. Ahorra dinero. Viste con esmero. Recorre apaciblemente la ciudad, con los ojos bajos. A veces, de noche, se mezcla entre el gentío. La ve sonreír y el corazón se le encoge. Entre los que bailan girando bajo las luces anaranjadas, sus ojos la localizan al instante. Conoce sus pantorrillas, la forma de su cuerpo mejor que el amante de Annie, y esos zapatos de tacón alto, de tiras estrechas, cuando pisan el suelo le desgarran sus sueños.

El teatro está medio vacío. Es un edificio blanco, frío como una fábrica de carne. Dentro, el techo es azul y de las paredes cuelga una tela plisada, como una falda. El suelo está inclinado. Todo el mundo se sienta al fondo, mirando los anuncios en el telón que cubre la pantalla. De repente, un hombre que ha recorrido el pasillo sube al escenario. Lleva una barbita como la de Lincoln. Su voz es clara y alarmante.

—Señoras y señores —comienza—. Es un gran placer presentarles esta noche a una de las mujeres más extraordinarias de Europa. Es capaz, y se lo aseguro sin ningún tipo de duda, de leer la mente de cualquiera en esta sala, de describirles sin verles, de responder a preguntas que ella no oye, de revelar anhelos secretos. No se asusten. No hay nada embarazoso ni nada innecesario. Es la demostración de un poder mental único, de una comunicación que conocen los hindúes, los pueblos de Oriente. Les presento a: ¡Yolande!

La llama. Ella sube al escenario y se coloca a su lado; lleva un sombrero español negro, un vestido dorado y el pelo peinado con pequeños tirabuzones. Hace una reverencia. El público está demasiado atónito para aplaudir, se mantiene cauto. Ella se vuelve hacia la pantalla. Su compañero se dirige hasta la primera fila de espectadores. Empieza a hacerle preguntas que ella responde de espaldas al público.

—Esta persona...

—Monsieur...

—¿Es un hombre o una mujer?

—Un hombre.

—¿De qué color tiene el pelo?

—Castaño.

—Su traje...

—Gris.

—Zapatos.

—Negros.

—*Voilà!* —dice él.

Se dirige a otra fila.

—Estos tres primeros... —Se inclina y les susurra algo. Juntan las cabezas. El asiente, asiente, luego se endereza de nuevo—. ¿Puede decirme sus nombres?

La voz de la mujer es curiosamente mecánica. Es como si estuviese leyendo una lista.

—Robert. Gilbert. Jean-Paul.

—Sus profesiones, por favor. Por orden.

—Maestro. Empleado. Mecánico.

—¿Es correcto? —les pregunta el hombre.

Ellos asienten. Él coge de la muñeca a un hombre que está detrás de ellos. La levanta.

—¿Y esto...?

—Un reloj.

—¿Qué marca?

—Intra.

—¿Es correcto? —le pregunta al espectador. Sí. Este asiente—. Y ahora, por favor, Yolande, la hora exacta...

—Las nueve y once minutos.

—¿Los segundos?

—Treinta y cinco.

El presentador deja que el hombre mire su reloj.

—*Voilà!* —exclama.

Algunos aplauden. No es más que el principio. Yolande lee el número de serie de billetes de banco, identifica objetos que algunas personas tienen en las manos, detecta botones que faltan, recita fechas de nacimiento, horas. El diálogo es agudo y rápido.

—Este caballero...

—*Monsieur...* —exclama ella.

—Tiene en la mano...

—Un billete.

—¿Sí?

—Un billete de tren.

—¿Adónde?

—¡A Châlons!

—*Voilà!*

El público cuchichea. El hombre regresa al escenario, con los brazos extendidos en actitud de triunfo y los dedos curvados. Ahora Yolande se gira. Está preparada, anuncia, para responder a cualquier pregunta, individualmente y en privado.

—A sus preguntas más secretas —dice, mientras serenamente se ata un cinturón de cuero al que está prendido un monedero. Por dos francos responderá personalmente. Empieza a circular, preguntando solo el nombre de pila antes de elegir, a gran velocidad, un sobre del cesto que lleva en la mano. Su socio la precede, alentando a la gente a concentrarse en la pregunta que quieren que les conteste.

—¿Puedo hacerle una? —dice Anne-Marie.

—Adelante.

Dean saca unas monedas. Annie levanta la mano. Yolande la ve inmediatamente.

—Mademoiselle...

—*Oui*.

—Nombre de pila.

—Anne-Marie.

—Nacida —dice Yolande, extendiendo el brazo para pedir que aguarde un momento—, nacida... en el mes de octubre. ¿Correcto?

Anne-Marie sonríe aturdida. Asiente.

—*Voilà!* —exclama el hombre. Sigue avanzando— ¿Quién más? Levanten la mano, por favor.

El sobre es azul claro, sin sellar. Dentro hay una sola hoja de papel, numerada con un 7. En la esquina superior, una constelación. En la parte de abajo, una estrella roja. Algunas de las frases están subrayadas en rojo. Ella empieza a leerlas rápidamente.

—Déjame ver —dice Dean.

No es la respuesta a ninguna pregunta. La letra simula ser manuscrita.

« Tu carácter —dice el texto— te predispone a soñar. Eres capaz de hondos sentimientos...» Dean no acierta a leer algunas palabras. « ... De momento no tienes mucha suerte, pero no desesperes. Pronto te será revelado tu destino. ¡Ánimo! ¡Ten fe!» Su perfume es el lirio. Su día de suerte el lunes. Dean se equivocaba; al final de todo hay una respuesta a la pregunta de Annie: « Tu deseo se cumplirá si abres tu corazón» .

—¿Es verdad? —pregunta Dean.

—No —dice ella—. Eso es lo que pone.

—Déjame leerlo otra vez —dice él—. A lo mejor te ha dado mi sobre.

—Pero ¿cómo sabía el mes en que he nacido? —dice Anne-Marie.

—Ha olido tu perfume. Lirio.

—¿Qué quieres decir?

Vuelven a medianoche. No es frecuente que regresen tan tarde. Sus veladas suelen ser sencillas. Cenar en algún sitio. Un paseo del que regresan después de anochecer. Los árboles, encima de ellos, guardan un denso silencio. En los cuartos más baratos suena débilmente música europea de emisoras de radio. La

portátil de Annie está en el suelo. Tiene la esfera encendida. Brilla misteriosamente. Habla radio Luxemburgo. Ginebra. Las orquestas del mundo tocan suavemente. El músculo del trasero de Annie está tirante. Parece, al tacto, una cuerda enrollada en un eje. Él empuja lentamente y luego, por fin, se hunde, como un fondo que cede. Anne-Marie gime, con la cabeza oculta en los brazos. Cuando Dean ya había muerto pensé a menudo en estos momentos, en este en particular. Tal vez sea el gemido, la cara de Annie apretada contra la sábana. Él la nota tensa a su alrededor, como un dogal. Cierra las piernas y se tumba satisfecho, mirando por la ventana, sintiendo los tiernos espasmos.

—*Es-tu contente?* —pregunta, al cabo de un rato.

La voz de ella, su presencia misma, parece emanar de lejos. Responde en voz baja.

—Oui.

—¿NO te cansas de pasar allí meses seguidos? —dice Cristina—. ¡Dios!

No sé qué decir. Todos me miran. No estoy nada seguro. No se trata de estar o no cansado. No se puede comparar.

—¿Qué demonios haces allí? —pregunta Alix.

—Bueno, trabajo un poco. —Una pausa—. Leo mucho... Ya sé que suena raro.

—Debe de ser fascinante —dice ella—. Lo que estás leyendo.

Se ríen.

—¿Qué hace, de verdad? —pregunta ella—. Es todo tan secreto. Debe de ser algo maravilloso.

No sé si habla en serio o no. La han invitado a cenar por mí. Pero no sé muy bien cómo tratarla. Lleva un hermoso traje de seda azul, y parece completamente natural en mi presencia. Al principio, de hecho, no me ha prestado atención; pero que me la preste es peor. Billy me pregunta si quiero otra copa.

—¿Cuánto tiempo te quedas? —pregunta Alix.

—Unos cuantos días. ¿En Francia, quieres decir? ¿En total?

—Sí, en Francia.

—No lo sé —le digo—. Me he quedado ya a más tiempo del que pensaba.

—Hum... —dice ella—. Entonces te gusta.

No puedo responder a eso. Asiento, finalmente. Digo:

—Sí.

Ella se dirige a Cristina.

—Es bastante simpático —dice, y después se pone a hablar con ellos y me abandona.

Cuando vamos a cenar, nerviosamente trato de jugar a este juego con ella. Su compañía es excitante, pero siempre tengo un poco de miedo de lo que va a decir a continuación, y ese temor me paraliza. Es tan alta como yo y tiene una tez muy bella, nada pálida. No sé la edad que tiene. Veintiséis, quizá. No me atrevo a preguntar. Cuando Billy y yo bajamos a coger el coche, me dice que ha estado casada. Saberlo, por alguna razón, me tranquiliza.

—Estuvo casada con Teddy Leighter —dice él.

—¿Quién?

—Teddy Leighter. ¿No le conoces?

—No estoy seguro. ¿Quién es?

—Oh, le conoces —dice Billy.

—¿Sí?

—Seguro —dice él—. Jugaba al hockey.

Luego dice algo que no consigo oír. Pero hemos llegado al garaje.

Cenamos en el Calvados, en un comedor lleno de velas. Advierto que Alix lee el menú con cuidado, incluso con interés, pero prácticamente se olvida de la comida cuando la tiene delante. En mitad de la cena me dice que quiere agua mineral Evian. Sigue hablando con Cristina mientras yo trato de buscar a un camarero. Está empezando una noche, una larga noche en la que me siento cautivo. Terminará con una búsqueda resuelta de la negra que vimos la última vez en el club cerca de Champs. Billy decide que Alix y yo tenemos que verla.

—Ya la he visto.

—Pero Alix no —dice él.

Billy parece un torero, dice Alix. Está celosa de él. Será siempre guapo. Le mira muy directamente, con la barbilla apoyada en la mano. No, dice él, y pide más vino. Incluso se mueve como un torero, dice ella. Cristina parece creer que es divertido.

No hay manera de encontrar a la negra. Mientras, vamos de un sitio a otro, el olor fresco de los árboles llena París. No la encontramos, pero al final hay otra con un vestido hecho con flores. La sala está concurrida. Alix baila muy pegada a mí.

—¿De verdad has pasado allí todo el invierno? —dice.

—Sí. ¿Por qué?

—Por nada. He estado pensando en eso.

—Me estás incomodando —digo—. No es un tema tan interesante.

—Pero a ti te gusta.

—Sí.

—Debes de haberte enamorado —dice.

—No.

Hay, quizás, una ligera pausa.

—Aaah —dice ella—. Eso es. Tienes una chica.

Me sonrío por primera vez. Al fin nos hemos encontrado.

—Es eso, ¿no? —dice ella.

—No.

—Oh, estás mintiendo.

—No miento.

—Tienes una francesita.

—Para mi vergüenza, no.

—Pueden ser encantadoras —dice.

—No lo dudo.

Al volver a la mesa les dice que he confesado. Tiene un ligue apasionado, dice.

—¿No es aquella mujer que vive enfrente? —dice Cristina.

—¿Madame Picquet?

—¿Es ella? —dice Billy, alegremente.

—No, no. Se va a casar.

—Creí que estaba casada —dice Cristina.

—Está divorciada.

—La puta de la ciudad —explica Cristina.

—¿Con quién se casa? —pregunta Billy.

—Oh, con un estudiante. No lo sé. No lo he visto nunca.

—¿Y qué me dices de ti? —pregunta él.

—Nada. Alix se lo ha inventado todo.

—Anda ya.

—No. En serio.

Me siento como un idiota.

Alix está sonriendo. El espectáculo comienza de nuevo.

—Esta cantante no me gusta tanto como la otra —dice Cristina.

Cuando salimos por fin, el cielo está todavía oscuro, pero ha perdido su autoridad. La noche ha pasado. Volvemos a casa de Billy y Cristina. Billy enciende todas las luces. Se empeña en preparar el desayuno. Anda por la cocina con una sartén enorme en la mano. Casca doce huevos dentro.

—¿Quieres hacer unas tostadas? —dice.

Ni siquiera tengo hambre. Me da un plato con un gran cuadrado de mantequilla recién sacada de la nevera. Está demasiado dura. Cuando trato de untarla, rompo la tostada. Billy vierte leche sobre los huevos y luego salsa Worcestershire.

—¿Cómo te gustan? —me pregunta—. ¿Poco hechos?

—Me da igual.

Mira el color.

—Necesitan más leche —dice.

Las mujeres están sentadas en el sofá del salón, largo y suntuosamente amueblado. Casi es de día afuera. El resplandor blanco en la habitación y las ventanas hace que parezca el final de una larga crisis. Mueven las manos. Oigo las palmas contra las muñecas. Me siento a su lado.

—¿Qué estáis haciendo?

—Echar a cara o cruz —dice Cristina.

Comparan las monedas. Prestan al juego una atención solemne, irreal.

—Las tiramos por ti —dice. Una pausa—. Gano por una.

Ninguna de las dos me mira. Las comparan otra vez y mantienen cerca las muñecas. Cristina suelta una risa nerviosa.

—¿Quién ha ganado?—pregunto.

No responden.

—Tres de cinco —dice de repente Alix.

—Vale.

Las monedas brillan en el aire. A Cristina se le cae la suya. No parece correcto que yo la ayude a encontrarla. Busca por la oscura alfombra oriental sobre la cual ha desaparecido.

—Está al lado de la mesita —dice Alix.

—¿Dónde?

—Justo dentro de la pata.

Cristina se ha puesto a gatas.

—Ha salido cara —dice.

Billy entra para anunciar que ya está todo preparado.

—¿Qué se te ha caído?—dice.

—¿Eh?

—¿Dónde estabas?—le pregunta Alix.

Estamos sentados en el comedor a las cinco de la mañana de París. Hay un gigantesco aparador de caoba contra la pared. Espejos que reflejan el alba. La mesa tiene cabida para doce comensales. Billy trae la bandeja rebosante de huevos que huelen alarmantemente fuerte.

—¿Qué es esto?—dice Alix, sirviéndose una porción pequeña—. ¿Huevos?

Billy ocupa una cabecera de la mesa. Mira a Alix fijamente. Se pone serio cuando bebe. Cristina se echa a reír. No puede parar. Se ríe mientras trata de servirse, y contagia a Alix la risa. Se ríen como locas; lloran de risa, imparables. De la cuchara de servir han caído huevos sobre la mesa, y Cristina intenta recogerlos. Para entonces ya ni siquiera puede controlar la mano. No puede mirar a Alix. Poco a poco se van quedando calladas, pero el menor sonido emitido por una de las dos desata de nuevo la hilaridad.

—¿Qué es tan gracioso?—dice Billy. Ni siquiera ha sonreído.

—Nada —la última sílaba explota. Se ríen tanto que les duele.

—¿No vas a comer huevos?—dice él, finalmente.

—¿Qué?

Cristina forma la palabra cautelosamente.

—He dicho que si no vas a comer huevos.

Ella mueve la cabeza lentamente, no y, a continuación, sí.

—Son muy interesantes —dice.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Nunca he probado huevos como estos —dice ella. Trata de recobrar la seriedad. Alix se está riendo.

—¿Lo son? —dice él.

—¿Los has hecho tú, querido?

—Eres muy graciosa —dice él.

Ella se levanta y empieza a abrir cajones del aparador en busca de servilletas. Billy me tiende la bandeja. Los huevos son muy oscuros, casi marrones. Parecen cuajados.

—No creo que estén malos —dice él.

Detrás de él, Cristina ejecuta de pronto un gesto obsceno, con una mano en la curva de su brazo blanco. Es tan intencionado que no puedo creerlo. Billy está encorvado sobre el plato.

—Tú sigue así —la amonesta.

—¿Cómo dices, cariño? —dice ella.

—Que no me provoques —dice él.

Cuando ella vuelve a la mesa empieza a cantar. En cierto modo me asusta. Estoy derrengado. No me sale la sonrisa.

—¿Ni siquiera vas a probarlos? —dice él.

—Desde luego —dice ella—. Me encantan.

—No están nada malos —dice él, contundente. Come metódicamente, observándola. Toma un sorbo de café.

Pruebo los huevos. Saben a sal. Cristina rodea la mesa tarareando mientras entrega una servilleta a cada uno.

—¿Alix? —dice, dulcemente—. ¿Más huevos?

—Siéntate, ¿quieres, Cristina? —dice él—. ¿No vas a comer?

—Eres guapísimo —dice ella—. Te quiero.

—Tú sigue así.

—Me encantan los huevos. ¿Quieres más? —me pregunta.

Todo se queda en la mesa, los platos con sus raciones intactas, las tazas de café, la tostada. Los sirvientes se ocuparán de ello cuando se levanten.

Llevo a Alix en taxi a su casa, a la brillante luz de la mañana. No vive muy lejos. El alba parece fresca y pura cuando cruzamos la acera. Ella tiene mucho sueño. Me despide con un par de palabras y una sonrisa cansada. La puerta se cierra. El cerrojo suena como una vida bien organizada.

Regreso andando. En las calles reina un silencio absoluto, no se mueven coches ni personas. En el cielo pálido no hay pájaros. Es como entrar en el pasado. Nada ha cambiado. Nada hace ruido. En la esquina, en la ventana de un café al que ellos suelen ir, hay un gato durmiendo, un gato enorme, suave como un sueño. Hago un alto allí, despierto ante la ciudad. Pienso en rodear andando el río, pero mi cuerpo entero es como madera seca. Recorro la calle donde viven, una calle ancha, azul y desierta, de aceras vacías, hasta donde me alcanza la vista.

SIGUEN en la cama, con las ventanas abiertas a la frescura matutina. Annie no lleva maquillaje, la piel no le brilla. Tiene un aspecto vulgar por la mañana, joven, sin recursos. Y, cuando les miro, despiertan al instante, como actores, como el gato del café, que al abrir los ojos me sorprendió mirándole a través del liso cristal. A ella le huele mal el aliento. Mis imágenes se repiten: no puedo remediarlo. Estoy demasiado cansado para dormir. Se me amontonan. Vuelven una y otra vez, no logro liberarme. Además, no hay sitio adonde ir, me seguirían hasta en sueños.

—*Bonjour* —dice ella. Le besa la polla tiesa—. Nunca sonrío —agrega, mirándola atentamente.

—A veces —murmura Dean. Nota calor en la boca de Annie. Busco oscuridad, vacío, pero ellos son muy luminosos, tienen detrás el cielo blanco, sus cuerpos están abiertos y frescos. Son demasiado inocentes. Son como hijos míos, e ilustran un afecto que tiene poca razón de ser, que de hecho no existe, salvo en que ella (en el mismísimo fondo reside su única distinción auténtica) sabe cómo hacer que las cosas se hagan realidad. Su boca, al moverse, traza recorridos largos, dulces. Dean nota que empieza a caerse, a romperse, y yo soy como el saxofonista de una orquesta que desfila, enamorado de una reina del cine. Con mirada tierna, extraviado, desfilo pésimamente, de un lado para otro, en el descanso. Mis pensamientos están alborotados. Los bastones se agitan en el aire. El estadio está a rebosar. Desfilo, giro, llevo el compás mientras ella rodea lentamente el campo en un descapotable nuevo. Soy un empleado de la agencia de Bolsa de su padre. Soy el joven camarero que le manda flores. Soy el extranjero que responde al teléfono preguntándose quién puede ser, y es la policía. Al principio no comprendo. Tienen que repetirlo varias veces. Hay un instante en que mi corazón se petrifica: un accidente. Un automóvil...

Hay una cuesta en la carretera de Sens y entonces, de pronto, en el descenso, unos cien metros más adelante, las marcas del patinazo, negras como alquitrán. La carretera traza una curva. Hay cristales rotos, motos, gente alrededor del siniestro. Se ve la fea panza de un coche, vuelta hacia el cielo. Las ruedas no se mueven. Un *gendarme* con guantes blancos de cuero indica a los conductores que circulen. La gente se inclina para mirar debajo. Nadie se apresura. Los

movimientos de la gente son pausados. Tan solo corren por la hierba unos cuantos niños.

—Es un Citroën —dice Dean. Hay una moto aplastada debajo. Pasan despacio. Ahora ven los pies de alguien tendido cerca de los árboles. En el pavimento hay oscuros regueros de sangre.

—Siempre hay accidentes —dice él—. No lo entiendo.

—Son coches muy rápidos —le dice ella.

—¿Los Citroën? No tanto.

—Oh, sí.

—¿Cómo lo sabes? No sabes conducir.

—Siempre nos adelantan —dice ella.

Conozco bien esta carretera. Lleva a Les Settons, el lago donde ellos van a nadar. Anne-Marie está de pie en el agua poco profunda. Lleva pendientes y un collar. Dobla las rodillas para sumergirse y luego nada como un gato, con el cuello rígido, la cabeza erguida. Un momento después se pone otra vez de pie.

—Tienes que enseñarme —le dice a Dean.

Él intenta enseñarle a flotar como un muerto. Respira por la boca, le dice. No. A ella no le gusta mojarse el pelo.

—Tienes que mojártelo.

—¿Por qué?

—Vamos —le dice él—. Si no, no puedes aprender.

Ella se encoge de hombros. Lanza un leve resoplido de desprecio: no le importa. Dean espera, con el agua hasta la cintura. Ella no se mueve. Huraña como un joven ladrón.

—Quitate los pendientes —dice él, en voz baja.

Ella se los quita.

—Ahora haz lo que te diga. No tengas miedo. Mete la cara en el agua.

Ella no se mueve.

—¿Quieres aprender o no?

—No —dice ella.

Se visten detrás del coche. No hay nadie alrededor. Cerca de la orilla, unos juncos rompen la superficie del agua. Los asientos de cuero están calientes, y cuando Dean arranca el motor unos pajarillos salen de la hierba ribereña y sobrevuelan el lago.

Comen en Montsauche en un pequeño *auberge*. Domingo. Reina la quietud. Dean mira a la calle desde su silla. La comida es silenciosa. Después no hay nada que hacer. Se siente como al cuidado de un niño. Piensa en otras cosas. El día se hace largo. Dean corona el repecho y enfilan hacia Nevers, con el viento de cara y el sol a su espalda. Empieza a entrarle sueño. Salen de la carretera.

Se tumban al pie de los árboles. Pinos. Es un lugar muy apacible. Las piñas secas chasquean en la brisa. La sombra de las ramas les raya la cara. Dean

cierra los ojos. Está casi dormido.

—Phillip —oye que ella le dice.

—Sí.

—Alguna vez me gustaría hacer el amor en los bosques.

—¿Nunca lo has hecho?

—No.

—Qué extraño —dice él.

—¿Tú sí?

—Sí —miente él.

—Yo nunca. ¿Es bonito?

—Sí —dice él. Es lo último que recuerda.

Cuando despierta, siente frío. Se incorpora y se frota los antebrazos. La hierba le ha dejado grietas en la piel. Tiene pegadas algunas briznas secas.

Caminan sin rumbo, Anne-Marie se cepilla un poco por detrás la falda, llegan a un arroyo. Hay un pequeño puente de hierro. Se detienen en medio del puente. Debajo, el agua se mueve lentamente. En algunos lugares, claro como un reflejo, se ve el fondo. Hay peces en las sombras, completamente inmóviles. El agua fluye a su alrededor.

—¿Los ves? —dice ella.

Dean está arrojando pedazos de ramitas. Caen suavemente sobre la superficie, se las lleva la corriente.

—Podemos pescarlos —dice ella.

Las ramitas son livianas. Parecen caer flotando de los dedos de Dean.

—¿Te gusta pescar? —dice ella.

—No.

—¿No?

—Es muy cruel —dice él.

—No sienten nada.

—¿Cómo lo sabes?

—Oh —dice ella—, no sufren.

Los peces flotan siguiendo la corriente. Unos cuantos surcan los bajíos donde el agua es clara, llegan a un meandro profundo, se desvanecen.

—¿Por qué pescarlos? —dice Dean—. Son felices.

—Hasta que se los come un *brochet* —dice ella.

—Bueno, es lo que a mí me gustaría ser —dice él—. Un *brochet*. Vivir en el río.

—Te pescarían.

No. Dean mueve la cabeza.

—Sí. Alguien.

—A mí no —dice él—. No. Sería un *brochet* muy listo.

—Muy bien —dice ella—. Y yo seré tu *brochette*.

El agua se mueve muy despacio. Dean tira una pidrecita. La superficie ondea. Yo seré tu *brochette*. Llevan realmente una vida apacible, doméstica. De pronto él lo capta. La palabra de Annie le traspasa como un alambre. Ella sonríe. Recobra su hermosura. Es siempre misterioso el modo en que ella cambia. Esa noche, en la Étoile d'Or, apenas puede apartar la vista de ella. Se ha arreglado el pelo y maquillado la cara. Unta de mantequilla, para él, un pedazo de pan.

—*Ça va?* —dice ella.

Dean le pellizca un dedo. El estro de la noche cae sobre ellos como una capucha. Dean nota que desciende, que le cambia la piel.

Suben las escaleras. Ella delante, como siempre. Él ve el brillo de sus pantorrillas, que se distancian, se elevan sobre los escalones estrechos. Ella abre con su llave. La polla de Dean empieza a removerse y, cuando más tarde dobla la almohada y ella se alza sobre los codos, tiene ya la mente deshilvanada y errática, como si no pudiera controlarse. Piensa en cómo sería la vida sin ella. No puede reprimir la idea. Lo mismo que la tos de un enfermo, le asusta una debilidad, un defecto invisible, y abraza a Anne-Marie con una súbita y muda intensidad. Tiene debajo la espalda de ella, cuyo mismo nombre, *dos*, es hermoso, la espalda que ella nunca ve, la tersa, inteligente espalda que, como una mesa, él ha contemplado durante tantísimas horas. Retrocede en la oscuridad para admirarla. Parece haber convergido cada minuto del día. Quiere lentificarlos, que dure para siempre este dulce epílogo.

UN chaparrón estival cae sobre Francia, azota los árboles, imprime al follaje un sonido como de hojalata. El agua oscurece las paredes. Corre por los canalones, las calles están desiertas. Empezó al anochecer. Son las nueve y no escampa.

Están en Dole. Miran por la ventana de un café anodino donde llevan sentados una hora o más. Al otro lado de la calle hay un parque vacío, no muy grande. En él están instalando un extraño artilugio. Un cable alto. Han clavado en el suelo dos grandes postes. Unos hombres siguen trabajando bajo la lluvia, probando las luces. De vez en cuando surgen, iluminadas por los focos azules, las fachadas de enfrente, pero el cable tendido en la oscuridad elevada es invisible. Sobre los tejados, como flores, estallan sin ruido fuegos de artificios.

Es la *fête* local. De no haberlo impedido la lluvia hubiera habido un gentío. Ahora solo hay unas pocas familias acurrucadas bajo los toldos. Hay personas sentadas dentro de sus coches. Las luces vuelven a apagarse. La plaza se queda a oscuras.

El café no está vacío. Tres hombres ocupan una mesa, y también, esperando en la barra, está el acróbata, cuyas piernas blancas asoman por debajo de la gabardina que lleva puesta. Su rostro es duro. Lleva aquí un rato largo. Un poco después, el *patrón* le invita a beber algo. *Merci*. Ya ha vaciado el vaso. El hombre, en la treintena, con la gabardina echada sobre los hombros, está completamente solo. Anne-Marie comienza a describirle, en la voz queda con que se cuenta un secreto. El hombre viene de la ciudad, de un barrio pobre de París que ella conoce bien. Tiene una hija, explica, una niña que viaja con él, la madre los ha abandonado. Viajan juntos por toda Francia, ellos dos solos. Se alojan en los hoteles más baratos. La niña no tiene amigas, solo tiene a su padre, y una muñeca como único juguete. Siempre está callada. No habla nunca. Dean no reconoce esta famosa historia. Echa una ojeada al rostro cansado del acróbata; la niña está durmiendo arriba. Para Dean, todo ello es una realidad amarga, una ficción para la que ya existía un hueco en su corazón.

Fuera han terminado los preparativos. Entran en el café para anunciarlo. El acróbata muestra un desinterés extraño, y ellos tampoco se quedan a hacerle compañía. Da la impresión de que hay alguien más, un empresario, alguien en la

sombra a quien todos obedecen.

El acróbata ha aceptado otra bebida. Dean observa con cautela, asustado por lo que ve. Le asaltan premoniciones de desastre. El montaje entero: ristas de luces de colores a lo largo del cable tensado, los postes altos y estrechos que se alzan en la oscuridad, las plataformas invisibles; es la muerte lo que están organizando. Está convencido. Lo nota en el pecho.

El acróbata no dice nada, ni una sola palabra. Apenas se ha movido. Uno le ama por esa pasividad, esa resignación, y por su cara atezada de gitano. Si sigue lloviendo no habrá función, y el aguacero cae pesadamente, rara vez cambia de rumbo, tamborilea sobre la capota empapada del coche aparcado fuera. Poca gente aguarda todavía.

Dean cuenta el dinero para pagar. Los francos tienen un brillo insólito. Los deposita en el platillo. Producen un pequeño tintineo, como de dientes, un sonido nítido, y en ese instante se percata de que él lo ha oído, de que ha despertado al soñador solitario que está en la barra; alza la vista, pero no, el acróbata no se ha dado cuenta. Está mirando al espejo. Tiene cruzadas a la altura del tobillo sus piernas blancas como polvo, enfundadas en medias. Calza zapatillas raídas, pero este hombre es más de lo que parece. Es un agente, un emisario. Ha elegido un disfraz con el que se desenvuelve nerviosamente, blanco como una polilla bajo el reflector, sobre el público corriente, pero todo es un engaño. Es un tipo mucho más importante. Dean lo sabe. Lo reconoce: imposible de explicar. En realidad, a Anne-Marie no le concierne. Le incumbe solamente a Dean, y cuando anuncian que la actuación se ha suspendido, recibe la noticia sin sorpresa. Eso no cambia nada. La función era secundaria.

—Espera aquí —dice—. Voy a buscar el coche.

Desaparece en la lluvia. Anne-Marie aguarda dentro del local, junto a la puerta, hasta que el coche aparca con esa gracia espaciosa e irregular, los faros amarillos reflejándose en las ventanas del café y los limpiaparabrisas moviéndose lentamente. Ella corre hacia el auto. Él se inclina sobre el asiento para abrirle la puerta. Tiene la cara y el pelo mojados. Ella entra deprisa.

—¡Cómo llueve! —dice.

Dean no arranca. En vez de hacerlo, trata de ver por el cristal el interior del café, una última vez. No hay nadie en la barra. El acróbata se ha ido.

Recorren las calles de una ciudad desconocida. La lluvia cae como grava. A la luz verde del salpicadero, Dean se siente a sus anchas, tan desolado como un delincuente. Ella le seca suavemente con los dedos las mejillas mojadas. No saben adónde ir. Son forasteros aquí, las puertas de la ciudad están cerradas para ellos. De repente a él le invaden presentimientos de que le buscan por algo, de que van a apresarle y a llevárselo. Ni siquiera tiene ocasión de hablar con ella. Los han separado. Se han perdido el uno al otro. Trata de gritarle en este sueño que les une, decirle dónde debe ir, qué debe hacer, pero es demasiado

complicado. No puede. Ella se ha ido.

Una desesperación real le abrumba. No tiene dinero para fugarse con ella. Están prisioneros en la pequeñez de Autun, salir una noche o dos carece de importancia, y ahora sí, él lo sabe, sabe que han sido descubiertos. Está convencido. Y yo también, retrospectivamente, veo que está en lo cierto. El acróbata ha desaparecido en los pueblos de Francia, en la noche de Europa entera, quizá. El Delage está solo en las calles. No hace falta seguirlo mientras repta por la oscuridad; se le reconoce en cualquier parte.

Dean está desalentado. En la habitación de hotel se desviste con cuidado, deposita la ropa como si no fuera suya, como si fueran a quemarla. La noche es fría, con toda esta lluvia, y un escalofrío recorre su cuerpo desnudo. Se siente flaco como un huérfano. El pasado se ha desvanecido y teme el futuro. Su dinero descansa sobre de la mesa, y en la oscuridad se acerca a contarlo, solo los billetes. Los levanta, doblados. Las monedas se le escurren y una cae al suelo, se aleja rodando. Escucha pero no sabe en qué dirección ha ido. Anne-Marie se le aproxima por detrás, también desnuda, y de pronto él se paraliza, como una liebre deslumbrada por los faros de un coche. Ella le rodea con los brazos. Su cuerpo, que toca el de Dean, las puntas de sus pechos, la fina capa de vello, es un auténtico calvario. Se acarician, pálidos como embriones en la oscuridad.

Ella quiere que la ponga encima de una silla. Dean encuentra una. Se encorva sobre ella. Los pechos le cuelgan dulcemente, como las ramas bajas de un árbol, como puñados de dinero. Las manos de Dean se deslizan hasta su talle estrecho. Comienza despacio, mientras ella respira como si se estuviera metiendo en la bañera. Del exterior llega el rumor de la lluvia.

La mañana es apacible. Dean despierta como si una fiebre hubiese remitido. Europa ha recobrado sus proporciones reales. Las ciudades inmortales flotan a la luz del sol. Fluyen los grandes ríos. Su polla está grande y la mano de Annie, en cuanto abre los ojos, avanza hacia ella. Él rebusca en sus ropas en busca del abollado tubo de plomo. Se lo entrega a ella, que lo mira impassible. Él aparta las mantas de una patada mientras ella desenrosca la tapa. Empieza a esparcir la sustancia. Está tan fría que él da un brinco. Después, ella se da la vuelta y a plena luz del día él inserta esa reluciente declaración. Anne-Marie tiene la frente aplastada contra la sábana. Los ojos cerrados. Dean apenas lo advierte. Por fin ha penetrado hasta el fondo. Se queda inmóvil.

—¿Te apetece leer?—dice.

—Comment?

—Leer. Una revista.

—Sí—responde ella, vagamente.

Se desplazan hasta el borde de la cama. Hay un ejemplar antiguo de *Réalités*. Dean lo coge y lo pone en el suelo. Cabeza abajo, ella empieza a pasar las páginas. Dean mira por encima de su hombro. Es una mañana de domingo. Las

diez en punto. Solo el intermitente, suave rasgueo del papel interrumpe el silencio. Ella ha llegado a un artículo sobre la pintura de Bonnard. Lo leen juntos. Él espera hasta que ella ha terminado la página. Luego comienza, despacio.

—No hay bastante *graisse* —dice ella.

Él se retira cuidadosamente (ella parece estar casi pegada a él) y ella aplica un poco más y luego se limpia los dedos con la sábana. Nueva penetración (ella no altera su calma) e, intrigado por una página que muestra fotos de las catorce clases de atractivo femenino (inocencia, misterio, naturalidad, etc.), empieza a entrar y salir en largos y delirantes embates. Francia está bañada por la luz del sol. Las tiendas están cerradas. Las iglesias están llenas. En cada ciudad, detrás de puertas cerradas con cerrojo, los restaurantes ponen las mesas, preparan el almuerzo.

CUANTO más claro ve uno el mundo, tanto más obligado está a fingir que no existe. Fue extraño que me quedara completamente callado cuando estuve con ella. Teníamos muchísimo de qué hablar, al parecer, pero sencillamente no sabíamos por dónde empezar. La llevé a cenar una noche de mayo en que Dean fue a pasar unos días en París, y vaya días fueron, estivales, vastos. La luz menguaba poco a poco. El mundo estaba lleno de ciudades azules, fragantes, misteriosas. Cenamos en el hotel. De vez en cuando yo le sonreía, como si fuera un estúpido tío suyo, mientras ella hablaba de Dean. A mí, en realidad, no me interesaba. Todas las circunstancias del encuentro eran erróneas. Yo sabía quién era ella. Estaba dispuesto a confesar, a caer de rodillas como un creyente. Habría sido un momento horrible. Ella lo habría negado todo. Lo más probable es que no hubiese entendido. Lo que quiere saber es lo que pensarán de ella el padre y la hermana de Dean. ¿Les caerá bien?

—Seguro que sí —digo.

—Nunca me habla de su padre.

—Bueno, su padre es un crítico, ya sabes. Un hombre bastante elegante, supongo.

—Pardon.

—Digo que es muy elegante, muy mundano.

—Aun así —dice ella—, yo podría gustarle.

—Por supuesto.

¿Por qué no le digo la verdad? Tomamos *salade de tomates*, pulposas rodajas salpicadas de briznas de perejil, relucientes de aceite. Me pregunto si ella se considera ordinaria. ¿Sabe que la hermana de Dean quería venir a verle aquí, pero que él insistió en verla en París? Sí, claro que lo sabe. A veces tengo la certeza de que lo sabe todo. De todos modos, el futuro no la sorprende. Gran parte de él ya existe; esto ya lo he dicho antes.

—¿Más *tomates*? —pregunta, brindándose a servirme.

Se sirve ella. Le brilla la boca. En la mesa de al lado hay una pareja inglesa. Los dos son muy jóvenes. Él tiene el pelo seco y rojizo. Ella, la cara delgada y tímida. Su vestido parece un papel pintado, y, en un absoluto silencio británico, leen el menú como si fuera un contrato. Con un acento tan perfecto que me

sorprende, Anne-Marie susurra:

—¿Te he hecho daño, querida?

—¿Qué?

Es una frase de un chiste que Dean le ha contado. En su cara resplandece una alegría traviesa. Pero no conozco el chiste original. Me lo cuenta con la seguridad de un payaso. Eso es lo que dice él, explica. Están acostados juntos. Entonces *ella* dice: « No, ¿por qué? ». Y él dice: « Te has movido ». Su sonrisa me interroga.

—¿Lo cuento bien? —pregunta. Me mira para ver si me ha hecho gracia. Me encanta su desprecio por la vida sexual de los ingleses.

Dean se hospeda en el hotel Calais, su coche está estacionado en la esquina de la plaza enorme, con la hoja blanca de una infracción ya colocada debajo del limpiaparabrisas. Comparte la habitación con su hermana, y se comporta de un modo muy agradable. Necesita dinero angustiosamente (todo depende de eso), y ella quiere hablar de su vida, es decir, de su vida futura. Sabe que Dean va a mostrarse susceptible.

—Ahora no te enfades... —dice.

—Oh, Amy... —empieza a decir él. Sabe exactamente cómo. Ella juega cada una de sus cartas como una mujer que se rinde ante el amor. Él está plenamente dispuesto a afrontar esa vida futura, dice Dean. Más aún, ya se perfila ante él. Esos meses lo han cambiado todo. Han sido para él como el desierto, ¿cómo explicarlo?

De repente, ella quiere abrazarle. Se siente aliviada y algo culpable.

—¿Lo dices en serio?

—Han cambiado mi vida —dice él—. La están cambiando.

Sonríe. La quiere. A veces Amy es como un juguete.

—Pero ¿qué has estado haciendo?

—No ver a nadie —dice él—. Vivir la vida de una ciudad pequeña. Es como decir: basta de todo esto, basta de jaleo; y ahora, ¿qué me gustaría hacer?

—Sí... —conviene ella.

—La vida se compone de algunos elementos básicos —dice él—. Hay un montón de impurezas, por supuesto, que nos desorientan.

Él siempre la ha aleccionado. Ella escucha gravemente.

—Lo que estoy diciendo puede sonar místico, pero en todo el mundo, Amy, en todos nosotros, existe el deseo de encontrar de algún modo esos elementos, de descubrirlos, ¿entiendes? A veces pienso que son los mismos para todos, pero quizá no. Quiero decir, miremos a los griegos y decimos, ah, crearon esta civilización, este mundo brillante, con cosas sencillas. ¿Por qué no nosotros? Y si no una civilización, ¿por qué no podemos, cada uno de nosotros, convenientemente dirigidos, construir una vida, o sea, una vida feliz? Créeme, los elementos existen. Cuando entras en ciertas habitaciones, cuando miras determinadas caras, de pronto te das cuenta de que los tienes delante. ¿Entiendes

lo que quiero decir?

—Desde luego que lo entiendo —dice ella—. Si lograras eso lo tendrías todo.

—Y sin eso tienes... —Él se encoge de hombros— una vida...

—Como la de todo el mundo.

—Exactamente igual que todo el mundo —dice él.

—Yo no quiero eso.

—Yo tampoco.

—Nunca sé cuándo me estás engañando —dice ella.

Él mueve la cabeza lentamente.

—No te estoy engañando —promete él—. Porque quiero que me hagas un inmenso favor.

—¿Qué?

Él no responde.

—Más tarde —dice.

Ella entra en el cuarto de baño para acabar de vestirse. Dean lee una revista.

Ella sale para peinarse.

—¿Adónde vamos? —dice ella.

—¿Quieres cenar bien?

—De acuerdo. Pero que no sea demasiado caro.

La frase inquieta a Dean. Procura no hacer caso.

—Pago yo —dice.

—¿Tienes dinero? Papá me ha dicho que estabas sin blanca.

—¿Yo?

—Sí.

—No. Tengo un trabajo.

—¿Sí? ¿Qué trabajo?

—Doy clases particulares.

—No me habías dicho nada.

—Bueno, no es que me esté haciendo rico.

—Me ha hecho prometerle que no te daría dinero, bajo ningún pretexto. Estaba seguro de que me ibas a pedir.

—Se comporta como si yo fuese tu marido parásito.

—No. Se preocupa por ti.

—Su método es muy curioso —dice Dean—. Además, odio las lecciones sobre el valor del dinero. ¿De qué sirven? Todo el mundo sabe que es valioso. No quiero que me den lecciones. No me gusta la gente que las da. Todos somos libres. Estamos hechos para el amor y para ayudarnos mutuamente, no para dar lecciones.

—No —dice ella—. Creo que solo quiere que tú...

—¿Qué?

—Lleves una vida normal —decide.

Dean sonríe.

—Vamos —dice—. ¿Estás lista?

Bajan un piso en ascensor y recorren el pasillo.

—Dinero —dice Dean—. Te aseguro que es muy difícil tener la mente clara cuando no lo tienes. Es uno de mis descubrimientos. Claro que es duro cuando tienes demasiado.

—No hay duda.

—Hay que andar con pies de plomo —dice Dean, irónicamente.

Su hermana llama a una puerta.

—¿Donna? ¿Podemos entrar?

Es su compañera de universidad. Dean la encuentra muy guapa. Un bombón, boca amplia, ojos grises. Esbelta como un corredor de fondo. Ella se interesa por él. Sabe que Dean fue a Yale. Le pregunta si conoció a Larry Troy. Hace preguntas así. Él responde que no con voz débil, casi insegura.

—¿En qué clase estabas? —dice ella.

—En varias.

Cuando le dice que no acabó los estudios, ella emite un pequeño « oh ». Pero requiere valor hacer eso, añade, lanzarse a vivir por tu cuenta. Solo un tipo de verdad... Dean asiente. Le han dicho eso mismo antes.

Bajan la calle los tres juntos. La acera es muy ancha. La misma *place*, llena de coches aparcados, parece inmensa. Perdidos en sus vastas dimensiones, la atraviesan en dirección al Delage. Dean coge la multa del limpiaparabrisas y se pone a leerla.

—¿Qué es eso? —pregunta su hermana.

Él se encoge de hombros.

—¿Es por el aparcamiento? —dice—. No tienes que pagarlo. Solo estás de visita.

—Oye, ¿de qué marca es este coche? —dice Donna.

—¿Te gusta?

—Me encanta —dice—. Es muy propio de ti.

—¿Tú crees?

—Totalmente —dice ella.

Les acoge la noche resplandeciente de París. La oscuridad ha restaurado la elegancia del automóvil antiguo, y flotan bulevar abajo hacia un restaurante cerca de Les Invalides. La cena cuesta ochenta y cinco francos. Los últimos que le quedan a Dean. Sin embargo, deja una generosa propina. Lo hace mecánicamente, sin preocuparse, impávido, como un apostador que ha perdido. Recorren los Champs, toman un café y acaban la noche en lo alto de la ciudad, en Sacre-Coeur. En su piso, Donna dice:

—Ha sido una noche estupenda. Es la mejor que he pasado en todo el viaje.

—Ojalá te hubiera enseñado más cosas de París.

—Oh —dice ella—, ojalá, sí.

—La próxima vez.

—Ojalá nos quedáramos —dice ella.

Recorre el pasillo lentamente, con la llave colgando como un adorno de su mano.

Por la mañana todo parece distinto. Se ha enfriado la confianza de Dean. Durante el desayuno hablan de cómo pasarán el día. Todo el mundo va a Versalles, pero si ellos también deciden ir, será mejor que lo hagan en coche. O quizá se vayan por ahí los dos solos. Y se llevarán a Donna, si él quiere. Dean quiere pedir dinero, ahora (de lo contrario no tendrá para pasar el día), pero el principio de la respuesta de ella le aterroriza. La oye decir: ya sabes lo mucho que te quiero... Haría cualquier cosa...

—Amy —dice él—, bromas aparte...

—¿Qué?

—Estoy desesperado.

Ella le mira, un poco indecisa.

—Necesito dinero.

—Oh.

—He vendido el billete.

—¿Lo has vendido, en serio?

—Tuve que venderlo.

—Papá te comprará otro —dice ella.

—No quiero que lo sepa. Necesito trescientos cincuenta dólares.

Ella parece avergonzada de su propia respuesta.

—No los tengo —dice.

—¿Cuánto tienes?

—No lo sé. No lo sé, de verdad.

—Oye, olvídalos. Hablo en serio. Es verdad, Amy, necesito... Necesito el dinero. Lo necesito para volver a casa.

—¿Cuántos necesitas realmente?

—Trescientos cincuenta dólares —dice él.

—Solo tengo cien. Solo tengo cheques de viaje.

—Necesito más que eso, cariño.

—No tengo.

—¿Puedes pedirlo prestado?

—Dime la verdad. ¿Te has metido en un lío?

—No, no —suspira él. La mira y luego mira la mesa—. ¿Crees que te los pueden prestar? ¿Donna, por ejemplo?

—¿Piensas devolverlos?

—Por supuesto.

—No puedo pedirle doscientos cincuenta dólares, sin más.

—Puede que tenga parte de ese dinero.

—¿Seguro que no estás en apuros?

—No, necesito urgente, sinceramente, algo de dinero, pero no estoy metido en un lío. Lo estaré si no lo consigo.

—¿Entonces es cierto?

—No, solo bromeaba. Escucha, ¿y si le pides a Donna? Te prestará el dinero, ¿no?

—Supongo que sí —dice ella.

—Tienes que hacerlo por mí —le dice Dean.

Se separan en Orly, al atardecer. Desde el ventanal superior, Dean la observa subir las escaleras. Ella se detiene al llegar arriba. Un gesto final de adiós. Ese largo, lustroso tubo, con sus asientos cómodos, es el avión que vuela a América. Por un momento siente una gran soledad. Le gustaría estar a bordo, sentado al lado de ellas. Detesta la idea de tener que volver solo al coche. Es como si la vida huyera de él.

La puerta se cierra, herméticamente. Tras un intervalo de silencio abrumador, los motores arrancan. En el interior, periódicos que se despliegan. El avión empieza a moverse. Trata de localizar a su hermana en una de las ventanillas. Está demasiado lejos. Las caras son indistintas. Observa cómo el avión sigue un largo sendero ceremonial hasta la pista. Vira. Despega. Una vez en el aire avanza serenamente, casi de un modo agorero, ascendiendo sin aviso, nivelándose de nuevo a lo largo de rutas invisibles en el cielo.

Cuenta el dinero. Trescientos cincuenta dólares, casi ninguno en francos. Los dobla con cuidado y se los vuelve a guardar en el bolsillo. Ella ha prometido enviarle otros cincuenta.

El Delage avanza a impulsos largos, regulares, y solo reduce la velocidad en ciudades. No está nada cansado. El viaje le parece el más corto de todos. Lo sobrepasa todo sin apenas reducir la velocidad, acelerando y corriendo, cuesta arriba y abajo. Sube las escaleras como un gato y llama suavemente. Ella le está esperando.

EL coche, en la calle, a primera hora de la mañana, circula abierto como un bote. La ciudad es un puerto; el agua es como cristal. No se oye un chirrido ni una tos mientras ruedan por calzadas silenciosas, con el motor parado. En el campo, luminoso pero aún a la espera del sol, el aire es fresco y dulce. Circulan sin hablar. Están todavía dormidos. Al cabo de veinte kilómetros, Anne-Marie pronuncia una sola palabra.

—*Alors.*

—¿Qué pasa?

Ha olvidado la chaqueta de su traje.

—Oh, Dios —dice Dean.

Se la ha dejado en la habitación. Él reduce la velocidad y se detiene en el arcén de hierba.

—No —dice ella.

—¿No quieres volver a cogerla?

Ella mueve la cabeza.

—No.

El arranca de nuevo, lentamente. Ella se encoge de hombros, impotente. No quiere mirarle.

—¿Seguro?

—Sí —dice ella—. Ya estamos en camino.

—Bonito comienzo.

Ella se echa a reír. Finalmente, Dean sonríe. El último viaje juntos. Atraviesan los túneles de árboles, y las ciudades se extienden ante ellos, primero llanas y todavía dormidas, pero luego con gatos, algunas personas, y para cuando llegan a Orleans es plena mañana. Una ciudad vasta, impresionante. El día va a ser caluroso. Dean cruza la plaza para comprar pan y mantequilla. Comen estacionados al sol, pasan autobuses verdes, los turistas pasean en pantalones cortos. Migas de pan caen sobre el regazo de Anne-Marie. Nunca ha tenido una expresión más placentera, más habituada a los asientos de piel auténtica, los viajes al mar. Entorna los ojos en el resplandor de la mañana. Mueve las piernas; el asiento está caliente.

Se han casado de verdad. Esa noche ella le dirá eso: que han elegido un buen

momento, que ahora pueden hacer el amor sin riesgos, y que han comenzado la vida juntos ese día. Están en Angers. Pasean por las calles después de cenar. La ciudad le resulta extraña a Dean, con reminiscencias de España, polvorienta, perfumada de árboles. Las aceras se extienden entre bancos de tierra desnuda. No parece Francia. Hasta los cafés son raros, y las parejas hablan un lenguaje que él no entiende.

Han recorrido los *châteaux* ese día. Por dos francos siguen a un guía que recita un poco de historia conforme visitan las habitaciones. En el grupo hay parejas con el pelo blanco, turistas en sandalias, maestros. Una norteamericana y sus dos hijas con vestidos de lino. Alguien cuchichea en alemán. El guía se apresura a entregarles una traducción del programa, como un menú. Ellos protestan. Dicen que entienden francés. El guía se limita a sonreír. Dean se mantiene al margen del grupo. Anne-Marie se ha adelantado un poco.

—Phillip —le llama—, ¡ven!

El guía sigue andando. Todo el mundo le sigue.

—*Parle français!* —le susurra Dean cuando está cerca de ella.

—¿Por qué?

Lo dice con picardía. Salen al balcón que preside la escarpada fachada del castillo. Están en Amboise, muy en lo alto de la ciudad. Dean se niega a hablar. No quiere que le tomen por norteamericano. No quiere que el guía, que ahora está explicando lo que sucedió aquí hace siglos, le brinde una traducción. Anne-Marie se estremece.

—Horripilante —dice. La carretera está muchos metros más abajo. Los protestantes a punto de ser colgados verían todo un reino ante ellos, cielo, río anchuroso, los tejados de la ciudad—. Eran más crueles en aquella época.

—Me habría encantado verlo —dice Dean.

—No digas eso. Me pone enferma solo pensarlo.

Una de las hijas les ha oído. Vuelve la cabeza. Dean la ve susurrar algo a su madre. Intenta rezagarse, pero Anne-Marie no le deja.

—Phillip, vamos —dice.

—¡Te voy a matar! —musita él.

Ella se contenta con sonreír.

Llegan a Angers cansados, en medio del tráfico vespertino. La gente hace las compras y vuelve en coche del trabajo. Llena el aire el olor fresco de las frondas, el rastro de las flores. Encuentran un pequeño hotel. La entrada está en una calle estrecha; después de haber descargado el equipaje, Dean tiene que buscar un sitio donde aparcar.

Siente un ligero escalofrío cuando extiende la colcha sobre él. Quizás haya sido el sol. Se queda totalmente inmóvil. La habitación está desnuda. No reconoce nada en ella, ni un color ni una línea. De repente siente miedo. Empieza a contar su dinero mentalmente. Ha dejado una parte, quinientos francos, y hay pendiente

una factura del mecánico por la puesta a punto del motor. Han comprado ropa. Suma el importe. Decide guardar doscientos francos debajo de la esterilla del coche. Con eso habrá unos setecientos (lo suma de nuevo); llegará justo. Son cuarenta o cincuenta francos cada vez que ponen gasolina. Trata de calcular los kilómetros. Tal vez no deberían ir tan lejos.

Abre los ojos un poco al oír el sonido de la llave. Anne-Marie acaba de darse un baño. Lleva puesta la bata de algodón de Dean. Cuando está cerca de la cama la desata. La bata se abre y cae al suelo. La visión de su desnudez fresca le asusta todavía más. De pronto se hace evidente lo acrobático, lo peligroso que es todo. No parece estar viviendo su propia vida, sino una ajena, la de alguna víctima. Todo se desplomará. Tendrá que buscar trabajo, pagar alquiler, volver a casa a almorzar todos los días. De pronto flaquea, no tiene fe en sí mismo. Ella se mete en la cama. Un auténtico pánico le asalta. Está inmóvil, con los ojos cerrados.

—*Tu dors?* —pregunta ella, en voz baja.

Él no sabe qué responder.

—No —susurra. Un momento después añade—: Me duele un poco la cabeza.

—Pobrecillo.

Ella le acaricia la mejilla. Él logra esbozar una débil sonrisa.

La cena le reanima un poco. Ella toma incluso dos vasos de vino, pero porque la ocasión es especial. Después pasean por la avenida, bajo los árboles oscuros. Llegan hasta un comercio grande, cerrado, por supuesto, pero totalmente iluminado. Hay parejas contemplando los escaparates, filas enteras de neveras, con las puertas abiertas y flechas de cartón que indican sus características.

—¿Son más caras en América? —pregunta ella.

—No he comprado nunca una.

La mirada de Dean es insegura. Los números de los modelos son cabalísticos, los precios parecen aterradores.

—Pero tienes que saberlo.

—Vámonos —dice él.

—Esa me gusta —dice ella, señalando una.

—Es demasiado pequeña.

—No.

—Vamos.

—Es suficientemente grande —dice ella.

—Cariño, basta, por favor.

—*Attends.*

—No quiero mirarlas más. Es aburrido —dice él.

—No hay otra cosa que hacer. ¿Adónde quieres ir? ¿Quieres ir a bailar?

—Sí —dice él.

—¡Ah! —exclama ella.

—Claro. Vamos.

Echan a andar y al final han vuelto al hotel. El comedor está oscuro. No parece haber nadie en la recepción.

—¿Quieres preguntar? —dice él.

—No —dice ella—. Es tarde.

Él coge la llave del casillero y suben las escaleras alfombradas. La habitación parece más fea que antes. Se cepilla los dientes. Se propone dormir.

—*Non* —dice ella. No se empieza así una vida de casados.

—Estoy muy cansado.

—Quizá para bailar —dice ella.

Puede que a él no le interese, pero ella sabe lo que es mejor para él. Es como un cuenco de sopa caliente. Le hace desvestirse y acostarse con ella. Empieza a acariciarle, no puede huir de sus manos. Por fin él comienza, dócilmente, a hacer el amor, moviéndose de lado, como una palanca. La receta es un poco seca, pero ella la soporta. Sabe que una mujer debe estar preparada para esto.

Por la mañana, la luz se filtra por los visillos. Ella le tienta la polla. La besa dulcemente para empezar el día. Ahora es suya, dice.

DÍAS conyugales. Viven su dicha marital sobre el mar. La habitación es pequeña, pero tiene un balcón y, debajo, el agua rompe mansamente. El hotel es muy caro para su presupuesto.

Por la mañana. El cabello de Anne-Marie esparcido sobre la almohada, las mantas subidas hasta la barbilla. Fuera, los gritos de aves marinas flotan en el aire quieto. *Mon mari*, le llama ella. Él sonríe.

En el comedor se sientan cerca de una familia con dos hijos. La madre es estricta con ellos: tienen quince, dieciséis años, es difícil de decir. Les consienten, todo lo más, un poco de vino. La mayor parte del tiempo permanecen rígidos en su silla, mientras los padres hablan. Le gustaría tener un hijo, dice Anne-Marie. Llena el comedor el rumor de tenedores, el olor del pan. Un hijo.

Dean está observando a la familia.

—¿Qué nombre le pondremos? —pregunta ella.

—No sé. ¿Cuál?

Ella quiere que él lo adivine.

—Jean-Pierre.

—No.

—¿Maurice? ¿Robert? Phillipe no, ¿no?

—No.

—Me rindo.

—Dmitri —dice ella.

Él hace un gesto con las manos.

—Me has engañado —dice él.

—¿Qué?

—Me la has jugado.

—Se educará en América hasta los dieciocho años —dice ella—. Su padre era estupendo —le dirá ella—, pero a veces un poco aburrido.

—¿Un poco aburrido?

—*Oui*.

—¿Te refieres a mí?

Ella asiente.

—¿Es mi hijo?

La respuesta de Annie es suave:

—Por supuesto.

Los chicos los están observando, posan en ellos una mirada vacilante y luego la apartan de golpe. Anne-Marie es inteligente, percibe sus miradas. Sabe exactamente cuándo alzar la vista para que ellos desvíen la suya.

Días conyugales a la orilla del mar. Se adentran en las rocas, van a los hoteles, la curva de la playa se pierde de vista cuando doblan un saliente. Llegan a un peñasco ancho y plano, en torno al cual el mar hierve, succiona y fluye, se hincha en las grietas. Ella se quita la parte superior de su traje y se tumba, primero de bruces, veinte minutos después de espaldas. El silencio del sol parece superar el ruido del agua. Dean tiene ese tipo de piel que se tuesta enseguida. Los labios se le agrietan un poco, pero sus ojos y sus dientes son blancos. Su cara cobra un brillo de madera noble. Sus miembros parecen más fuertes. Debajo de los pantalones su piel es blanca como vendas recientes. Sus nalgas son como la pulpa de una manzana.

—Eres encantador —dice ella.

Hacen el amor después, un poco quemados, la piel les sabe a salitre. La habitación parece silenciosa, como una escuela después de las horas de clase. En el bidé, a ella se le escapa un pedo, un sonido minúsculo y delicioso. Se avergüenza.

—*Pardon* —dice.

Silencio. Dean tiene los ojos cerrados. No dice nada. Ella se pregunta si se ha quedado dormido. Asoma la cabeza por el tabique. Dean está muy quieto, pero no puede reprimir una sonrisa. Ella se mete de nuevo en la cama y se tapa. Le dice que está un poco mareada. Le va a venir la regla.

—Bien —dice él.

Sus comidas son copiosas, sopa, pescado, carne, postre, fruta, vino; las toman en la larga sala, llena de mesas, siempre a la luz del día, con su galería de ventanas, más allá de la cual el mar tiende su silencio. Por la noche duermen como pájaros en un nido. La lluvia azota las ventanas. Dean se levanta para cerrarlas y no encuentra nada: es solamente el mar.

En el casino hay baile y películas mediocres. No tienen dinero para apostar. De todos modos, ella no tiene la edad necesaria. Consta en sus documentos de identidad. Se sientan en el salón vacío del hotel. En la oscuridad vespertina, es como un gran trasatlántico abandonado. Anne-Marie coge todas las cartas bajas de la baraja. Va a enseñarle a Dean un juego. Él procura escuchar sus explicaciones. Tiene el rostro tenso, como papel seco. Pasea la mirada distraidamente de una cosa a otra. Bosteza. Ve la escalera ancha y alfombrada y a la gente que sube lentamente. Llega la familia, probablemente del cine, y sube la escalera, los chicos con aire abatido, absolutamente descorazonados. La luz es tenue. Al cabo de un rato, a Dean le duelen los ojos de mirar fijamente los

números de las cartas. Los símbolos son feos. El color negro de picas parece desvaído. Los corazones se han vuelto azules. Con la triste insistencia de una tienda de campaña que ondea al viento, la rompiente del mar se curva en la orilla, se curva y rompe. Cuando Dean lo escucha, el sonido parece aumentar, ensancharse, sepultarlo todo.

Recorren el pasillo en penumbra, y el suelo cruje bajo sus pies. De las habitaciones cerradas no sale música ni voces. Las sábanas están húmedas. Noches conyugales. A Dean le preocupa que el aire salitroso le oxide el cromo del coche. Tendría que haberlo tapado con algo. El hotel no tiene garaje; el coche está aparcado detrás, cubierto de humedad. El sol la seca por la mañana.

Se quedan seis días, sin hablar con nadie, recorriendo a pie las carreteras en pendiente que, entre pinos, llevan a la ciudad en lo alto, y cruzan chalés amplios, familiares, oscuros y callados, situados en la colina frente al mar. Los jardines de esas casas son hermosos, ocultos por árboles tupidos.

Son como inválidos. Sus horas discurren largas y monótonas. Comen tres veces al día. Por las mañanas, de camino al retrete, el pasillo está orillado de bandejas de desayuno, con servilletas manchadas y panecillos rotos, depositadas al pie de las puertas. Los pacientes ya han salido y pasean despacio bajo el sol. Años conyugales. Después de desayunar queda mucho tiempo hasta el almuerzo y, después del almuerzo, toda la tarde... En la playa que hay delante del hotel los gritos de los niños son estridentes como los de pájaros. Anne-Marie deambula desnuda por el cuarto. Sus pies descalzos no hacen ruido. El cordel blanco del tampón le cuelga, un poco curvado, entre las piernas. Tiene los pechos pálidos, pero no blancos. Solo sus ingles ostentan un blasón tan brillante que parece una prenda de vestir.

A primera hora de la mañana, contentos por el solo hecho de cargar sus cosas en el coche (Dean baja la capota, el interior desborda de luz), se marchan.

LLEGAN de noche a una ciudad extraña, *démodé*, como una gran clínica: Bagnoles. Francia está salpicada de balnearios vetustos, sus tiempos de elegancia ya pretéritos, los hoteles húmedos hoy desocupados, las voces desvanecidas, las ceremonias de una vida ociosa. Entran en carreteras sinuosas, rebasan el lago silente. Todos los edificios parecen vacíos. Es como una gran finca cuyo dueño ha desaparecido. Pero se mantiene abierta, prosigue su existencia como si él estuviera. Es como una vieja carta, una suite en la que hubiera muerto una heredera.

Gráciles como un pájaro, trazan círculos en el crepúsculo, sobrepasando las fachadas derruidas: el Gayot, Terrasse, Castel, Bois Joli. Las tiendas están cerradas. Los árboles se han vuelto negros. No hay un alma en las calles en penumbra, ningún sonido aparte del coche. El casino es inhóspito y lúgubre, con sus sillas verdes abandonadas y sus cortinas corridas. Por doquier reina el silencio de los bosques al atardecer, de las aguas quietas. Tras la segunda vuelta, Dean para.

—Es deprimente —dice. Coge el libro—. Podemos seguir hasta Alençon. ¿Cómo es de grande?

Ella lo consulta.

—*Vingt-sept mille*.

—¿Y hoteles?

—No muchos.

—¿Ni uno solo decente?

—Hay un hospital para locos.

—Déjame ver.

Trata de leer. Casi no hay luz.

—Bueno, podríamos seguir hasta París —dice—. Son unas tres horas.

Ella se encoge de hombros.

—*Comme tu veux* —dice.

Él empieza a pasar páginas.

—Pero ¿cenamos aquí? —dice ella.

—¿Hm? —Él sigue leyendo—. Muy bien. Luego decidimos.

La cena es larga. Solo hay un camarero en el restaurante. Es como un

veterano de Fort Douaumont. Para él todo acabó hace mucho tiempo. Desaparece en la cocina durante diez minutos y luego vuelve con el pan. Hay una puerta que da a la calle y otra al hotel. Al final salen por esta. Es demasiado tarde para seguir viaje. El vestíbulo está oscuro. Casi todas las llaves, colgadas de un panel de madera barnizada, están en su sitio. Suben por una escalera alfombrada (no se oye nada) hasta lo que podría llamarse una cámara. Paredes de un tono crema que se ha vuelto ocre, pesadas cortinas de color vino. Las bombillas del techo son de cristal transparente. La habitación es amenazadora. El aire está viciado.

Dean abre las puertas del balcón. Silencio. Al otro extremo del lago negro, el casino está ahora iluminado, único adorno en una oscuridad colgada como una cortina. No parece que nadie entre o salga. Los letreros anuncian películas, conciertos, en la calle desierta.

Pasean un rato. El aire exuda un tedio asesino. Se le reconoce, como al moho. La perspectiva de unas cuantas horas basta para aterrarnos. Compran entradas para el cine. La cajera las corta de un gran rollo. En el interior hay algunas personas; ya es algo, por lo menos. Están salvados. Permanecen callados, a la espera de que las luces se apaguen. Ni un solo susurro. Por fin, la función empieza. La pantalla se ilumina. Música, voces, imágenes nacidas de los haces cambiantes de luz.

De regreso al hotel descubren que algunas tiendas han abierto tarde, y se detienen delante del escaparate de un *antiquaire*. Es como un museo. Ni un solo cliente. Entre las piezas doradas, de repente ven la blancura de un rostro, cuya propietaria es pálida como una plañidera.

Solo después de haber cerrado la puerta de la habitación y haber girado la llave, Dean siente algo distinto de la muerte. Aun así, hay algo artificial y denso en los muebles, en la luz inadecuada. Han cerrado las puertas del balcón. A través del cristal ve que han cerrado por completo una contraventana flexible de madera. El cobertor de la cama, que ha sido retirado, revela una blancura clínica. Ella habla de la película. Él no oye nada. Se limita a observarla, intrigado por el más leve movimiento que ella hace, fascinado por la forma de su pantorrilla.

Desnuda, con las piernas juntas, ella se cepilla los dientes delante del lavabo. Dean la observa atentamente. Desde donde está sentado, extiende el brazo y la toca. No hay autoridad en su gesto. Es un acto tranquilizador: está fijando la realidad. Ella deja el cepillo. No le gusta mirarse los dientes muy de cerca. Se seca con la toalla las comisuras de la boca y luego se aplica crema. Sus ojos, por un momento, tropiezan con los de Dean en el espejo. No sabe lo que él está pensando ni lo que se dispone a hacer. Pero sabe con certeza que no tiene ganas de hablar.

Se tumba en la cama con los ojos abiertos, y espera. Dean se desviste.

Deambula por la habitación, mirando a Anne-Marie de vez en cuando. Finalmente sonríe. Ella no le devuelve la sonrisa. Se ha preparado para una obediencia de la que no es tan fácil liberarse. Su expresión es solemne, casi rebelde. Él abre las puertas del balcón, pero no la contraventana. Apaga la luz. Ella, de inmediato, le hace sitio en la cama, como liberada por la oscuridad. Sus manos, esas manos delgadas, se posan en el cuerpo de Dean. Él yace inmóvil. Su silencio, su inmovilidad, agradan a Annie. Definen su propia existencia. Tiene que conquistarlos. Claro que es solo un juego. Él se limita a esperar, ornado con una especie de crueldad que a ella la excita y que ella debe, sin decir una palabra, suplicarle que olvide. El corazón de Dean late más rápido. Nota que la polla crece unos centímetros o más bajo el contacto de Annie. La vaselina está fría cuando ella la aplica con sumo cuidado. Dean respira como un corredor antes de una carrera. Piensa en los camareros del casino, en el público del cine, en los hoteles oscuros mientras ella se tiende de bruces y él la penetra con la misma facilidad, pero no más, con que uno se sienta a una mesa bien puesta. Yacen de costado. Él procura no moverse. Hay tan solo las pequeñas, invisibles sacudidas, como el mordisqueo de un pez. En mitad de ellas se queda dormido. Luego ella también, y de este modo, juntos, pasan la noche. La última noche de su viaje.

LLEGAN a casa la noche del domingo, cansados del tráfico. Las carreteras están muy transitadas. Durante media hora, Dean ha estado siguiendo la palidez de sus faros, que ahora, en las calles estrechas, empiezan a mostrar su brillo. Es como conducir bajo el agua. Les sobrevuela un fulgor verde de crepúsculo. Dobra la última esquina. El gran camión destartado de los corsos está aparcado entre los envoltorios esparcidos, los maravillosos olores de podredumbre. Mientras estaciona, los faros se reflejan en el cristal de la tienda oscurecida. Los apaga, y luego apaga el motor. Permanecen sentados un momento. Una gran alegría, una sensación de acto consumado le invade. Recogen todas sus cosas y él las transporta arriba. Está ansioso por dejar a Annie. Está cansado de estar con ella todo el tiempo.

Le encuentro tumbado en la cama con los zapatos de lona azules. Tiene las manos cruzadas detrás de la cabeza. Suena la radio. Es agradable haber vuelto, me dice. Muy agradable.

Parece negro como un egipcio. Cuando sonrío, sus dientes parecen saltar de la cara bronceada. Nos baña un aroma tenue, un arrullo de música mientras él habla.

—Bueno, ¿dónde habéis estado?

—En todas partes —dice—. Orleans. Orleans. Perros-Guirec. Una buena tirada.

—¿Ha sido bonito?

—Es un país hermoso —dice, sosegadamente. Empieza a contarme el viaje, el mar con sus rocas, el viejo hotel. Describe el Loira, la noche encantada en Bagnoles. Habla casi compulsivamente. Evoca todos los detalles, descripciones, sensaciones, olores. Se queda callado, rememora cosas, continúa. En cierto modo tengo la impresión de que lo expone todo ante mí, la esencia de la vida gloriosa que ha vivido en Francia. Está poniendo en orden el pasado. Hay ciertas cosas que deberían confesarse, y sabe que me interesan. Nada de lo que dice es extraordinario, pero reconozco los sucesos. Comprendo todo lo que omitimos decir.

—¿Cómo está Anne-Marie?

—Tan morena como yo. Deberías verla —dice—. Está preciosa.

—Tienes la piel color teca.

—Hemos tenido un tiempo fantástico —dice—. Casi todos los días. Nos sentábamos a la mesa como una vieja pareja, ya sabes, únicamente a comer. Y hemos hecho el amor todas las noches. Pero es increíble el sol que hemos tenido.

Se saca la camisa para enseñarme la raya. Sonríe. Es invencible. Es como una partida de ajedrez en que sus piezas me derrotan continuamente, pero hace mucho que hemos dejado de competir.

Empieza a caminar por la habitación mientras habla. Su ropa está desperdigada por todas partes. Entra en el cuarto de baño y descubre una loción con la que se frota lentamente la cara, sobre todo alrededor de la boca. Vuelve a tumbarse. Ese rostro delgado, moreno como el de un chico de campo. Tan afilado. Parece que le asoman los huesos. Se levanta otra vez y empieza a rebuscar en su maleta. Hay una manzana entre las ropas. Me ofrece la mitad.

—No, gracias. ¿Has cenado?

—No. Solo almorzado.

Yace en posición supina, con la almohada doblada debajo del cuello. Escucho la explosión húmeda de sus dientes en la pulpa dura.

—Estoy demasiado cansado para comer —dice.

—Vamos. Yo no he comido nada.

—De verdad, no tengo hambre.

Mordisquea el corazón, extrayendo los últimos trozos con pequeñas incisiones de los dientes. Cuando acaba, lo deposita sobre una revista. Mira al techo.

—Puede que me vaya —dice.

Un silencio enorme que finalmente me veo obligado a romper.

—Oh, ¿en serio?

—Creo que sí.

—¿Adónde irás?

—A América —dice—. A casa.

—Ya veo. ¿Solo?

—Oh, claro —dice—. O sea, vuelvo.

—Ya.

No se me ocurre nada que decir.

—Bueno... —empiezo.

—Verás, tengo que volver a casa por una temporada. No me queda dinero. He estado en danza desde el pasado otoño, y ya no puedo más. Llega un momento en que ya no puedes. Así que tengo que volver y... —suspira—... hablar con mi padre. Bueno, algo más que eso. Tengo que organizarme un poco. Incluso he estado pensando en volver a la facultad.

—¿Volver a Yale?

—Oh, allí no podría. A una universidad más pequeña. A la de Nueva York quizá.

—¿Más pequeña?

—Bueno, no lo decía en ese sentido —dice—. En realidad no he pensado dónde.

—No.

Luego, a modo de comentario, se permite la más breve de las risas.

—Lo único malo es que —dice—, eh, ando un poco escaso de dinero.

—Por supuesto.

—No me llega para el billete. —Hace una pausa—. Así que estaba pensando...

—¿Cuánto te falta? —pregunto.

—Te dejaría el coche, si ocurriese algo...

—¿El coche? Pero si no es tuyo.

—Sí, es mío —dice.

—Creí que era de un amigo tuyo.

—No, no, me lo dio. Le puedo pedir que me dé una carta si hace falta.

Sé que no es verdad. Simplemente se ha quedado sin dinero, como un jugador, y hay que abastecerle. Presurosamente trato de pensar en una frase apta para negarme, pero no la encuentro. Si le negase el dinero... en definitiva, no cambiaría mucho las cosas. Él saldría adelante. Además, no puedo tomar esa decisión. Él no depende de mis juicios... y yo tengo el dinero.

—Necesito unos trescientos dólares —dice.

—Trescientos.

—¿Puedes prestármelos? A cambio del Delage, por supuesto.

—Bueno... Sí, supongo que sí.

—Oh —dice él, y recuesta la cabeza—, escucha, eres un gran tipo.

Sí, y me ves creyéndolo a pesar de que le estoy ayudando a organizar su huida. Es un acto en cierto modo criminal. Me avergonzará más tarde. No hago más que intercambiar su asco por el mío.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—No lo sé —dice—. Sinceramente, no sé. No mucho. Quizás un mes o así, no estoy seguro.

—Bueno, si de verdad quisieras volver a la universidad...

—Es cierto, sería mucho más tiempo. Es solo una posibilidad, claro.

—... No volverías.

—Oh, no te preocupes. Si ocurre eso, te mandaré el dinero. Verás, puedo conseguirlo fácilmente. Aunque tenga que sacarlo de la matrícula o algo. No habría diferencia.

—No me preocupo. No es eso. Todo esto me sorprende, es todo.

—Pensaste que me iba a casar —dice.

—No.

—Tal vez lo haga.

—¿En serio?

—Lo he pensado —dice.

—Me lo figuro.

Se levanta de un brinco. La promesa de dinero le ha abierto el apetito. Bajamos hacia el Champs, recorriendo las calles despobladas. Autun está en silencio, pero duerme como una anciana. Oye cada brizna de sonido sin despertarse siquiera. Es intemporal. Ve en la oscuridad.

Sepultada entre otros edificios, en el corazón de la ciudad (hay callejones que uno puede atravesar, los gatos conocen el camino), por encima de los árboles y el follaje negro, la misteriosa fragancia, el movimiento de ramas, en una habitación bañada en este mismo frescor vespertino del aire, ella está despierta, con los brazos pálidos caídos sobre la cama y los labios entornados. Las puertas del *armoire*, de un barniz anaranjado, están cerradas, y una toalla cuelga, sin doblar, junto al lavabo. El cepillo de dientes de Annie —mis dedos se atreven a tocarlo levemente— ya no está húmedo. Hay ropa tirada por el suelo. Veo sus zapatos, sus medias lacias. Por último la miro, y la sangre se retira de mi corazón; no tiene los ojos cerrados. Me mira fijamente. La blancura pura y joven de sus ojos, ese blanco azulado, me descubre.

Incluso tengo el presentimiento de que vamos a encontrarla cuando bajamos a tomar un bocadillo. La idea me aterra. Estoy seguro de que ella leería en mi cara lo que hemos hecho. Estoy dispuesto a confesarlo todo, no tengo el menor instinto de escapar o mentir, pero Dean, ah, la recibiría con una sonrisa. Ahí reside toda la diferencia. No soy lo bastante fuerte para amarla. Hay que ser egoísta.

Mientras miro a Dean comiendo, todo eso me atormenta. Poco a poco me sumo en un hermoso, delicado odio. Ya no oigo lo que él dice. Solo soy consciente de mis propios pensamientos y del sonido de sus dientes masticando pan. Apesta a seguridad. Todos estamos a su merced. Nos sojuzga su amistad, su amor. Respondemos a los principios de su mundo, que procuramos hallar en nosotros mismos. En eso consiste su poder, que ni siquiera puedo determinar, y que es fluctuante, presente a veces y ausente otras; sin él está vacío, es un cuerpo sin aliento, tan vulgar como mi reflejo en el espejo; ese poder es el que garantiza su existencia, incluso después, cuando ya se ha ido.

VOLVERÁ a buscarla. Silencio. Ella le mira. Luego una simple palabra:

—*Non*.

—Sí.

—*Non* —dice ella, tajante.

Pues entonces, dice él, no puede explicárselo. Si ella insiste en que sabe... Está sentada, mirándole, con la boca fruncida, los ojos suspicaces. Mandará a buscarla, dice él.

—¿Cuándo?

—No sé exactamente. Tengo que reunirlo.

—¿El qué?

—El dinero. El dinero del billete.

Un rápido, amargo gesto de indiferencia.

—¿Quieres escucharme? —dice él.

Ella no dice nada.

—Ahora no lo tengo —explica.

En la cara de Anne-Marie, ahora más plácida, no hay comprensión, o por lo menos no hay conformidad. Mira al suelo.

—Escucha, te lo juro —dice él. Levanta la mano.

Ella alza la vista.

—De verdad —dice él.

—¿Por tu madre?

—Sí.

Ella hace un gesto con la barbilla.

—¿Qué?

—Dilo —dice ella.

—Por mi madre.

Ella suspira. Él está a su lado, sentado en la cama. Se tumba y empieza a hablar de cómo será. Al principio ella se resiste, pero luego él sabe, por el modo en que el sonido de su propia voz se desvanece, por la misma inmovilidad de Annie, que esta le escucha. Explorarán toda la ciudad, Dean le enseñará cada recodo. Recorrerán las grandes avenidas, mirarán todas las tiendas. Los sábados por la noche saldrán muy tarde e irán a bailar. Ella solo tiene dos tipos de prendas

que ponerse: pantalones (de pana, como le gustan a él) y una chaqueta, y un vestido maravilloso para salir. Dos vestidos, corrige él, uno para la tarde y otro para la noche. Y él tiene un único traje, elegante, muy oscuro, gris, quizá negro. Una cama. Una mesa. Algunas sillas. Sus ventanas dan a un puente.

Tendidos en la cama, respiran suavemente, con la cabeza sobre el largo cabezal todavía envuelto en su funda estampada. Los postigos están cerrados. Es mediodía. Hay un débil repiqueteo de platos y, más allá, un silencio ritual. Una radio, quizá. Algún que otro coche. Se duermen.

Despiertan en un mundo distinto. La mirada de Dean vaga por el cuarto y por fin se posa en el reloj. Ha pasado una hora. Se sienta y, pausadamente, empieza a quitarse la ropa, primero los zapatos, después los calcetines. El suelo está fresco y agradable bajo sus pies.

Posan desnudos delante del espejo. Dean es más alto. Su cuerpo es moreno. Está un poco apartado, como si fuera la sombra de ella. La luz entra en franjas finas y uniformes, en láminas que rayan el suelo. Él le mete por detrás la polla y ella la aprieta un poco entre las piernas. Extiende la mano hacia atrás para acariciarle los testículos con la yema de los dedos. Él parece un socorrista. Tiene un michelín, un pasamanos de mármol, encima de la cadera.

Hacen el amor despacio. Él la sujeta contra las flores oscuras y se la introduce como quien calza una cuña. Luego la obliga a sentarse a horcajadas sobre él. La voz de Annie es invisible, un susurro de la calle.

—Es como si me tocara el corazón —dice.

Se yergue ligeramente, con las manos en la cintura de Dean.

—Creo que me lo toca —dice ella.

Dean sonríe. La fuerza hacia abajo un poco. Ella se debate suavemente. Entonces él la gira y la sondea. Es como una lluvia de amor. Dirija donde dirija Dean el pensamiento, el amor le empapa. Como si estuvieran en habitaciones separadas, como si ejecutaran acciones distintas, se afanan hasta el último instante y después se derrumban, con la ropa de cama esparcida alrededor. Hablan en voz baja, incoherente.

Fuera de la ventana, sobre las tejas, trastabillan palomas.

Van a St. Léger, y el sol salpica las profundidades del coche, les hierde las rodillas. Las calles se desvanecen a su espalda. La última curva. Inician el descenso de la larga pendiente, atraviesan los túneles breves y frescos, continúan bajando las cámaras vacías, azules de aire, que hay debajo del viaducto, rebasan las señales viarias, ya se han ido. Los árboles van quedando atrás. El coche acelera, los grandes ejes chasquean, la carretera vuela por debajo.

La madre de Anne-Marie se alegra de verles. Hablan sentados a la mesa de la cocina, el gato pasa rítmicamente entre los pies de Dean, vuelve atrás, se recuesta en sus tobillos. Reina un extraño silencio, incluso mientras hablan. Es como el pasillo de un hospital o un pabellón vacío. Dean percibe las miradas de la

madre. Ella le mira casi tímidamente. Cuando sus miradas se cruzan, ella sonríe. Su marido está trabajando. La silla en la que él suele sentarse cerca de la pared está desocupada, es una silla de madera con una almohadilla delgada y sucia. Anne-Marie no le dice a su madre que Dean se va. Hablan de los vecinos, de accidentes de tráfico, de ropas. La tarde transcurre en cotilleo doméstico. Nada induce a creer que él está mirando esta habitación por última vez.

Regresan tarde. Hay coches aparcados en la plaza; los pájaros trazan sus últimos vuelos antes de que oscurezca. Cenán en el hotel. El comedor está concurrido. Ella se muestra sumamente afectuosa. El cariño inspira sus gestos más nimios, sus sonrisas. La cena se transforma, por sí misma, en un acontecimiento, una larga mezcla de sentimientos interrumpidos por la llegada de los platos. Hablan del pasado, rememoran lugares, dificultades, alegrías. Ella toma un segundo vaso de vino. Fuera, la noche es azul. He comido aquí muchas veces, conozco el rumor de las voces circundantes en esta sala amplia iluminada por la blancura de los manteles, las charlas parsimoniosas, alguna risa esporádica. A través de esos ruidos, cuando todo ha acabado, oigo el sonido de los tacones de Annie, lentos, finos, cuando finalmente se encamina hacia la puerta, se detiene. Las miradas la siguen como arcos. Ella aguarda. Él llega después de pagar la cuenta y salen juntos a la calle. Solo en mi mesa (siempre imagino esta escena), observo cómo se vuelven, cruzan la sala abovedada y por fin se marchan. Amantes desconocidos. Se pierden en la ciudad. No volveré a verles nunca. Estoy aquí sentado. Tardarán por lo menos diez minutos en servirme el postre. El camarero tendrá que venir, retirar el plato principal, tomar nota de mi pedido.

Suben la escalera. La llave gira en la puerta. Los simples mecanismos del delito. Él se tumba desnudo en la cama mientras ella se quita el maquillaje de los ojos. Se oye el sonido del agua que corre. Su cara está cerca del espejo. Ve el reflejo de Dean, extendido, con una mano descansando en la cara interior del muslo.

—Eres como un rey muerto —dice ella.

Abre de par en par los postigos. El raudal de luz procedente de la iglesia parece llevar consigo un barrote de oscuridad, un núcleo de hierro, hacia el cielo misterioso. Dean le hace el amor con gran ternura, le besa los hombros, la escucha respirar. Es como si no lo hubiese hecho nunca. Intenta memorizarla. Sus manos la tocan cuidadosamente. Sus labios forman frases reverentes.

Después descansan largo tiempo en silencio. No queda nada. El poema de su amor está desperdigado a su alrededor. Los días se han desplomado por doquier, se han desmoronado como naipes. El aire es frío. Dean se sube las mantas. Ella está tan inmóvil que parece dormida. Él le toca la cara. Está bañada en lágrimas.

LLEGA, tan corriente como cualquier otra, la mañana en que él parte, la última mañana. Han pasado la noche juntos. Mientras ella se viste, Dean la ve moverse por el cuarto. Hay muy poco que decir. Reina un silencio irremediable, irreal. Las cosas parecen artificiales, son acciones necesarias pero totalmente áridas. Él la lleva al trabajo (la ciudad empieza a removerse) y se quedan unos minutos aparcados fuera. La calle está sombreada y muy fresca. Pasan algunas personas. Por fin se despiden. Dean arranca el coche. Ella se queda esperando. Él se aleja lentamente, cruza bancos de sol esparcidos a lo largo del camino. Gira la cabeza. Un gesto final de despedida. La calle da un giro. Dean se ha ido.

De repente conduce más aprisa, acelera como si saliera de un sendero. El aire es luminoso y dulce. Las fachadas grises de Autun reviven. Obedeciendo a un impulso, para a comprar una naranja.

Oigo la puerta que se abre, y Dean entra.

—Bueno... —dice finalmente.

Se sienta. Despide resignación. Luego se levanta.

—¿A qué hora te vas?

—Dentro de unas dos horas —dice—. Voy a dejar aquí algunas cosas. ¿Te parece bien?

—No sé. ¿Qué quieres que haga con ellas? No voy a quedarme aquí mucho tiempo, unos días a lo sumo.

—Nada. Pero no quiero llevármelas —dice—. Quizá las meta en el coche.

—Eso sería mejor.

—Es lo que haré.

Me ofrece algunos gajos de naranja. Nos sentamos a comerlos. El zumo fresco nos llena la boca. Las pepitas son gruesas y muy blancas. Las escupimos en la palma de la mano.

—¿Por qué no vamos a tomar algo a la estación? —dice.

—De acuerdo.

—Solo tengo que terminar el equipaje —dice.

—¿Quieres que te ayude?

—No. Es poca cosa.

Le observo mientras recoge las últimas cosas. Vamos en coche a la estación

y nos sentamos fuera del hotel, bajo los primeros rayos del sol calientes. Unos turistas cargan sus coches.

—¿Cómo te sientes?

—No lo sé —dice—. Un poco nervioso. —Luego se encoge de hombros. Tras una pausa, añade—: Excitado, supongo.

—Me lo figuro.

—Ha pasado mucho tiempo —dice—. ¿Te acuerdas del día en que llegué?

El día en que llegó...

—Pensaba quedarme un par de semanas —se ríe—. Un par de semanas. Es como si fuese toda mi vida.

Sí. Es cierto. Y la mía. Estos largos meses. Es como si yo los hubiera pasado en la cárcel. Se me ven las costillas. Tengo la piel blanca, tan blanca que me da vergüenza quitarme la ropa.

Y además, esta amargura que cala como salmuera.

El tren parte a las once cuarenta. En la estación, pesamos sus maletas. Veintidós kilos. Multiplicamos, y hay unas pocas libras de sobrepeso. Cuando llegue al aeropuerto podrá sacar algunas cosas y meterlas en los bolsillos.

—Solo que no llevo nada muy pesado —dice, pensativo.

—Zapatos.

—Sí —dice—, una gran idea.

Estamos en el *quai* desierto, solitarios como gaviotas. La estación es desoladora. Las agujas del reloj, rectas y negras, se mueven a saltos. De pronto me abruma la sencillez de todo esto: Dean parte. Estamos esperando el tren. Es la hora final.

Por fin aparece. Al principio silencioso, incluso al acercarse, como si no redujese la marcha. Luego nos envuelve su resuello. Las ventanillas pasan, justo por encima de nuestros ojos. Se van separando, reducen velocidad, se detienen. Caminamos hacia la puerta. Subo tras él y encontramos un compartimento vacío, en cuya rejilla colocamos las maletas. Me siento increíblemente torpe, pero la espera no es larga, un minuto o dos hasta que suene el silbato. Me despido y bajo al andén. El tren empieza a moverse. Cobra velocidad muy rápidamente. Le veo haciendo señas. Retrocedo. Respondo con la mano. En ese instante pienso en ella, solitaria, con la cabeza agachada sobre el trabajo de la mañana. Su cara parece ordinaria. Tiene el mentón pequeño. El señor Hoquetis le pregunta si se encuentra bien. *Oui, monsieur*, dice ella. ¿Está segura?; parece enferma. Ella se esfuerza en sonreír. *Non, monsieur*. No me imagino lo que ella siente. Tan solo lo presento, a juzgar por el silencio absoluto y completo que ella guarda cuando el tren toma una curva y cruza el alto viaducto en el aire matutino.

El Delage está al sol, aparcado en batería contra el bordillo. Lo rodeo. El polvo de Francia, negro de aceite, se adhiere a los tambores del freno. Una película de insectos muertos tapiza los faros. Lo conduzco hacia casa. Es como un

camión. Supongo que la gente en los cafés me está observando. Estoy un poco nervioso. Naturalmente, se cala en la esquina. Trato de arrancarlo. Un motorista pasa por mi lado y mira.

A media tarde llaman desde París. Es Dean. Se oye mal; su voz suena estridente.

—¿Qué tal está París?

—Dios, lleno de gente —dice—. Hay un millón de turistas aquí.

—¿En serio?

—Deberías ver los coches.

—¿Has hecho la reserva sin problemas?

—Sí —dice—, todo en orden. Salgo a las siete y media. Me han tomado por francés, qué maravilla. Creo que es porque llevo mi camisa negra. Bueno, quizá sea porque está algo sucia...

—Es por tu corte de pelo.

—Tienes razón. Escucha, gracias por todo. Ya echo de menos todo aquello. Te escribiré una larga carta.

—Estupendo.

El atardecer es apacible y claro. Me han invitado a cenar los Job. Salgo de casa hacia las siete. Tengo mucho tiempo. Las calles parecen extrañamente calladas, tal vez ya no escucho. Place du Carrouge. Al cruzar por la esquina del fondo, miro hacia arriba. Los postigos de Anne-Marie están cerrados. No sé si ella está ahí. Sé que ahora volverá a su casa los fines de semana, caminando al anochecer desde la estación, las bicicletas zigzagueando al adelantarla, voces bajas. Cambia de mano la maleta, el peso descompone un poco sus andares, su paso es casi torpe. Lleva tacones altos. Tarda casi media hora, recorre el último trecho por la orilla. El agua del canal está remansada. La luz mengua. Golondrinas sobrevuelan los campos en la oscuridad. Madame Job, con la cara ladeada, me recibe en la puerta.

Antes de que Dean embarcara, el sol se ponía ya en Orly. No había casi viento. Una calma vasta, malévola. A lo lejos, azul como el invierno, los tejados borrosos de la ciudad. Humo. El este oscureciendo. A bordo del avión todo es brillante. Dean ocupa un asiento de ventanilla cuando el avión avanza, en la quietud de la noche, hacia la pista, y las grandes ruedas botan sobre las juntas de cemento. La señal de abrochar los cinturones está encendida. También la de NO FUMAR. Súbitamente, mi imaginación, presa del pánico, pasa velozmente de una cosa a otra. He seguido a Dean durante tanto tiempo que soy sensible a los peligros. Viran ágilmente en dirección a la pista de despegue. Se pone en marcha toda la perfecta maquinaria de vuelo. Tiemblan las alas gigantescas, gráciles. Los motores rugen. Y ahora, en el último momento, el avión empieza a moverse, lentamente, con una majestuosidad que no soporto, y durante un largo rato parece que no acelera, hasta que de pronto corre por la pista, se eleva, abandona

el suelo. Ascende en vertical. Lo acoge la suave oscuridad del cielo veraniego. Las luces se atenúan, y también el sonido, y por fin toda Francia, ahora invisible, silenciosa, la Francia de todas las estaciones, profundamente sumida en el silencio de la noche, queda atrás.

NOS vemos en el Café Foy. Es como un vagón de tren vacío, con su inhóspita hilera de reservados, sus mesas al fondo. Lo baña la luz del atardecer, la calma provinciana. El *patrón* juega al dominó con un amigo.

Completamente sola, concluida la jornada, llega a mi mesa y mecánicamente me tiende la mano. Un solo apretón, con la mano hacia abajo, que a los dos nos resulta embarazoso.

—*Bonjour* —dice, suavemente.

—*Bonjour*.

Se sienta con los ojos bajos a la mesa desnuda entre ambos. Mirando hacia la puerta da la impresión de que el día es muy blanco, de una blancura de agua enturbiada. El tráfico fluye sin ruido.

Dean se mató en un accidente de automóvil el 12 de junio. Se conocen solo unos pocos detalles. Estaba lloviendo. Era de noche. Se dirigía al campo a visitar a su hermana. Cristal hecho añicos por todas partes, rumor sordo de lluvia. En las dos direcciones, esperando para pasar, una fila de coches, con los faros encendidos, largas filas que avanzan a cámara lenta, como si formaran parte de un gran cortejo. Yo no podía creer la noticia. Parecía imposible, parecía falsa, aunque siempre la hubiese esperado.

Noto que la estoy mirando fijamente antes de que empecemos a hablar (puedo hacerlo sin que ella se dé cuenta), y veo, como si nada más hubiese ocurrido nunca, a la misma chica que estaba sentada a la mesa de enfrente en L'Étoile d'Or, porque de pronto es la misma chica, pálida, insegura, algo resignada. Es exactamente como si nos viéramos por primera vez. No se me ocurre nada que decirle. Es inevitable. Absolutamente nada. Tengo delante a una chica corriente, bonita, quizá no demasiado inteligente. El silencio empieza a consumirnos. Estamos en la sala estrecha y vacía. Yo estoy sentado frente a la ventana, ella la tiene a su espalda. Cojo su mano. En cuanto la toco, se le empañan los ojos. Se echa a llorar. Bajo la mirada. Ella lo sabía, dice. Cuando habla, las lágrimas le ruedan por las mejillas. Ella las deja rodar. No hablamos.

—Anne-Marie —digo—, ¿qué vas a hacer? ¿Vas a quedarte aquí, en la ciudad?

Se encoge de hombros.

—No sé —murmura.

—Quizá fuera mejor que volvieras a tu casa.

—No —dice ella.

—Ya. ¿Estás segura?

Ella asiente.

—Bueno... verás, yo también me marchó. Pensé que quizá no quisieras quedarte aquí, y si necesitaras ayuda para ir a otro sitio, estaría encantado de... hacer lo que pueda. Es decir, si necesitas dinero...

Parece no escucharme. *Merci*, dice.

Es muy difícil. Al cabo de un rato intento empezar de nuevo. Le pregunto si quiere que cenemos juntos. Ella parece pensarlo y finalmente dice que no con la cabeza. Espero a que hable de Dean, de sí misma, de cualquier cosa, pero no lo hace. Las lágrimas le han manchado las mejillas. No se las enjuga.

Y es aquí, en el Foy, donde nos despedimos, y luego vamos juntos hacia la puerta. Fuera, la calle está llena de gente que hace compras. Los coches apenas pueden pasar. La observo cruzar; camina entre la gente, sin tocarla, a un paso bastante vivo.

Quizá (sé que es capaz de hacerlo) se presente de noche, de todos modos, en la *gare*, quizá descienda sola la ancha calle, como si diera un paseo. Porque en la vida de Dean, si alguna vez existió tal cosa, ella hubiera ido dondequiera que él le pidiese, por lejos que fuera. Sin dudar un instante. Iría a su encuentro, sé exactamente lo que haría, lo generosa, lo natural que sería. Y lo dulces que eran sus primeras charlas en el idioma que ella le enseñó.

ME vienen muchos fragmentos, los descubro, reaparecen. Deambulo por la habitación seleccionando o recordando cosas que son narcóticas, que me inducen a soñar: los detalles, los vestigios del amor, teñidos de una belleza dolorosa. Al fondo de un cajón encuentro el pedazo perdido de la lista que escribieron en Nancy, nombres de hoteles. Encaja perfectamente con el otro pedazo. En la lista, las curiosas palabras, las palabras muertas: « Obelisco. Suez ». *Tous les oiseaux du monde*. Hay una sola escrita por ella: « Ritz » .

El sol de esta mañana glacial me da en la cara, filtrado por enormes ventanales, por superficies de cristal con fisuras diminutas, purificado por el amargo silencio del domingo. El humo flota, azul, al alba, en los bares baratos. Los veteranos tosen. Nancy, donde ella nació, donde aprendió a escribir con esta letra joven y mediocre:

... no hay nada que no sea tuyo, todo lo que pienso, todo lo que siento. Solo me avergüenza no saber bastante. Pero no me importa que tú no me pertenezcas nunca, yo solamente quiero pertenecerte a ti, solo que seas duro conmigo, estricto, pero no te vayas, haz como si estuvieras con otra chica... Por favor. Si no, me moriré. Ahora comprendo que se puede morir de amor.

Recibo desde París una carta del padre de Dean, en la que me pide que le envíe sus pertenencias. Cristina dice que se ocupará de ellas. Le aseguro a Cristina que no hay muchas. En cuanto al coche, es curioso: en los papeles figura a nombre de Pritchard, 16 bis rue Jadin, y ellos le conocen. Creen que está pasando el verano en Grecia, pero también se encargarán de esto. Quizá. Está aparcado cerca de la casa, bajo los árboles, cerrado con llave, pero al igual que un anciano que se apaga, su decadencia es visible. Los neumáticos parecen lisos. Hay hojas caídas sobre el capó y el techo blanquecino. En torno a las ruedas se detecta la primera y tenue decoloración del cromo. La piel de los asientos, vista a través de las ventanillas, a su vez veteadas de azul, está seca y agrietada. Dentro se ve esa maquinaria acallada, el cuentakilómetros del salpicadero, que suena inaudible, emitiendo poco a poco sus últimos latidos. Y un día se para. Las agujas se paralizan. Se acabó.

Silencio. Un silencio que asimismo envuelve mi vida, y no soy reacio a expresarlo. No son las grandes plazas de Europa las que me parecen desoladas,

sino la infinidad de ciudades pequeñas, muy apretadas contra el viajero, y tan quietas como el paisaje mismo. Todos los postigos de las casas están cerrados. Solo de vez en cuando se advierte una finísima ranura de luz. Los campos oscurecen, las golondrinas los surcan en su vuelo. Cruzo en coche, velozmente, esas ciudades. Las abandono antes del anochecer, antes de que enciendan el neón de los cines, antes de las cenas solitarias. No pernacto nunca en ellas.

Pero en un sentido, por supuesto, Dean no ha muerto: su existencia es superior a esos accidentes. Uno ha de tener sus héroes, lo que equivale a decir que hay que crearlos. Y nuestra envidia, nuestra devoción los convierten en reales. Somos nosotros los que les prestamos la majestad, el poder que nunca poseeremos. Y ellos, a su vez, nos devuelven una parte. Pero esos héroes son también mortales. No son eternos. Decaen. Se desvanecen. Se les supera, se les olvida; no volvemos a oír de ellos.

En cuanto a Anne-Marie, ahora vive en Troyes, o vivía. Está casada. Supongo que tiene hijos. Los domingos, al sol, pasean juntos. Visitan a amigos, hablan, vuelven por la noche a casa, inmersos en la vida que todos convenimos en que es tan deseable.